¿Cuáles son los principales riesgos sociales a los que nos enfrentamos?

2

La sociedad desordenada e insegura

COORDINADORES
Antonio Izquierdo
Raquel Martínez Buján
AUTORES Y COLABORADORES
Mario Andrés Candelas
Josep Banyuls
Begoña Cueto
M.ª Ángeles Davia
Robert M. Fishman
Antonio Izquierdo
Raúl Flores Martos
Nuria Legazpe
Raquel Martínez Buján
Juan Ignacio Martínez Pastor
Sara Moreno Colom
Dolores Puga
Albert Recio
Vanesa Rodríguez
Jesús Rogero García
Patricia Suárez

Contenido

2.1. Introducción. La sociedad española tras la crisis 101
- **2.1.1.** Quizás seamos demasiado simpáticos y poco empáticos 101
- **2.1.2.** El retroceso social y la sociedad frustrada 103
- **2.1.3.** Una crítica a las élites 104
- **2.1.4.** Atribución de responsabilidades tras la crisis 105
- **2.1.5.** Dos significados de «salir de la crisis» 107
- **2.1.6.** Cerrando el círculo... 108
- **2.1.7.** La sociedad rebajada 110
- **2.1.8.** El desorden social y el momento 111
- **2.1.9.** La sociedad insegura y la integración social según FOESSA 115

2.2. Demografía y cuidados 118
- **2.2.1.** La estructura demográfica y las dinámicas familiares que envuelven el modelo social 118
- **2.2.2.** Sostenibilidad, cuidados y comunidad 124
- **2.2.3.** La oportunidad: más equidad democrática y bienestar cotidiano 132

2.3. Desigualdad 136
- **2.3.1.** Conceptualizando 136
- **2.3.2.** Los precipitados de la crisis: desigualdad y exclusión 141
- **2.3.3.** La transmisión intergeneracional de la pobreza 143
- **2.3.4.** Explicando la desigualdad en el mercado laboral 149
  - **2.3.4.1.** Modelo de mercado y modelo social 150
  - **2.3.4.2.** La precariedad laboral, una forma de vida 155
  - **2.3.4.3.** Algunos apuntes sobre mujer y mercado de trabajo 164
- **2.3.5.** Inmigrantes y extranjeros: la desinformación interesada 166

2.4. Los mimbres político-culturales de la democracia española 173
- **2.4.1.** Cultura democrática y exclusión social 173
- **2.4.2.** Un *demos* centrado, pero con querencia hacia a la izquierda 176
- **2.4.3.** ¿Qué es ser un buen ciudadano? La concepción de la democracia en plena recesión 178
  - **2.4.3.1.** Estamos insatisfechos de cómo funciona la democracia 179
  - **2.4.3.2.** Se quiere la reforma de la Constitución y acudir al referéndum para tomar decisiones sobre los temas políticos de importancia 181
  - **2.4.3.3.** La democracia es mucho más que ensobrar una papeleta: el ejercicio de los derechos políticos por otras vías 184
  - **2.4.3.4.** El crédito a las emociones y el descrédito de las dependencias 189
- **2.4.4.** Es importante votar y para quién: comportamiento y valores 190
- **2.4.5.** La calidad de la democracia: informarse y comunicarse. Conversación e información pluralista 193

2.5. Conclusiones 197

2.6. Bibliografía 200

Capítulo 2

La sociedad desordenada e insegura

«El período presente es de esos en los que todo lo que parece suponer una razón para vivir se evapora y, si no queremos caer en el desasosiego o la inconciencia, debemos cuestionarlo todo. Que el triunfo de los movimientos autoritarios y nacionalistas arruine por todas partes la esperanza que las buenas gentes habían depositado en la democracia y el pacifismo no es más que una parte del mal que nos aqueja; este es mucho más profundo y amplio. Podemos preguntarnos si existe un solo ámbito de la vida pública o privada en el que las fuentes mismas de la actividad y la esperanza no estén envenenadas por las condiciones en que vivimos».

(S. Weil, *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social. Introducción*)

2.1. Introducción. La sociedad española tras la crisis

2.1.1. Quizás seamos demasiado simpáticos y poco empáticos

Cuando ha transcurrido una década desde el inicio de la gran recesión social, política, económica, y, en fin, cultural, nos proponemos identificar cuáles son los principales riesgos sociales que nos están empujando desde la convivencia hacia la coexistencia. Convivir es vivir juntos, relacionarse, reconocerse y respetarse. Coexistir es vivir sin vínculos, ignorarse o menospreciarse. Nosotros preferimos, sin duda, la cooperación al aislamiento, el juntos al por separado, el nosotros al otros, la asociación al individualismo, aunque solo sea porque sin sociedad no somos *sapiens*. En realidad, nuestra especie es tan frágil que, sin la ayuda de otros, moriríamos al nacer.

A nosotros nos importan las personas, o como dice el título de Amartya Sen y Bernardo Klisksberg (2008), *Primero la gente*. Ese es el sujeto principal de las ciencias sociales, aunque a menudo se olvide. Sin población no hay reproducción, ni comunidad, ni ciudad, ni ciudadanía. La sociedad real no es sino la población vinculada, organizada y cooperativa. Una población que teje y desteje un

conjunto necesario de relaciones sociales. Sin embargo, el concepto de población, como el de sociedad, es demasiado abarcador. Es preferible, para poder desarrollar un estudio detallado y riguroso, analizar las experiencias y las expectativas de ciertos subgrupos de esa sociedad. En este capítulo nos ocuparemos en calibrar los riesgos sociales que atenazan a los grupos humanos más vulnerables, y que amenazan a aquellos que se sitúan en los bordes de la exclusión. Seguiremos, pues, los pasos de las clases sociales más débiles. Son también, para decirlo desde el principio, aquellos de los que nos sentimos más próximos.

Acompañaremos a los vulnerables cargados con la maleta de datos que nos proporciona la encuesta propia y otras pesquisas ajenas, sí, pero lo haremos, también, pertrechados de emociones. Respetaremos los datos y los hechos, aunque no nos gusten. Y en ese disgusto es precisamente donde reside el sentimiento. En el análisis estadístico se hace hablar a los datos, pero la tensión que está contenida en los resultados hay que traducirla en las palabras. En cuáles empleamos y en cómo las juntamos es donde descansa el relato. La encuesta FOESSA retrata cuál es la situación social desde fuera, con distancia. Lo hace con el propósito de conocer, y por eso acumula y compara. Pero no se queda ahí. Pretende, también, con su manera de exponer, convertir el conocimiento en pasión razonada. Mejor será, desde el inicio, dejar esto dicho.

Suele ocurrir, que, ante cualquier reclamación en la calle, primero pensemos como espectadores. Considerando en qué nos afecta ese conflicto y cómo repercute en nuestra vida diaria. Podemos sentirnos cercanos a sus protagonistas durante un tiempo, pero, quizás, se nos agote la simpatía cuando la manifestación se prolonga y nos causa molestias. Otra forma de comprender lo que pasa es pensar en la situación de los protagonistas. Activar la empatía en lugar de utilizar solo la simpatía. En la cultura del conocimiento de la Fundación FOESSA no hay objetividad sin sujetos, y el relato científico se enhebra con datos que respiran experiencias.

Al fin y al cabo, lo que queremos es comprender cuáles son las razones que les han conducido hasta esa expresión tan masiva y airada. Tratar de conocer cuáles son sus motivos. Precisamente para ello un buen procedimiento es escucharlos y hablar con ellos. Es razonable pensar que si son los más afectados parece bastante probable que estén mejor informados que nosotros. Escuchar y ponerse en su piel es actuar con empatía. Quizás entonces seamos capaces de vincular la intensidad en las formas con la densidad del fondo. Y, sobre todo, quizás entonces estemos en condiciones de pensar en qué medida, y por qué, su conflicto es también el nuestro.

Parece claro, a estas alturas, que las personas que habitan este país multinacional, en este Estado de las autonomías, son muy diferentes. Apresurémonos a decir que lo son también los habitantes de la República Francesa, o los que viven en el Reino de Marruecos, porque la diferencia es algo natural (Therborn 2015). La diferencia se ve y nos afecta. No habría ciencia social en un mundo clónico, de gentes sin sentimientos dispares y, por así expresarlo, «desemocionados». En un mundo así no existiría la simpatía, ni la empatía. Puesto que eso no es así, simpatizamos con los similares y nos conviene aprender a ponernos en el lugar de los diferentes. Queda claro que no hay un nosotros sin otros, y, como método, para establecer unas buenas relaciones sociales es más aconsejable practicar la dialógica que la dialéctica (Sennett 2010).

La diferencia se aprecia a simple vista. Somos diferentes los hombres de las mujeres, los altos de los bajos, los gruesos respecto de los delgados, aquellos que prefieren la carne o el pescado. Así sucede también con las creencias, tradiciones y costumbres. En este país habitan personas de diferentes razas y etnias culturales. La diversidad es un hecho natural. En cambio, no todos nacemos libres e iguales, o, por decirlo de otro modo, la desigualdad es

una construcción de la sociedad. La desigualdad no es un fruto de la naturaleza, sino que es un producto del orden social. Según ese enfoque, nuestra conducta cuenta, pero la jerarquía social pone, delante de nosotros, más o menos obstáculos para avanzar. Es decir, la desigualdad en uno u otro ámbito de la vida social se agranda o se achica no solo por nuestro esfuerzo, sino por la oportunidad real de hacer valer nuestras capacidades.

Algo de esto nos está sucediendo a los ciudadanos de este país, cada vez más entusiastas de los símbolos y menos sensibles a las experiencias. Más simpáticos con lo superficial y menos empáticos en lo profundo. Más generosos con los nuestros y más intransigentes con los otros. Más impositivos y menos dialogantes. Vale la pena expresarlo con claridad. A nosotros, que nos gustan los colores y apreciamos las diferencias, lo que más nos indigna es la desigualdad social que nos acompaña desde que nacemos hasta que nos entierran.

No identifiquemos, sin embargo, los riesgos sin presentar antes en qué escenario valorativo y social nos movemos. Y como científicos sociales será de ley hacerlo en el terreno de los hechos y en la esfera de las percepciones, es decir, en el plano fáctico y en el mental. Así pues, diálogo con la sociedad, empatía hacia los vulnerables, respeto a los datos y a los hechos, sí, pero usando una pasión razonada, atemperada por el análisis. Esa es nuestra práctica metódica.

2.1.2. El retroceso social y la sociedad frustrada

> *Si la idea de sociedad se extinguiera en la mente del individuo y las creencias, tradiciones y aspiraciones del grupo no fueran ya sentidas y compartidas por los individuos, la sociedad dejaría de existir.* (E. Durkeim, *Las formas elementales de la vida religiosa*).

Los españoles nos sentimos y estamos, tras esta profunda crisis, menos cohesionados. Nos movemos en zigzag o en espiral sin llegar a sentirnos unidos como sociedad. Unidos en instituciones o grupos y compartiendo una actitud cívica y moral. Los valores se dispersan, las esperanzas se desvanecen, los lazos que nos vinculan se debilitan. Las fuerzas que nos animan a seguir juntos se deshilachan o se quiebran.

Hay un vínculo que une los comportamientos reproductivos con la familia y a esta con la comunidad más próxima. Pero cuando la desigualdad penetra en estos círculos estrechos, cuando se cuela por las rendijas de los afectos, entonces la desconfianza se hace costumbre y la representación se rompe. La desigualdad quiebra la familia, la comunidad desaparece y el gobierno ya no es común, no es nuestro gobierno. Es un gobierno lejano, de élites sin alma que no generan consenso. Un gobierno espectáculo que se contempla en la TV, pero que no conmueve ni mueve a la identificación. No hay democracia representativa sin democracia social, sin compromiso reproductivo y sin el apoyo de la comunidad.

La sociedad española pide a gritos (sofocados) un riguroso ejercicio de interpretación. De relato y de enfoque teórico para resituarse en el camino. Dejar de echarle la culpa de lo que la atenaza únicamente al exterior (la Unión Europea, la inmigración, la gran recesión) y reflexionar sobre los déficits internos. La gran recesión no ha sido solo un vendaval, sino un seísmo que ha dañado y erosionado los cimientos de la sociedad: la demografía, las relaciones sociales, la desigualdad y la democracia.

La sociedad española, como veremos a continuación, se muestra frustrada, y la parte más activa y deliberativa de los que la conforman así lo manifiesta. Sienten que el andamio social se sostiene sobre unos pilares quebradizos que se han agrietado por el terremoto de la Gran Recesión. Son muchos los que señalan que estamos en una

encrucijada. Por un lado, tenemos claridad sobre los fundamentos que se han resquebrajado y queremos repararlos para seguir siendo una sociedad digna. Es decir, tenemos un diagnóstico de lo que se ha hecho mal y de qué parte de responsabilidad tiene cada uno de los actores sociales. Por el otro, no encontramos las vías adecuadas ni los repuestos. No tenemos ni los medios, ni los expertos.

Hay también quien nos advierte de que estamos ofuscados por la ropa en lugar de estar ocupados en asentar los cimientos. Nos referimos a aquellos que insisten en que lo fundamental es reciclar las basuras, depurar las aguas y que funcione el transporte público, y, lo secundario, es el color del autobús y del vertedero. No les faltan sus razones. El hábito no hace al monje y el color del disfraz solo tapa las miserias. Todo lo cual es cierto, pero vivimos en una sociedad de consumo mediático, en la que la recesión ha causado enormes destrozos anímicos. Y los ánimos alientan las conductas, y los comportamientos cuartean los cimientos sociales. De modo que, si el viaje en tren sube de precio, no da igual que te anuncien el aumento en un idioma que en otro. En las ciencias sociales, un euro no es solo un euro.

Primero es preciso aclarar a qué se llama aquí sociedad civil, y cuáles son esas piezas expuestas al seísmo. Empecemos diciendo que esta sociedad civil no se corresponde con la sociedad más activa, es decir, la que se moviliza. Esa sociedad comprometida es mucho más reducida, y probablemente es la única que se merece el título de sociedad civil, puesto que se implica en el fortalecimiento de la voz de todos y en el poder de decisión de los más débiles. No es, por tanto, la sociedad organizada que, a tenor de los datos compilados para el conjunto del país, se muestra débil y quebradiza. Tampoco es la sociedad diversa que busca cómo seguir juntos. Es una sociedad abstracta y construida a través de las encuestas.

2.1.3. Una crítica a las élites

Reflexión analítica. Se evidencia un creciente distanciamiento entre las élites (políticas y económicas) y las personas anónimas. Se ha abierto una fuerte separación entre ellos y el ciudadano corriente. Lo que predomina es un sentimiento de desconfianza respecto de las élites nacionales y europeas.

Las razones de esta crítica a las élites, según se desprende de las respuestas que dan los ciudadanos en una reciente encuesta, son las siguientes: las clases dirigentes son los principales culpables de la crisis y de sus consecuencias, tienen, además, una idea muy distinta a la del pueblo llano acerca de qué significa salir de la crisis y, finalmente, se les responsabiliza de no haber puesto los mecanismos adecuados para prevenir y proteger a la sociedad de la próxima sacudida del capitalismo.

He aquí un escueto relato literario. Miro la televisión y los oigo lejos. No los siento a mi lado. Personas interpuestas me transmiten sus palabras, pero no me las creo. No me suenan verdaderas y tengo muchas razones para no darlas por buenas. Ya no puedo confiar en ellos. No me representan a mí, que soy el pueblo llano. Son el gobierno de las élites, y esas élites solo miran por sus intereses y no atienden a los nuestros.

¿Les parece un relato inverosímil? ¿O quizás un relato minoritario y torcido? Pongámosle cifras significativas extraídas de una encuesta levantada a finales de 2018.

A ver qué les parecen...

> *Las políticas que ha impulsado la UE han sido contraproducentes (44%). La decisión del gobierno de España de pedir dinero a la UE fue poco (31%) o nada acertada (24%). Tampoco es acertado que el Estado se endeude así y les deje esta carga a las generaciones futuras (75%). Los gobiernos han*

> *priorizado las necesidades de los mercados frente a las de los ciudadanos (61%); y los empresarios sus beneficios sobre los salarios (66%); y el sector financiero no se ha preocupado del interés general (58%)* (datos extraídos de la encuesta 40DB, 2019).

En otras palabras, se rechaza a las élites que han gestionado la recesión con tanta fuerza que cuando aparece un personaje nuevo, un desconocido que se postula como líder, nos inclinamos a darle nuestro apoyo. Le prestamos nuestro voto más o menos convencido. Es un hecho que, últimamente, la falta de experiencia en el manejo de los asuntos públicos corre a favor del ignoto. Estamos tan desilusionados con los antecedentes que queremos probar con alguien desconocido, porque la experiencia que hemos tenido durante la recesión con los líderes conocidos nos ha resultado frustrante y descorazonadora. Es muy patente el deseo generalizado de renovación de las élites.

La democracia está siempre en constante peligro, pero durante la última gran recesión han sido las medidas que han tomado las élites para superar la recesión las que han impulsado una desafección hacia la democracia. Así lo manifestaron los 2.000 internautas entrevistados. Si los representantes públicos no están demasiado ciegos y sordos debían grabarse en su cerebro los resultados de esta encuesta. Desconfiamos de las élites tradicionales, y estamos tan escaldados con la experiencia que, a las nuevas promesas en política, solo les ofrecemos un contrato temporal. De ese modo los colocamos al mismo nivel que al común de los nuevos trabajadores.

2.1.4. Atribución de responsabilidades tras la crisis

Es fácil olvidarse a estas alturas, y dado el enorme progreso en el control sobre la muerte, de los cuatro flagelos que, secularmente, han azotado la vida de las sociedades europeas. No son pocos los libros de eminentes historiadores que nos recuerdan que estas lacras aún se hallan muy vivas entre nosotros (Duby 1995; Livi Bacci 2016).

Recuerde el lector que, entre los jinetes, unos representaban la peste, otros la guerra y la violencia, otros el hambre y otros, por último, el desorden en la sociedad. Y que iban a lomos de corceles blancos, rojos, negros y pardos. Elija el lector, entre los que vienen a continuación, quién es el que cabalga sobre cada uno de los coloreados caballos.

Permítasenos, antes de darles la palabra a los entrevistados, que enunciemos, desde nuestro punto de vista, cuáles son los cuatro grandes males sociales que nos aquejan en este inicio del siglo XXI, a saber: el crecimiento de la pobreza, de la discriminación existencial, de la violencia de género y, en definitiva, del desorden social.

Pues bien, los españoles identifican a los principales responsables de la situación actual. Este es el reparto de culpas tras diez años de crisis, de mayor a menor:

> *La clase política (66%), los bancos (64%), la burbuja inmobiliaria (63%) y los sucesivos gobiernos de España (60%). Pero también el endeudamiento de los ciudadanos (20%) o la inmigración (12%) tienen su parte de responsabilidad* (datos extraídos de la encuesta 40DB, 2019).

Como se puede apreciar, no es que los ciudadanos carguen toda la culpa en las élites, pero ciertamente ellos cobran por hacer bien su trabajo y, al decir de los entrevistados, no lo han hecho con la debida competencia. La gestión de la política y la de la economía se ha tecnificado y profesionalizado enormemente. El ciudadano piensa que los que llegan para hacerse cargo de esas tareas han de estar preparados y ser capaces de analizar la situación y de tomar decisiones acertadas.

De ahí sus altas remuneraciones en, y, sobre todo, al abandonar el cargo. Dado el porcentaje de autoinculpación se podría decir que los excesos cometidos por los ciudadanos anónimos aparecen en clara desventaja cuando se los compara con las extralimitaciones atribuidas a las clases dirigentes.

En suma, las medidas tomadas por los representantes políticos, los líderes financieros y los empresarios de la construcción, junto a los responsables de la acción de gobierno, han dañado seriamente la convivencia social y la confianza de la ciudadanía en sus líderes. Otra vez las élites se ven señaladas tanto por su deficiente gestión de la crisis, como por su incapacidad para calibrar las consecuencias y su alcance. En otras palabras, no han puesto los medios para proteger al conjunto de la sociedad de la próxima crisis, y no se percataron de lo que se le venía encima al pueblo español.

> *El 60% declara que la crisis ya se veía venir en 2008 y que podían preverse cuál iba a ser sus consecuencias. Además, el 82% de los entrevistados tiene la seguridad de que se avecina otra crisis, y más del 90% considera que no se han puesto los medios regulatorios adecuados para prevenirla y minimizar sus daños. Eso sí, siete de cada diez creen que esa regulación debería ser internacional y solo un 20% cree que el Gobierno de España tiene capacidad para hacerlo* (datos extraídos de la encuesta 40DB, 2019).

En este punto la percepción de los ciudadanos anda por debajo de la realidad. Se minimiza el poder de los gobiernos internacionales que esconden sus responsabilidades y capacidades para hacer frente a los procesos de globalización económica. El hecho es que en la mayoría de los países capitalistas desarrollados los gobiernos gestionan aproximadamente la mitad de la riqueza colectiva, entre el 45 y el 50% (Sempere, 2018). El caso es que, según los españoles entrevistados, esas élites son las responsables de que:

> *No se haya salido aún de la crisis (84%), de la menor calidad de los empleos (78%), del aumento de la pobreza (74%) y de la desigualdad social (67%) y, en fin, de un menor desarrollo económico del que teníamos antes de la gran recesión (59%)* (datos extraídos de la encuesta 40DB, 2019).

Y, más en concreto, son los responsables de que los daños se repartan inequitativamente entre la población. Perjudicando más a los más vulnerables por su género, edad y origen étnico-cultural. Veamos cuáles son en opinión de los españoles entrevistados la incidencia de la crisis por grupos de edad y por género.

> *La crisis la han pagado principalmente los que menos tienen (93%), y dentro de ellos los más perjudicados han sido los trabajadores maduros (61%), seguidos por los jóvenes (56%) y los adultos (45%). Los menos afectados, dentro de la rebaja general, han sido los jubilados (42%). Y eso que estos porcentajes solo contemplan el daño intenso que ha infligido la crisis, pero no todo el daño. Si se suma el muy perjudicado al bastante perjudicado los porcentajes se acrecen hasta el 90% con la excepción de los jubilados que «solo» llegan al 75%* (datos extraídos de la encuesta 40DB, 2019).

Se trata de una aguda percepción que nada a contracorriente de la presencia de los grupos de edad en los medios que conforman la opinión pública. Los que aparecen en las noticias con más asiduidad son los jóvenes y después los jubilados. No hay más que encender el aparato de TV para ver cómo se hacen eco, un día sí y otro también, de la precaria situación en la que se encuentran los jóvenes. Ello, sin duda, es así, pero no es menos verdad, y sí más grave, que los más perjudicados son los trabajadores de esa franja de edad madura que se halla próxima a la jubilación y que ha cubierto ya la mayor parte de su vida laboral. Ellos tienen, presumiblemente, más cargas familiares y, debido

a ello, menor movilidad geográfica para buscarse la vida lejos de donde residen.

2.1.5. Dos significados de «salir de la crisis»

Élites y masa hablan dos idiomas distintos. Quizás por eso les cuesta tanto entenderse. El hecho es que no tienen las mismas prioridades. Para unos (las élites) las preocupaciones tienen una dimensión macroeconómica, mientras que, para los de abajo, el modelo social está antes y se sitúa por encima del sistema económico.

El modelo social se concreta en un sistema de pensiones dignas (71%), aunque para sostenerlo hubiera que pagar más impuestos. Son una minoría del 11% los españoles que prefieren pagar menos impuestos y renunciar al actual sistema de pensiones. Con otra formulación que alude a la mayor o menor desigualdad entre las clases sociales y que afecta, por tanto, al modelo de cohesión social del que nos hemos dotado, los valores que arroja el sondeo no varían mucho. La disyuntiva que se les planteó a los entrevistados fue estar a favor de:

> *Pagar más impuestos con el fin de asegurar una menor desigualdad social (a favor el 65%), o bien pagar menos impuestos lo que repercutiría en un aumento de la desigualdad social (16%)* (datos extraídos de la encuesta 40DB, 2019)**(1)**.

Así, para las élites salir de la crisis significa crecimiento de la economía, pero para el ciudadano común significa trabajo y sueldo. Son distintas varas de medir; es decir, la superación de la crisis se mide a través de diferentes indicadores. Para los de abajo lo principal es el empleo, pues ese es el medio de ganarse honradamente la vida. Sin una ocupación estable, no temporal, y una remuneración digna no se puede decir que se ha vencido a la crisis.

> *Concretamente mientras no se reduzca el desempleo (50%), la temporalidad de los trabajos (33%) y se recuperen los salarios (32%) no habrá, para los de abajo, salida de la crisis* (datos extraídos de la encuesta 40DB, 2019).

Eso no significa que no se valoren otros factores, como la recuperación del gasto público (24%), la disminución de la pobreza (21%) y de la desigualdad (12%), o el aumento del crecimiento económico (30%) y de la inversión en las empresas (19%), pero la clave reside en el nivel del empleo y en su calidad.

Pero, salir de la crisis significa también...

Dejar de emigrar a la fuerza. Y no solo los jóvenes, sino sobre todo los mayores de 40 años, que suman el 40% del total de 500 entrevistados**(2)**. Emigraron porque, en sus propias palabras, «las condiciones laborales son pésimas», «no se sienten valoradas en su trabajo», «hai unha mellor evolución laboral» y «es un país mejor para criar a nuestros hijos».

De sus respuestas se desprende que no piden la luna, sino consideración y respeto para el trabajador, expectativas de una carrera laboral, estabilidad en el empleo y seguridad de vida para formar una familia y ofrecer un futuro a sus hijos. El titular de La Voz de Galicia es demoledor: *Jóvenes emigrantes*

(1) En el capítulo 5 de este VIII Informe se profundiza en la conciencia fiscal de la ciudadanía en España.

(2) Son datos extraídos de una encuesta a 500 gallegos que se ha realizado a través del portal Global Galicia y publicados el 3 de marzo de 2019: https://www.globalgalicia.org/noticia/actualidad/2019/02/25/65-gallegos-trabajan-extranjero-llevan-cinco-anos-fuera/00031551107506750699401.htm#, acceso 5 marzo 2019.

encuestados dicen que no retornarán a corto plazo. De hecho, el 64% de ellos llevan ya más de 5 años fuera. Y la «recuperación» no les atrae. Salir de la crisis significa recuperar a los emigrados.

Superar la crisis no significa cambiar el escenario de «desahucio por impago de la hipoteca» por el modelo de «desahucio por no poder pagar el alquiler». Es decir, ni acceder a una casa en propiedad ni poder disponer de un hogar como inquilino. En los dos últimos años, estos «lanzamientos» (¡el eufemismo resulta tan cruel como la realidad que hay detrás!) siguen una evolución al alza. En 2018 se contabilizaron 37.285 desahucios por impago, «lo que supone el mayor nivel desde que se inició la recuperación económica» (*El País, 2 de marzo de 2019*)**(3)**, y un incremento del 4,5% respecto del año anterior. Salir de la crisis es poder descansar en una vivienda digna.

Siendo precisos, y en total, son 7 mil desahucios menos que en 2013, cuando la recesión estaba en todo su apogeo. Han caído las expulsiones por no poder pagar la hipoteca, mientras que han crecido los abandonos por no poder pagar el alquiler. Alquileres por las nubes y personas a la calle. En resumen, tras un lustro de haber decretado oficialmente la salida de la crisis, más de 300 mil familias se han visto obligadas a salir de su hogar. Una media de 60 mil familias cada año según el Consejo General del Poder Judicial. ¿Es este, acaso, el modelo social de salida de la crisis?

2.1.6. Cerrando el círculo...

Hemos puesto música a los hechos y a las cifras. Hemos establecido un diálogo con los españoles anónimos. Unos españoles que, contra lo que se piensa en círculos intelectuales, no han vivido la recesión con miedo (11%). Buena prueba de ello han sido las grandes movilizaciones sociales en Madrid, en Barcelona y en las principales ciudades. Bastará con recordar el 15-M y el 8-M, o los lunes de concentración jubilar en el País Vasco. Otra evidencia de que no era el miedo lo que atenazaba a la sociedad se ha plasmado en la aparición de nuevas fuerzas políticas y en el debilitamiento de las tradicionales. Cuando se tiene miedo no se erosionan, y a un tiempo, los dos soportes políticos con más raíces en el sistema democrático. El sentimiento que ha predominado ha sido el de la preocupación (64%). ¿Preocupación de qué?

En primer lugar, de unas élites que no saben escuchar ni dialogar y que, en definitiva, no han estado ni a la altura ni a la hondura de la crisis. Y, en segundo lugar, se sienten preocupados por la situación que el mercado de trabajo les ofrece, también en la salida de la crisis, empleos y contrataciones precarias. Es decir, esperaban que remitiesen, una vez terminada la recesión, las ocupaciones a tiempo parcial y, sobre todo, los empleos temporales, que suelen ir acompañados de deficientes condiciones laborales y de una remuneración escasa. Lo que más ha empeorado ha sido la calidad del empleo.

En una reciente e interesante entrevista hecha al presidente de la CEOE queda claro que el idioma de la Reforma Laboral de 2012 es el del empresariado español. La negativa a gestionar los diferentes aspectos del trabajo asalariado en un marco sectorial, es decir, fuera del ámbito de la empresa, es, para el entrevistado y según sus propias palabras, una cuestión ideológica. A este respecto el titular de la entrevista del presidente de los empresarios deja muy claro que constituye un principio rector de la política empresarial: «Por ideología, no podemos admitir la primacía de convenio sectorial» *(El País, 26 de enero de 2019)***(4)** .

(3) http://lirelactu.fr/source/el-pais/6dbade62-e4a7-411e-ac27-47f0120a45b6, acceso 2 marzo 2019.

(4) https://elpais.com/economia/2019/01/25/actualidad/1548448944_084730.html, acceso 7 marzo 2019).

Desde esta óptica neoliberal se puede sostener que la precariedad, es decir, la temporalidad contractual, el empleo a tiempo parcial (involuntario) y los bajos salarios se han convertido en una pauta muy extendida entre la clase empresarial. La permanencia de esta cultura de la contratación temporal, que tuvo su inicio en la Reforma Laboral de 1984, sugiere que se trata de un rasgo que rebasa las coyunturas de crisis y perdura como un componente estructural de la organización del mercado de trabajo en España.

Permítasenos insistir en la falta de consideración hacia las personas que trabajan de modo involuntario en una situación de precariedad laboral y hacia los mecanismos que amplían y traducen la voz de los operarios. En particular hay que considerar y escuchar a la mano de obra menos cualificada, y por ello más vulnerable y en empleos más frágiles. Es necesario para salir bien de la crisis que se cuente con su concurso y que se valore su contribución a lo largo de su vida laboral. En fin, y por otra parte, debiera calibrarse cuáles son los beneficios que se siguen al ir incorporando elementos de la cultura democrática en el interior de las empresas. La democracia tiene también el potencial y la capacidad de hacer que mejoren las empresas en el corto y en el medio plazo.

La otra vertiente de la preocupación ciudadana apunta hacia la continuada degradación de las condiciones de trabajo, lo cual conduce a la puesta en cuestión del presente orden social. Las recetas lesivas para la mayoría de la población que se han impuesto para salir de la gran recesión han vaciado la democracia para rescatar al poder financiero. La compatibilidad de la democracia inclusiva con el incremento de la pobreza y de la desigualdad en los países de capitalismo avanzado está siendo puesta en duda por extensas capas de la sociedad. Y esa duda no es solo teórica, sino que se ha convertido en una percepción generalizada por lo que se refiere al pueblo español.

Cuando se pregunta sobre la compatibilidad entre capitalismo y democracia, las respuestas dadas por el conjunto de los entrevistados por 40dB muestra que la población española se halla, en noviembre de 2018, dividida en dos mitades:

> *El 41,7% de los entrevistados cree que el capitalismo, pese a generar ciertos niveles de desigualdad y pobreza, es compatible con la democracia. Pero otros tantos consultados (42,4%) no lo ven así y piensan, por el contrario, que la democracia no es compatible con el capitalismo* (Encuesta 40dB).

Este descrédito del capitalismo ya se destacaba en los informes sobre la democracia en España (IDE-2015). La Recesión ha entrañado una disminución en el respaldo de los españoles a la economía de mercado. En la comparación internacional nos situamos como uno de los países más anticapitalistas. La explicación reside en que el mercado de trabajo ha expulsado a millones de personas, y cuando la ocupación se recupera lo hace rebajando las condiciones laborales. Además, la democracia no ha protegido a los expulsados del mercado laboral. En suma, la salida de la crisis no ha reducido de modo significativo la desigualdad, la pobreza y la exclusión. De modo que tanto el sistema económico y, en particular el mundo financiero, como el sistema político y, en concreto, la independencia de los tres poderes del Estado, ha cosechado un significativo descrédito.

Una de las escasas consecuencias positivas que ha tenido la recesión ha sido el impulso de la participación política de la mujer. En los últimos años ha destacado la actividad reivindicativa de las mujeres en el ámbito laboral. Pero también su motivación a la hora de defender la igualdad en todos los órdenes de la vida cotidiana y de cuestionar el *status quo* en las instituciones. En la encuesta que estamos comentando, las mujeres se muestran más críticas con la «recuperación». Ellas ponen el acento en el deterioro de las condiciones laborales como la mejor prueba de que no se ha supe-

rado la crisis. Además, y, en mayor medida que los hombres, también son las que están más convencidas de la incompatibilidad entre capitalismo y democracia. La mitad de los hombres creen que democracia y capitalismo son compatibles, frente a solo un tercio de las mujeres que lo ven así.

Al final del recorrido han quedado señalados dos preocupaciones (la necesaria renovación de las élites y la preservación del modelo social) que desgastan la democracia y la cohesión social. Y varias consecuencias. Unas son políticas, como la crisis de los partidos tradicionales y el aumento de la participación de la ciudadanía (44%), otras apuntan al carácter de la sociedad, como el crecimiento de la solidaridad (41%), pero también de la pobreza, de la desigualdad y del materialismo.

Claro está que se trata del mundo de las percepciones y que este clima de convencimiento puede no casar con los datos levantados por otras encuestas que lo que buscan es registrar hechos y conductas, es decir, comportamientos efectivos. Puede coexistir la percepción de que la crisis ha provocado en la sociedad española un incremento de la participación y de la solidaridad con el hecho de una menor implicación en ciertas consultas electorales o en otras movilizaciones sociales. Sin embargo, tanto las percepciones como los comportamientos auténticos son reales en sus consecuencias.

Así pues, esta cata reciente sobre el ánimo y la reflexión de los españoles tras la crisis nos deja expedito el terreno para pensar en los cuatro pilares que vamos a analizar en este capítulo, a saber: 1.-) la calidad y profundidad de la cultura democrática, 2.-) la evolución de la desigualdad laboral y existencial en la sociedad, 3.-) la salud de los vínculos sociales que enlazan a gentes y generaciones y, como cimiento de todo el andamiaje que sostiene a la sociedad, 4.-) la dinámica de vida y de muerte, de idas y venidas de la población. En otras palabras, los cuatro riesgos empiezan con la misma letra: democracia, desigualdad, desvinculación y demografía.

2.1.7. La sociedad rebajada

La nuestra, ya lo hemos declarado, no es una sociedad miedosa, sino consciente y preocupada. Tampoco está desinformada. El estado de ánimo que predomina no es la resignación ni tampoco la indignación. Somos una sociedad templada, consciente de nuestro lugar en el mundo y de la subordinación de la economía española en el capitalismo internacional. Lo que ocurre es que esta economía no es la nuestra, sino, al decir del ciudadano corriente, la de los financieros y grandes empresarios. La mayoría social prioriza el empleo y las condiciones laborales y, según estos evidentes parámetros, aún no hemos salido de la crisis.

Sin duda alguna, la crisis económica que hemos padecido ha hundido a alguno de nosotros más que a otros. Unos han perdido salario, otros el empleo, muchos han visto rebajadas sus condiciones de vida, otros han sentido en su carne las carencias básicas (comida, casa y salud). Los jóvenes se desesperan en la espera, los jubilados dan sorbos pequeños para disfrutar la vida que les queda. Y los maduros se derrumban entre el silencio de los medios y dedican su energía a mantenerse a flote. En resumen, el hundimiento que hemos experimentado como sociedad ha sido diferente por barrios, y por grupos de edad, y por capital educativo. Unos han resultado más afectados en sus vidas que otros, pero el rasgo común a todos es el de que somos más vulnerables como sociedad que antes de la recesión. Nuestra confianza en las instituciones, desde las más próximas hasta las más alejadas, ha disminuido o se ha quebrado.

La crisis económica ha violentado nuestra confianza colectiva con más fuerza que ha afectado a nuestros hábitos. Nuestras costumbres se mantienen. Por así expresarlo, seguimos tomando la cerveza, pero el aperitivo que la acompaña es más pobre. Y es que esta no ha sido solo una crisis económica, sino poliética. En realidad, aunque no nos demos cuenta, to-

das las crisis económicas, al rebajar la cotidianidad, minan nuestra decencia. Por dar un ejemplo, la gran recesión ha dañado más a nuestras convicciones democráticas que a nuestro bolsillo. La confusión ética (de principios en el debate público) y el brujuleo ideológico de los partidos políticos es la expresión de su alejamiento de la ciudadanía. Están fragmentados, desdibujados, desorientados.

En el orden público hay un pulso entre la desigualdad social y la igualdad de género. Las relaciones familiares y comunitarias también se han deteriorado seriamente. Se habla tanto de brechas porque la inconstancia y el desafecto son las tendencias de fondo. Señalamos la brecha de género o entre generaciones, la deslealtad laboral, electoral y la volubilidad de los afectos. Vivimos de lleno en una inseguridad personal y social.

Los riesgos sociales que se analizarán en este capítulo no son naturales, sino el producto de una dinámica social. Lo que vamos a explorar nosotros son los pilares del desorden social, a saber: la reducción de la democracia, la nueva configuración de las relaciones comunitarias, en fin, la quiebra de la reproducción vital. Y lo vamos a hacer, tal y como ya se ha expuesto, siguiendo a grupos de personas bien delimitados, a segmentos poblacionales que viven una situación de permanente vulnerabilidad. Esa plebe o pueblo llano que está en continuo riesgo de exclusión, social, política, económica y cultural.

En realidad, vamos a profundizar en tres subpoblaciones que experimentan o sufren ciertos riesgos, no todos y no en el mismo grado. Un riesgo existencial, otro de reconocimiento y un tercero de redistribución. Un riesgo vital, otro de libertad y de dignidad, y un tercero de necesidad material. Habitantes de este país que viven de manera creciente la desigualdad en alguna de sus aristas. Unos sienten la desconfianza, otros el miedo, otros la imposición, muchos la marginación, la discriminación y la exclusión del club social. Pongamos un ejemplo, y pasemos a otra cosa.

Fijémonos, por ejemplo, en las expresiones de alegría, en las caras de desconfianza, en los rostros de miedo, de esos africanos encerrados en un barco seguro cuando les anuncian que van a tocar tierra firme en algún puerto europeo. La democracia, cuando es inclusiva, les ampara; el trabajo, cuando no lo convertimos en un privilegio, les aguarda; la ciudad, a la que llegan para incorporarse en su vertebración, les ubica en una posición social; la comunidad chica, la de sus paisanos previamente instalados, les guía; y, lo más importante, esos inmigrantes que huyen en busca de seguridad y de mejorar sus vidas le podrán decir a sus familias que están vivos.

En su conjunto, los excluidos no son pocos en número —varios millones—, aunque esto no sería lo que más nos importa. Es más, lo cierto es que la suma de todos los grupos humanos «rebajados» por la crisis constituye la mayoría de personas que viven en este país. Son gentes de toda edad, pero no de toda condición, pues están sumidos en una situación de sometimiento social. Son grupos de población heterogéneos, a saber: inmigrantes, mujeres, jóvenes, maduros desempleados y jubilados. Gentes que ven cómo se les excluye del voto, se les levantan barreras para la movilidad social ascendente o perciben su discriminación a la hora de ocupar posiciones directivas. Personas, en fin, a los que se les dificulta el desarrollo de un proyecto de vida sea en la fase temprana, en la madura y hasta en la terminal. A los que se les pone cuesta arriba el poder vivir la vejez con dignidad y vinculados a la sociedad.

2.1.8. El desorden social y el momento

Vivimos en una sociedad desordenada y por eso nos sentimos inseguros. Andamos a contracorriente. Ahora, que vivimos más de 80 años, nuestras vidas se evaporan en un tenso presente. No paramos, no pensamos y corremos contra el

tiempo. Vivimos un avance tecnológico y, a la vez, una rebaja social. Defendemos a diario el modelo de protección social, y lo hacemos porque percibimos que, constantemente, está en riesgo. La «recuperación de la economía» ha dejado al descubierto que son los fundamentos de la sociedad democrática los que se tambalean. La inseguridad demográfica, la fragilidad democrática, la creciente desigualdad y la pérdida de vínculos entre las personas no se deben al impacto de la recesión. Vienen de atrás y suponen quiebras estructurales.

Venimos de una época en donde las edades se ordenaban y los ciclos de vida adquirían un sentido. Las personas se casaban y procreaban en la plenitud de su energía. Los vástagos se independizaban y formaban un hogar. Los padres ejercían de abuelos, mientras los hijos prosperaban en el trabajo. El orden social y las jerarquías se regían por un tiempo largo. Ciertamente surgían imprevistos, pero, por lo general, la vida en la comunidad no estaba presidida por lo rápido, sino por lo continuado. El cambio técnico se masticaba lentamente y se digería socialmente.

Ese orden demográfico, que estaba asentado sobre generaciones que mejoraban a sus antepasados —en educación y en esperanza de vida—, y se reproducían con más orden y control que las anteriores, se ha desmoronado con rapidez. El pilar reproductivo, el familiar, el laboral y el vínculo social se han agrietado. Prueba de ello es que la emigración que emprenden los jóvenes españoles no es por necesidad, sino por una frustración de las expectativas. Eso evidencia la desorientación de la sociedad que no les ofrece un camino, no les dice qué se espera de ellos.

Había una trayectoria educativa y laboral que iba de menos a más. Un sostén sobre el que edificar la vida familiar. Se empezaba por abajo, de aprendiz, y se seguía un itinerario hacia la consolidación. Se trabajaba en compañía, con más o menos operarios que se relacionaban entre ellos, conversaban y se ayudaban. Era un orden construido sobre la economía industrial, no porque allí trabajara la mayoría de la población, sino porque era el que regía el conjunto de la vida económica. Se producían bienes necesarios tanto en la industria como en la agricultura. Los ahorros estaban supeditados a las utilidades y las finanzas a la producción.

Ese orden industrial pasó de producir bienes necesarios a artículos superfluos y dañinos. Y de compartir el uso de energías renovables a abusar de los combustibles fósiles y, por fin, a depredar la tierra y reducir la producción de energías renovables. El orden industrial afectó al carácter de las personas y a su modo de vida hasta convertirla en una especie que se comporta como todopoderosa con la naturaleza. El capitalismo financiero ha alimentado esa soberbia dominadora creando monstruos humanos, egoístas, avariciosos y desmesurados. Desde esta óptica, la desindustrialización no es siempre dañina, al menos para las fuentes de la vida. Producir sin sentido del gasto energético y del deterioro que se infringe a la naturaleza y a los valores de las personas nos conduce a un infierno ambiental, también, en el clima social.

En la sociedad desordenada en la que ahora vivimos el tiempo es discontinuo, repentino e imprevisible. Y el orden se ha desarbolado. Experimentamos anticipadamente lo que será vivir en islotes sociales. Un entorno de fragmentos vitales, trozos de comunidad que andan sueltos y, en definitiva, lo que estamos experimentando es la atomización, la desvinculación social. Transitamos de una sociedad edificada por el orden industrial, gobernada, a duras penas y con gran esfuerzo, por el pluralismo y la libertad, hacia una sociedad sin una viga maestra productiva, pinzada por el consumo y la especulación. Globalizada y gobernada por la fragilidad y sin encontrar un asiento sólido en la economía internacional.

Sopesemos si en este período de la recuperación de la economía se ha fortalecido o debilitado la representación política, el papel de la educación, la herencia de la marca familiar y la dinámica de la reproducción de la población. Y cómo afecta la erosión de estos pilares a la vida cotidiana.

Empecemos por darle a la democracia el sentido de instrumento de cohesión social que vio Tocqueville en la primera parte de su *Democracia en América*. Empleemos, si así se prefiere, las palabras del genial guionista de cine Dalton Trumbo: «Compartirlo todo y por igual, en eso consiste la democracia» (en la película «Compañero de mi vida», 1943). Quizás la gran «D» que resume el modelo actual de sociedad sea la pérdida del vínculo social. Ese sentido de la responsabilidad para con la comunidad que abordó Steinbeck en los secos y precisos reportajes reunidos en el libro *Los vagabundos de la cosecha*.

La democracia, en vez de avanzar y profundizarse, se retrae y se está quedando en el esqueleto. Se refugia en el procedimiento, justo ahora, cuando la sociedad industrial no ejerce como pilar del orden económico y social. En este tiempo es cuando más falta nos hace el paraguas de una democracia inclusiva y participativa. Pero lo que estamos viviendo es una democracia mínima, sin densidad, sin calado social. La democracia es una forma cultural que nos socializa, nos configura como tipos humanos de mejor o peor ralea. Gentes que se autogobiernan. Pero en ese cometido no está inscrito el fin. De modo que si pierde músculo en vez de ganar en energía social puede suceder que esa configuración de tipos humanos cuaje en individuos excluyentes y no cooperadores. En seres humanos incapaces de relacionarse y que no escuchan a los demás.

La democracia, a través de los ciudadanos, contribuye a que el conjunto de vínculos sociales sea más cooperativo, más deliberativo, más participativo y enriquecedor. No se avergüenza, sino que se ufana al formar individuos dependientes de los demás. La democracia nos alienta a vivir juntos, como analiza Sennett. Vivir la democracia hace a las sociedades más decentes y a las gentes más iguales. Fortalece la empatía respecto de los otros, en lugar de practicar solo la simpatía y el ombliguismo hacia nosotros. Hace que comprendamos mejor a los diferentes y que no convirtamos la diferencia en desigualdad, sino en reconocimiento y respeto. La sociedad española es cada día que pasa más plural étnica, cultural y existencialmente. He aquí el primer reto y riesgo. Abarcar a todos, incluir las diferencias actuando como muñidores de ciudadanía y de equidad social.

Y en el mercado de trabajo también se afronta la ruptura de la carrera laboral. La desigualdad económica y social, en suma, la degradación de las condiciones de trabajo y la pobreza salarial, siguen una secuencia ampliada. Otra vez aparecen aquí, en este segundo pilar, el orden desestructurado y el tiempo quebrado. Las posiciones en la jerarquía laboral son efímeras, como el empleo. La trayectoria laboral ascendente ha sido sustituida por un itinerario discontinuo. Al aprendizaje no le sigue un puesto consolidado sino un vagar por entre contratos temporales y trabajos a tiempo parcial involuntario. O un discurrir, según pinte el ciclo económico, entre el desempleo breve y el frenazo en seco en edades maduras.

Trabajadores pobres y precarios, mano de obra que (¡menudo sarcasmo!) «quiere ser más explotada», pero a la que solo se le ofrece un empleo por un tiempo determinado, por días, semanas o meses. Más gente trabajando, pero menos horas, con menos derechos, menos implicación en lo que hacen, menos estabilidad y seguridad en el cometido. Un mercado de trabajo en desorden, imprevisible y sin continuidad. Una transición, sí, ¿pero hacia qué mercado? He aquí el segundo riesgo. Desigualdad salarial creciente y también

deterioro en las condiciones de trabajo que imposibilitan o retuercen los proyectos reproductivos y vitales.

El tercer rasgo de este desorden social y de esta dislocación del tiempo social es la dinámica reproductiva de nuestra sociedad. El «demos» o pueblo, la plebe que se convierte en población porque se reproduce generacionalmente. Una población no es un conjunto de individuos, sino un grupo que se sucede en el tiempo. La reproducción de una población se abastece de insumos internos y de aportes externos. Los aportes externos constituyen la inmigración que suma habitantes y más tarde descendientes a la reproducción de la población. Los aportes internos se concretan en los nacimientos que añaden vida futura a la reproducción de esa población. A la reproducción natalicia se la denomina «vegetativa» o «natural», aun cuando sea el resultado de la condición social. A la inyección externa se la conoce como reproducción social, aun cuando se trate del producto de una expulsión cultural. La expulsión desde un modo de vida hacia otro más seguro y sostenible.

El caso es que la actual transición socialmente desordenada y la disrupción temporal ha trastocado el orden «natural» de la reproducción y ha impulsado el papel que desempeña la reproducción social. Ha deprimido la fecundidad y ha acrecido la inmigración hacia el Reino de España. Al aumento de la infecundidad voluntaria y sobre todo el de la postergada por la fuerza de las circunstancias (involuntaria) se le suma el conocido como «déficit de fecundidad», es decir, la distancia que hay entre el número de hijos que se quiere tener y el poder concretar esa fecundidad deseada. Hay una brecha entre la fecundidad ideal y la realmente alcanzada. Ese empequeñecimiento del aporte vegetativo ha impulsado el envejecimiento de la sociedad que no puede ser más que paliado por el aporte exterior. No es que la población de este país mengüe, lo que tampoco tendría porque considerarse una tragedia, sino que su leve aumento corre por la cuenta de los aportes migratorios.

En el orden agrícola regía la fecundidad exuberante, en el orden industrial la mortalidad menguante, en el orden terciario la balanza migratoria. La dinámica demográfica es cada vez menos intrínseca, pero no es ese el riesgo (aunque sí sea un reto para la democracia y la cohesión social) sino la inestabilidad de las bases en las que se sostienen ambas fuentes reproductivas. Por un lado, la fragilidad de las nuevas formas familiares, que, empequeñecidas y separadas, avistan el futuro en una creciente soledad. Hijos únicos que viven lejos de los progenitores y que no los pueden atender a distancia. Mercantilización de los cuidados y espaciamiento de los contactos sociales cara a cara.

Por el otro cabo de la suma reproductiva aparece el aislamiento de los inmigrantes respecto de los autóctonos y la debilidad de los lazos sociales. Esa fuente demográfica está experimentando una creciente centrifugación social y cultural. Los inmigrantes son discriminados en el ámbito laboral, en el político y en la consideración social. Son tratados como extraños culturales y expulsados del corazón de la sociedad. Y, sin embargo, han llegado para quedarse y se encuentran plenamente afectados por el actual desorden de la sociedad.

Y, en el centro, en el corazón de la sociedad, persiste la marca generacional. Los bebés de familias acomodadas y de hogares precarios no comen ni lloran igual. La herencia pesada que ahoga las capacidades y limita las oportunidades nos acompaña a lo largo de toda la trayectoria vital. Desde la salida, las instituciones sociales nos configuran como desiguales. En el esforzado recorrido de la vida y hasta la llegada a la meta hemos de arrastrar el signo de la cuna existencial y de la generación histórica.

Según seas hombre o mujer, negro o blanco, de familia bien o necesitada, las puertas de la sociedad serán más o menos francas a tu paso. La alimentación, el barrio, la escuela, el trabajo, la obesidad, la morbilidad y la esperanza de vida están inscritas en tu portal y en cada estación de metro o parada del autobús. El período en el que naces te marca de por vida.

El otro riesgo en la dinámica demográfica es la falta de sincronía en estas dos bases reproductivas. Las generaciones históricas dejan su huella en el ciclo vital. Puesto que el tiempo migratorio y el tiempo vegetativo andan desacompasados. Por una parte, el hijo tenido requiere un tiempo de crianza, mientras que el inmigrante atraído ya viene presto para incorporarse al mercado laboral. Los tiempos se entrecruzan de modo que a veces se complementan y otras se empujan. La recesión económica ha supuesto el retraso de la fecundidad natural y el apagón migratorio. Un bache reproductivo en toda regla. Que ahora supone un alivio, pero que más adelante se traducirá en un desequilibrio demográfico. El envejecimiento aumenta con rapidez, el déficit de fecundidad se ha estabilizado y la regulación de la migración oscila y da bandazos.

Nos propusimos señalar brevemente los nuevos riesgos sociales, sin huir del presente, con el fin de apuntar la metamorfosis social que venimos experimentando. Estamos en una etapa de desorden, cuando no de franca regresión, en las relaciones humanas y en las instituciones sociales. La democracia se reduce y se vacía. La desigualdad social se agiganta, y la dinámica reproductiva se bifurca y se quiebra. Los vínculos sociales se fragilizan, las conversaciones se encierran en tuits, la comunidad familiar se achica y se fragmenta. Tiempos de zozobra que se pueden resumir así: «España es un buen país para vivir, pero no para procrear, trabajar y sentirse un ciudadano necesario». Al menos no para trabajar con dignidad, es decir, con sentido de la responsabilidad para la comunidad. No para votar con entusiasmo y capacidad de decidir, aunque, comparado con otros, sea un buen país al que venir.

Vivimos en una época de identificaciones tránsfugas. A nosotros nos parece que huir de la realidad no es una conducta prudente. Huir sin dirección ni compañía (¿huida hacia delante?) es un sinsentido en ciencia social. Así que desde FOESSA hemos decidido fijarnos en alguien, en muchos, en los más vulnerables, siguiendo la tradición de D. Day. Quizás ellos no nos señalen el camino de ida, pero sí el de vuelta, el del retroceso social.

2.1.9. La sociedad insegura y la integración social según FOESSA

Una sociedad es, primero, vínculo. Una asociación de personas que se enlazan a través de relaciones mutuas y recíprocas. Conviene aclarar desde el inicio que una sociedad no equivale a una suma de individuos, sino a una población que se reproduce y se comunica, se sostiene y se organiza. Una población con pasado y con futuro. Sin pasado no hay acumulación, pero la suma y la memoria no son suficientes. Porque la sociedad es relación y sin socialización solo quedan seres ineptos, pero no individuos. No hay individuos autónomos sin un «buenos días» cuando en la escalera te cruzas con un vecino o con un extraño. No hay persona con identidad propia sin sociedad que le precede, que le acoge, que le ampara y que le estimula a seguir colaborando. El pasado, el presente y el futuro es estar y seguir juntos, vinculados y cooperativos.

El niño que nace indefenso y vulnerable no sabe que esta asociación de personas se articula, se organiza en instituciones. Las instituciones pue-

den ser más o menos inclusivas. Más acogedoras y estimulantes o más marginadoras y apáticas. Empezando por la familia que alimenta, protege y socializa a cada uno. Y siguiendo por el estado como vertebrador del conjunto. Por fin, esa cooperación organizada (que no otra cosa es una sociedad) se nuclea y jerarquiza, es decir, establece un orden social en torno a unas normas y reglas que la estabilizan y consolidan para seguir dando pasos sin desplomarse por el camino.

Con esta perspectiva, la EINSFOESSA 2018 evidencia dos segmentos o secciones bien delimitados. Dos subsociedades, por así expresarlo, con vínculos, normas e instituciones nítidamente contorneadas. Por fortuna, aún no constituyen dos conjuntos disjuntos, sino que tienen elementos en común. Una aparece estancada, pero acopia al 19% del total de la población. Es una sociedad de códigos implícitos, más que de normas escritas, de instituciones, sí, pero fundidas en asociaciones cerradas. Esa sociedad estanca viene de lejos y apenas intercambia con el otro 81% que constituye la sociedad mayoritaria, pero aún indiferenciada.

Así pues, hay una quinta parte de sociedad apartada que vive y se rige por otras normas y códigos de conducta. Desconfiada para con los acomodados, desafecta respecto de las instituciones estatales, encerrada en el extrarradio. Una sociedad que se afana y se agota en la lucha diaria por sobrevivir. Y no ha sido el FOESSA 2019 quien ha descubierto esa sima o esa fisura social. Ya estaba bien descrita y analizada en el informe anterior, el que se hizo en las profundidades de la Gran Recesión. Allí se probó que venía de tiempos anteriores. Lo que ha puesto de relieve el FOESSA 2019 es la reconfiguración del 81% restante en dos grandes secciones, a saber: la sociedad insegura y la sociedad soberbia.

La sociedad insegura, que suma un tercio de la sociedad, se mueve en el filo de la navaja. Está en la antesala de la exclusión. Mira hacia la fracción estancada y la ve cerca, aunque no semejante. No la conoce ni la comprende porque apenas mantiene vínculos con ella. Pero, cuando mira hacia el otro lado, ve que también se están debilitando los lazos con la sociedad segura, la que vive instalada en la soberbia. La sociedad insegura aún se valora, no ha perdido la autoestima y los compromisos con el estado de derecho, pero intuye que en la próxima sacudida su sostén económico se quebrará y caerá a tierra, o peor, se precipitará en la ciénaga. Le indigna que la sociedad soberbia se desentienda del resto y coja más impulso hasta desconectarse. Esa sociedad insegura ya ha dado la cara en el Reino Unido, Italia, Francia o España. Se está quedando a la intemperie y pide un abrigo. No puede ser cosmopolita ni tampoco se puede sentir solidaria. No tiene poder económico, ni son de su propiedad los medios de comunicación. Tiene un empleo precario, insuficiente, y un futuro incierto.

Son los que votan salir, los que quieren sentir que aún tienen el poder de interrumpir la dinámica de los soberbios, de impedir la entrada de foráneos, de engancharse al consumo. Sienten en la nariz el olor del pantano y el frío en la piel al llegar a fin de mes. Su conducta electoral y social es desesperada, pero aún conservan la memoria de cuando eran necesarios. Los acomodados, en cambio, son autoritarios en las ideas y en la práctica cotidiana, aunque lo disimulan en el comportamiento público. Consumen sin conciencia y mandan sin pudor ni compasión. Llaman a votar con moderación y se exhiben en público con hipocresía. En realidad, los acomodados, que en 2018 reúnen al 48% del total, no practican la empatía, pero echan en cara a los excluidos su desafección y a los inseguros que manifiesten su malestar de forma airada.

El cambio y reconfiguración de esa sociedad sigue una secuencia temporal y se realiza, primero, en la conciencia. La explicación dominante

asegura que los marginados lo son porque esa es la vida que escogen. No quieren esforzarse. Los ahora integrantes de la sociedad insegura cargaban la culpa de la exclusión en las inclinaciones de los marginados, o, en el mejor de los casos, en las consecuencias que acarreaba la sobreprotección del estado hacia los pobres. Eran las políticas sociales las que habían generado, sin quererlo, como un efecto no deseado, la abulia y la pereza de los indigentes. Ellos habían estado tan protegidos que sus cualidades se habían cegado. No sabían valerse por sí mismos. Eran el producto de su falta de motivación y de las ayudas del estado. Sin embargo, esa letanía se ha quebrado con la Gran Recesión y su salida en falso.

Hubo, desde 2000 hasta 2008, una conciencia ebria, de burbuja arracimada por el valor del dinero. Una conciencia de sociedad que todo lo podía y todo lo compraba. Una sociedad despiadada que ignoraba al 20% de abajo porque creía que ellos eran los principales culpables de su indigencia y que podían participar del maná económico si se ponían a la cola, se esforzaban y se sacudían la sobreprotección del estado.

En esa sociedad, que aún se encuentra a flote, se vislumbran dos enfoques: 1) el de que el riesgo y el peligro viene de la configuración económica de la sociedad y de los valores que la sostienen. Es el capitalismo y la avaricia, lo que conduce a su descarrilamiento social. 2) El otro prisma es el de los que aún confían en la política, en el gobierno y en la democracia para que regule y controle al desbocado sistema de acumulación de la riqueza y de producción de la desigualdad.

Por resumirlo de este modo: hay que modificar el sistema para que genere oportunidades y movilidad social en vez de descenso o bloqueo social; o hay que relevar a las élites, reconducir y profundizar la democracia para así evitar el aislamiento y la fragmentación social. Introducir la democracia en las empresas y activar la participación y la responsabilidad social.

El estallido exógeno de la crisis financiera aturdió y conmocionó a la fracción insegura de la sociedad total. No comprendían cómo se había producido y, sobre todo, contagiado a sus empresas, a su trabajo. Y en 2013, en el fondo de la recesión, esa porción de la sociedad miraba hacia arriba y veía la luz muy lejos. Estaba sumida en una conciencia de miedo y pedía una derrama social. Ellos se sentían capacitados, su mala suerte era la culpable de su situación. Les sobraban capacidades y ambición, pero les faltaban asideros. Pedían un empujón para reengancharse al último vagón de la sociedad segura. Se veían incapaces de salir sin reparto interno ni ayuda exterior. La culpa no era suya, sino del contagio exterior. Y fue así como la sociedad insegura pidió un rescate.

Cuando ha transcurrido un lustro desde que oficialmente se decretó el fin de la Gran Recesión, el Informe 2019 vislumbra dos zonas en esa sociedad que ve la luz de la mejora, pero que no recibe su calor. Es una sociedad que reclama seguridad, en las pensiones, en el reconocimiento de la igualdad de género, en el restablecimiento de la decencia institucional y, sobre todo, en la necesidad de sentirse todos juntos. Su conciencia es ahora de inseguridad ante el próximo zarpazo, de exigencia en que la norma máxima para la convivencia (la Constitución) firme en la hoja de ruta que no se tocarán las pensiones, que no se dejará de lado a los mayores, a los dependientes, a los vulnerables. Pero ese tercio de la sociedad insegura, que vive en una situación de integración precaria, se encuentra aquejada por los dos extremos: por los adultos maduros y por los jóvenes sin futuro. Los primeros han perdido el tren y ya se ven dependiendo del estado, pero, por el otro, los jóvenes sin carrera laboral, sin expectativas, no acaban de conseguir agarrarse a la fracción de la sociedad soberbia que corre frenéticamente en la dirección equivocada.

2.2. Demografía y cuidados

2.2.1. La estructura demográfica y las dinámicas familiares que envuelven el modelo social

La demografía española de las últimas décadas ha estado marcada por tres relevantes acontecimientos: el aumento de la esperanza de vida y la consiguiente longevidad, cambios en las pautas reproductivas y modificaciones en las estructuras de los hogares y en la organización de las familias. Cada uno de estos procesos ha conllevado a cambios significativos en el modelo de sociedad. Han desafiado los sistemas de bienestar y cuidados pero también los valores que sostenían a las familias y los roles de hombres y mujeres en la sociedad. En definitiva, las pautas de convivencia se han modificado.

En la actualidad, es posible llegar a compartir momentos con las generaciones de nuestros antepasados, quienes por primera vez en la historia llegan vivos hasta edades avanzadas. En España se comenzó el siglo XX con tan solo 34 años como esperanza de vida al nacer y en el año 2017 alcanza los 82 años de edad, situándose como uno de los países más aventajados del mundo en este terreno (García 2015). Estos datos son un fiel reflejo del progreso en las condiciones sanitarias, sociales, económicas y en la mejora de los estilos de vida. Sin embargo, esta reducción de la mortalidad ha venido acompañada de nuevos desafíos sociales y demográficos, ya que ha supuesto un cambio relevante en la pirámide poblacional, la cual aguanta el peso de las edades avanzadas, del que se espera un acelerado aumento en la tercera década del siglo.

Según el Instituto Nacional de Estadística (2018), la población de 65 y más años que en 2018 representa el 19,1% de la población alcanzará la cifra de 25,2% dentro de tan solo 15 años. La tasa de dependencia (cociente, en tanto por ciento, entre la población menor de 16 años o mayor de 64 y la población de 16 a 64 años) se elevará del 54,2% actual hasta el 62,4% en 2033. Como consecuencia de este proceso surgen dos tendencias. Por una parte, el denominado «envejecimiento del envejecimiento»**(5)**, que augura un notable incremento de las personas que superan los 100 años (15.756 en 2018), quienes se espera que alcancen la cifra de 46.366 en apenas 15 años. Por otra parte, la disminución paulatina de mujeres en edad fértil, ya que, de mantenerse las actuales tendencias demográficas, la pérdida de población en la próxima década se concentrará en los tramos etarios de 30-49 años, colectivo que se reducirá en 2,8 millones de efectivos. A esta situación habría que sumar la ya sostenida tendencia en la reducción de la natalidad que se ha venido observando desde los años 90. De esta manera, en la actualidad, el promedio de hijos por mujer (denominado como Índice Sintético de Fecundidad) se sitúa en torno en 1,31, muy lejos de la cifra de 2,1 que convencionalmente se sitúa para asegurar el relevo generacional. En consecuencia, la población se incrementará en la mitad superior de la pirámide de población y todos los grupos de edad de más de 50 años serán los que crecerán en número, al

(5) Algunos analistas defienden cambios en la forma de medir el nivel de envejecimiento de una población. En concreto, consideran que sería más apropiado tener en cuenta la esperanza de vida como umbral móvil de medición y no la edad cronológica, que tradicionalmente se asimila a los 65 años. De esta manera, el proceso de envejecimiento se contemplaría a partir de los 71 años para los hombres y de 75 años para las mujeres (Abellán, Ayala y Pujol 2017).

mismo tiempo que la generación del *baby-boom* iniciará su llegada a la jubilación en torno a 2024.

Esta tendencia de baja natalidad y la alta supervivencia, que garantiza el mantenimiento de la población y que da lugar a un relevante envejecimiento de la población, se convierten en los procesos fundamentales de la demografía española. Algunas aportaciones hablan de «crisis demográfica» o «invierno demográfico» (Macarrón 2010), pero no faltan voces que resaltan los aspectos positivos de este fenómeno, al que denominan como «revolución reproductiva». En este último caso, la longevidad y la bajada de la natalidad se interpreta como una «eficiencia» demográfica en donde se rebaja el esfuerzo reproductor femenino y se refuerzan los lazos familiares a través del rejuvenecimiento de todos sus miembros mediante la prolongación de las etapas vitales (MacInnes y Pérez-Díaz 2009). La velocidad hacia el envejecimiento es ineludible, y ni siquiera la intensa llegada de los flujos migratorios recibidos en las últimas dos décadas podría compensar esta situación. Exploraciones sobre la materia advierten que el protagonismo de la fecundidad de las mujeres migrantes procedentes de países de alta natalidad es limitado. Si bien en el período 2004-2006, etapa en la que en España ha aumentado el número medio de hijos por mujer llegando este indicador a 1,34, la cifra tan solo pasaría a representar un 1,26 en caso de que no fuesen residentes las mujeres migrantes (Grande y Del Rey 2017; Castro y Rosero-Bixby 2011). La evolución de estos datos dependerá del grado de asentamiento en el país, del año de llegada y del contexto socioeconómico, pero la tendencia parece ser la de asimilar su fecundidad al del resto de las mujeres nativas.

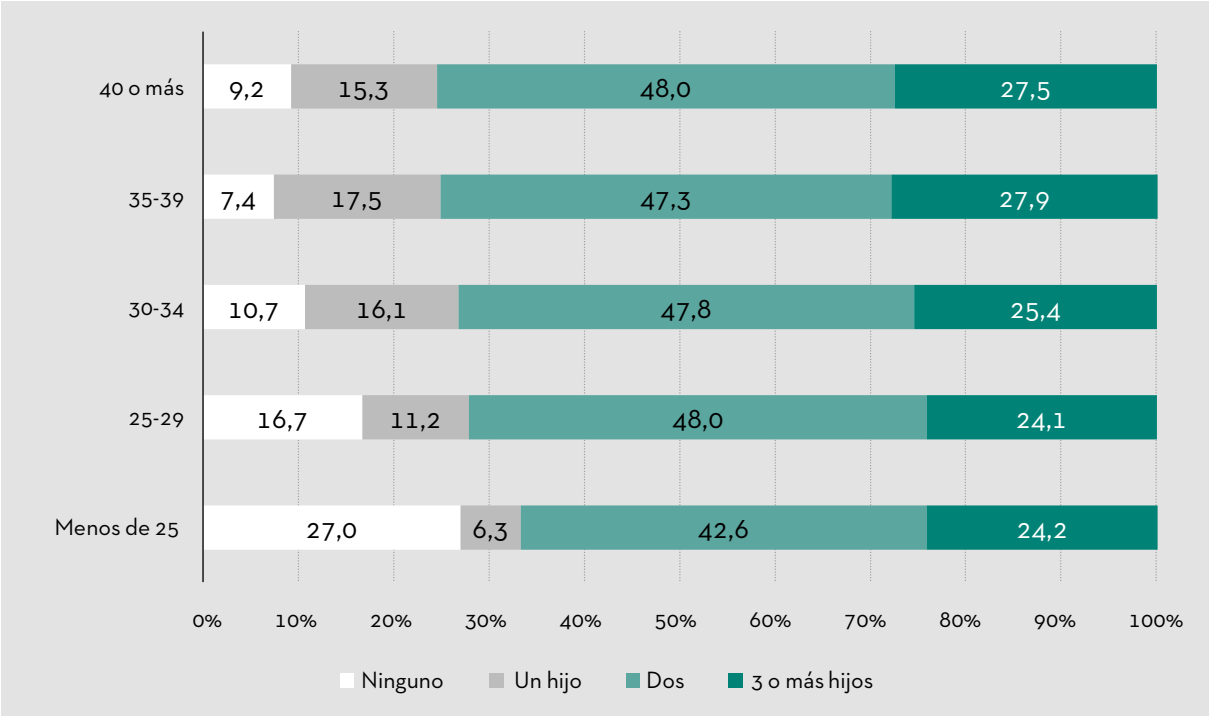
Y es que detrás de este esquema demográfico nos encontramos con cambios sociales relevantes en las últimas décadas que afectan por igual a las mujeres españolas y migrantes. Se trata de valores políticos, económicos y culturales que han sumido al país en una etapa de terciarización económica, de servicios y de cambios en los ámbitos de la sexualidad, ahora privatizada y ajena a la reproducción y en donde prima la individualización de las relaciones humanas (Scott y Braun 2006). No obstante, existen claras evidencias de que a pesar de estos cambios hacia valores post-modernistas las alteraciones en cuanto preferencias familiares no son tan alarmantes (Esping-Andersen y Billari 2015). De hecho, algunas investigaciones presentan sólidas argumentaciones de cómo en los países occidentales se mantienen las mismas expectativas sobre fecundidad desde hace 30 años, en

TABLA 2.1. Características de fecundidad de las mujeres españolas de 18-55 años. 2018. (%)

Número de hijos deseado (mujeres 18-55 años)		
Ninguno	**12,2**	
1 hijo	14,1	
2 hijos	**47,2**	
3 y más hijos	26,5	
Número de hijos	**Mujeres 18-55 años**	**Mujeres 40-55 años**
Sin hijos	40,3	18,8
Con hijos	59,7	81,2
1 hijo	3,6	24,5
2 hijos	29,5	43,6
3 y más hijos	8,8	13,0
Con menos hijos de los deseados	**21,1**	

Fuente: Elaboración propia a partir de INE, Encuesta de Fecundidad 2018.

GRÁFICO 2.1. Fecundidad deseada por las mujeres según edad. 2018



Fuente: Elaboración propia a partir de INE, Encuesta de Fecundidad 2018.

los que impera de manera mayoritaria «la norma de los dos hijos» (Sobotka y Beaujouan 2014). España no es ajena a esta expectativa.

Según el avance de resultados de la Encuesta de Fecundidad 2018 (INE 2018) casi la mitad de las mujeres de entre 18 y 55 años manifiestan el deseo de tener dos hijos en total. Es más, el porcentaje de mujeres que quieren tener tres hijos alcanza el 26,5% (tabla 2.1). Sumando estos grupos el resultado es que casi tres de cada cuatro mujeres quieren tener al menos dos hijos. Las mismas cifras aparecen en los estudios del CIS**(6)**, que reflejan que entre el total de la población (no solamente las mujeres) al menos el 56,2% considera que el número ideal de hijos es de 2 y el 19,5% sostiene que le gustaría tener 3 hijos.

El número de mujeres que no desean tener hijos no es, por tanto, demasiado elevado. Se sitúa en el 12,2% en el colectivo de 18-55 años, y desciende al 9,2% entre las mujeres mayores de 40 años. Aun así cabe mencionar que la tendencia de las personas que no contemplan tener hijos, a pesar de ser minoritario, va en aumento en los últimos años. Por ejemplo, ha dejado de ser un elemento que configure el proyecto vital de las mujeres más jóvenes (el 16,7% de las que tienen entre 25 y 29 años y el 27% de las menores de 25 años manifiestan no desear tener hijos) y empieza a ser significativo al final de la edad de fecundidad. El 24% de las mujeres nacidas en 1970 no ha tenido hijos, cuando este porcentaje se sitúa en el 15% en las generaciones de mujeres nacidas entre 1950-1959.

Es decir, aumenta la proporción de las mujeres que acaban su vida reproductiva sin hijos, aunque sigue siendo mayoritaria la posición de las mujeres que desean tener descendencia. Entre

(6) Encuesta 3032 del CIS de 2014 referente a las siguientes temáticas: valores, pareja, conciliación, formas familiares, permisos, rupturas, hijos, TIC, políticas familiares.

estas últimas sí cabría señalar el creciente número de mujeres que tienen menos hijos de los que desean conformando lo que demográfica y sociológicamente se denomina como «fecundidad insatisfecha» (Bongaarts 2003). El porcentaje de mujeres que han tenido menos hijos de los deseados se sitúa en el 21,1%, es decir, una de cada cinco. El hecho de que la fecundidad, por tanto, sea muy baja en España no se puede atribuir a que existe un creciente rechazo a la maternidad, sino a los bajos índices de progresión hacia el segundo hijo e hijos posteriores (Castro y Martín 2013).

El comportamiento de las madres en términos de fecundidad parece estar influenciado tanto por los límites y oportunidades que ofrecen las políticas familiares de conciliación (Mandel 2009) como por los riesgos que implica para las parejas tener hijos al mismo tiempo que mantienen el modelo familiar de doble sustentador. Las razones económicas, laborales y de conciliación se convierten en los elementos fundamentales que determinan el número final de hijos. El recorte de las expectativas de las mujeres en el tamaño familiar se relaciona con aspectos económicos en un 19,9% de los casos, y con el trabajo y la conciliación en un 25,9% (tabla 2.2).

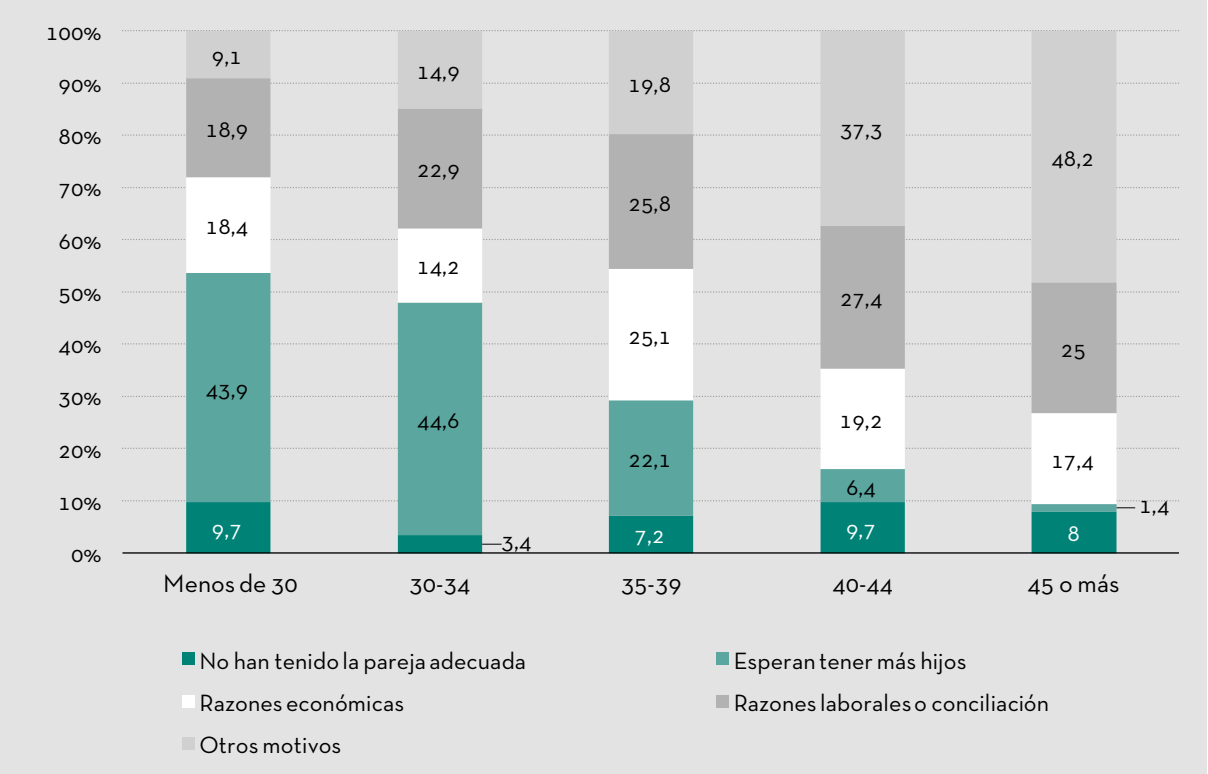
Si se observan los datos por edad, el 50,9% de las mujeres entre 35-39 años manifiestan no tener más descendencia por estos factores (gráfico 2.2). En la etapa final de fertilidad (es decir, entre mujeres mayores de 40 años), la ausencia de más hijos por estos motivos asciende al 42,4% (gráfico 2.2). Dos máximas guían las tendencias reproductivas. Por un lado, «no se tienen más hijos porque no se puede», dadas las dificultades de mantener una familia al mismo tiempo que la mujer está incorporada al mercado laboral. Por otro lado, despuntan aquellas mujeres que «no quieren ser madres», valores vanguardistas femeninos que desligan la identidad de ser mujer con la maternidad (Vidal-Coso y Miret 2018). Entre ellas alcanzan el 43,4% de las mujeres sin hijos que en la actualidad tienen entre 40 y 55 años (tabla 2.2).

TABLA 2.2. Motivo principal por el que no ha tenido hijos o ha tenido menos hijos de los deseados. 2018. (%)

Motivo de tener menos hijos de los deseados (mujeres 35-55 años)	
Demasiada edad para tener hijos	8,3
Porque no ha tenido la pareja adecuada	8,2
Todavía quiero tener más hijos	8,1
Por razones de salud	18,0
Por razones económicas	**19,9**
Por razones laborales y de conciliación	**25,9**
Otros motivos	11,6
Motivo más importante por el que no ha tenido hijos (mujeres 40-55 años)	
Demasiado joven aún para tener hijos	1,6
No he tenido pareja o esta no era la adecuada	**14,2**
No quiero ser madre	**43,4**
Por razones de salud	6,7
Por razones laborales/conciliación	8,3
Por razones económicas	3,2

Fuente: Elaboración propia a partir de INE, Encuesta de Fecundidad 2018.

GRÁFICO 2.2. Motivo principal por el que han tenido menos descendencia. 2018



Fuente: Elaboración propia a partir de INE, Encuesta de Fecundidad 2018.

De esta manera, la infecundidad no deseada podemos considerarla como una consecuencia de (i) las nuevas tendencias en la «organización familiar», entre las cuales, la más relevante ha sido la erosión del modelo familiar basado en un único sustentador (Ayuso 2019; Valiente 2010), y (ii) la ausencia de apoyo institucional a las mujeres madres que trabajan durante los años de transición a este nuevo esquema familiar.

Los estudios indican que este cambio de modelo ha sido uno de los fundamentales en España en las últimas décadas. De hecho, las familias de varón sustentador han pasado de representar el 61,8% en 1990 a ser el 31,6% en 2010, mientras que las familias con dos sustentadores han tenido un destacable incremento, pasando del 30% en 1990 al 51% en 2010 (Moreno 2015). Esta tendencia solo puede explicarse a partir de la capitalización de la formación que han realizado las mujeres y su empeño por permanecer en el mercado de trabajo, ya que el marco normativo no ha fomentado su puesta en práctica. El porcentaje de mujeres con empleo entre 25-54 años pasó del 44,4% en 1998 al 68,1% en 2018 (datos Encuesta de Población Activa), y la estrategia de organización del trabajo doméstico y de cuidados se ha sustentado en el concepto de «doble sustentador/familia extensa», característico entre los países familistas, en donde la red familiar colabora en las tareas de cuidados mientras ambos cónyuges trabajan (Moreno, Ortega y Gamero-Burón 2017).

Las mujeres suelen trabajar contando con la ayuda de los familiares para el cuidado de los hijos y ancianos dependientes. Esta tendencia también ha ido de la mano con una pluralización en el uso de los recursos del cuidado, que se traduce en

TABLA 2.3. De las tres posibilidades que le voy a leer, ¿podría decirme cuál se acerca más a su forma ideal de familia?

	Total	Hombres	Mujeres
Una familia en la que los dos miembros de la pareja tienen trabajo remunerado con parecida dedicación y ambos se reparten las tareas del hogar y el cuidado de los hijos, si los hay	**67,2**	64,3	**70,0**
Una familia en la que uno de los miembros de la pareja tiene un trabajo remunerado con menor dedicación y se ocupa la mayor parte de las tareas del hogar y del cuidado de los hijos, si los hay	14,5	13,3	15,7
Una familia en la que solo un miembro de la pareja tiene un trabajo remunerado y el otro se encarga del cuidado del hogar y de los hijos, si los hay	15,0	18,4	11,7
Ninguna de las anteriores	1,2	1,4	1,0
NS/NC	2,1	1,9	1,3
TOTAL	100,0	100,0	100,0

Fuente: Elaboración propia a partir de CIS, Encuesta cuidados a personas dependientes 3009/2014.

el aumento de la institucionalización de niños y niñas a edades cada vez más tempranas (Meil, Rogero-García y Romero-Balsas, en prensa) y en la contratación de empleadas de hogar para el cuidado de personas mayores (Díaz y Martínez-Buján 2018). Según la Encuesta de Condiciones de Vida 2016, el 43,7% de los menores de 3 años acuden a un centro de educación infantil en España, y si a comienzos de los años 90 en torno al 15% de los abuelos/as declaraban participar en el cuidado de sus nietos/as (Meil 2011), en el año 2010 este porcentaje alcanza el 35% (IMSERSO 2010).

Y es que los datos siguen mostrando una notable relación entre el empleo y tener hijos. En el estudio del CIS 3009/2014**(7)**, un 9% de los encuestados afirma que ha tenido que reducir su jornada laboral por tener hijos, pero de este porcentaje tan solo el 13% son hombres y el 88% son mujeres. El ideal de familia es el de doble sustentador en el 67,2% de los encuestados por el CIS 3009/2014, incrementándose la proporción en el caso de las mujeres al 70% (tabla 2.3). Es decir, la implementación del modelo del doble sustentador no ha venido acompañado de una efectiva transformación en los roles de género ni tampoco en una adecuada agenda política que permita alcanzar planes igualitarios entre las parejas, siendo las mujeres-madres las principales perjudicadas a escala profesional.

Si bien las teorías explicativas sobre el cambio de modelos familiares en base a los determinantes del empleo femenino y el declive de la fecundidad han sido muy prolíficos en el ámbito de la economía**(8)**, en los últimos años han surgido nuevas explicaciones desde la disciplina sociológica que interpretan los modelos familiares como resultado de preferencias y estilos de vida elegidos libremente (Hakim 2005). Es decir, tener menos hijos o trabajar

(7) Este estudio se ha realizado a personas de 25 y más años de ambos sexos y residentes en España. Se recogió información de 2.473 personas, y de circunstancias y convivientes del hogar de esas personas. Se destinó un bloque a personas que realizan tareas domésticas de manera remunerada. Se preguntó por las personas en situación de dependencia, que según esta encuesta son aquellas que necesitan ayuda de otras personas para realizar tareas domésticas o actividades básicas de la vida diaria (como asearse, ducharse, vestirse) por edad avanzada, una discapacidad o enfermedad crónica. Otro bloque se ha destinado a cuidadores/as.

(8) Como las teorías de Becker (1965), que explicaba que el modelo familiar elegido está relacionado con una elección racional acorde a los ingresos de la pareja. De esta manera, si la capacidad ganancial difiere entre el padre y la madre, el miembro de la pareja con más ingresos (generalmente el hombre) trabajará a tiempo completo mientras que la mujer no trabajará o trabajará a tiempo parcial para ocuparse del cuidado de los hijos.

a tiempo completo forma parte de las decisiones individuales de las mujeres, las cuales se han modificado en las últimas décadas y sus aspiraciones ya no se centran en la realización personal a través de la maternidad. Estas explicaciones son, sin duda, válidas para detallar el caso español. Sin embargo, también es necesario complementarlas con otras aproximaciones, puesto que según los datos mencionados es necesario encajar cómo actúa «el marco cultural e institucional al que se circunscriben las actitudes y preferencias familiares y laborales» (Moreno, Ortega y Gamero-Burón 2017: 151).

Parece que para el caso español es bien necesario contextualizar la coyuntura y la estructura en la que se enmarcan estas elecciones de fecundidad y, desde luego, cabría resaltar la influencia de las políticas familiares del Estado de bienestar en la toma de la decisión, tal y como defienden las teorías «*care arrengement*» (Pfau-Effinguer 2014). Aunque en España todavía no se ha desarrollado esta línea de investigación con fuerza, se sabe que para el caso de Portugal, por ejemplo, es esencial tanto la condición socio-económica de las mujeres como el modelo institucional de conciliación en las expectativas de empleo y familia entre hombres y mujeres. Los datos que aporta la reciente Encuesta de Fecundidad del INE (2018) parecen seguir esta tendencia. La ausencia de apoyo público junto con la precariedad laboral o el deseo de realizarse profesionalmente son los elementos que juegan en el proceso de infecundidad, más que las elecciones individuales de las mujeres.

La igualdad de género en los hogares también podría tener un papel relevante en esa distancia que marcan las intenciones de tener hijos y la descendencia final. En esta línea se sitúa la teoría de McDonald (2013), quien sugiere que en las familias de doble sustentador, sobre todo en aquellas en las que las mujeres poseen un elevado nivel de formación, el coste de oportunidad es realmente elevado cuando ellas deciden tener hijos. No solamente por el contexto institucional de conciliación, sino que las diferencias son más palpables si el entorno es también muy desigual en términos de género. Todavía son pocos los estudios al respecto realizados en España. Destaca de entre ellos el realizado por Brinton, Bueno, Oláh y Hellum (2018). Estas autoras realizaron una investigación cualitativa sobre las intenciones de fecundidad en mujeres y hombres en EE.UU., Suecia, Japón y España. Para este último caso concluyen que, efectivamente, las razones de igualdad de género son escasamente mencionadas por las mujeres españolas que han tenido menos hijos de los deseados, quienes se centran en las tensiones existentes entre trabajo y familia. Quizá este razonamiento debe comprenderse teniendo en cuenta los altos niveles de inseguridad laboral del país y porque, en muchos casos, la conciliación puede entenderse como parte de la desigualdad de género en sus hogares.

En todo caso, esta situación es, por tanto, producto de las alteraciones de la reciente crisis económica, de la pérdida de los valores tradicionales en el terreno familiar, del progreso técnico y tecnológico, de las dificultades de conciliación y, en definitiva, del escaso papel y relevancia que estos cambios demográficos han adquirido en el orden político y económico. Pocas políticas se han centrado en atender a esta diversificación de las formas familiares y sus consecuencias sobre la sostenibilidad de la vida y la cohesión social.

2.2.2 Sostenibilidad, cuidados y comunidad

Este modelo que nos gobierna, por tanto, plantea serias dificultades en la promoción de la «sostenibilidad de la vida»**(9)**, cuya estabilidad se encuentra

(9) Entendiendo este concepto como la interacción entre el cuidado de las personas y su entorno (relaciones interdependientes entre la naturaleza y los seres humanos) (Carrasco 2016).

en entredicho. A más exigencias en el empleo, más precariedad, a menor desarrollo de lo público y sus servicios, más se saturan las mujeres y se dificultan los cuidados. Es así como se ha llegado al término de «crisis de cuidados» (Pérez-Orozco 2014) para hacer referencia a esa constante tensión entre el capital, el empleo y la reproducción humana**(10)** y los límites que se plantean en su organización política. Veamos algunos datos que nos aclaren en qué medida está garantizada la sostenibilidad de la vida y qué lugar ocupan los cuidados en este proceso; qué colectivos son los marginados y excluidos del sistema y sobre cuáles se carga la responsabilidad de la misma; y cómo este modelo atomiza la comunidad y socializa a los ciudadanos/as en que la sostenibilidad es individual y no una tarea que realizar de forma colectiva.

Algunas de las dimensiones demográficas y sociales que se han planteado en el apartado anterior están estrechamente relacionadas con el ámbito de la sostenibilidad, de la reproducción y de los cuidados. La longevidad es una conquista social, pero aumenta la probabilidad de discapacidad y, por tanto, las necesidades de atención. El envejecimiento de la población refuerza a las generaciones de una familia, ya que promociona los vínculos entre los parientes de distintos rangos etarios (Lee y Mason 2011) pero también genera nuevas necesidades económicas en el ámbito de las pensiones. La reducción de la fecundidad permite controlar los deseos individuales de trabajo, estilo de vida y realización personal, pero no siempre se mantienen los hijos deseados y, por tanto, se pierden aspiraciones pero también futuro apoyo familiar. No hay duda de que la familia española es el centro bajo en el que se sostienen los cuidados y la sostenibilidad de la vida.

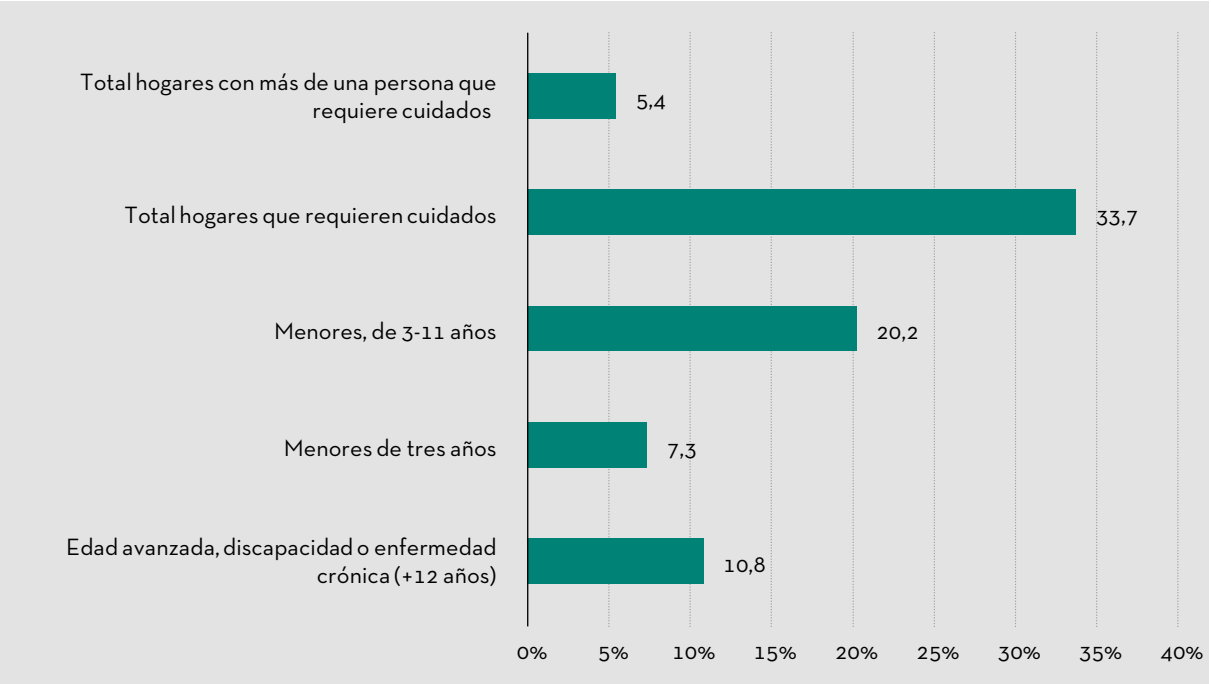
Solo hay que revisar algunos datos para corroborar esta constante histórica. Según la información del CIS del mencionado estudio 3009/2014, en España requieren cuidados un 33,7% de los hogares. De entre ellos, el 10,8% requieren cuidados de larga duración, los más intensos y los no reversibles debido a que están asociados a la edad avanzada o a una enfermedad crónica (gráfico 2.3). Pues bien, entre estos hogares, en el 88,1% de los casos el cuidado principal es realizado por alguien de la familia, y en el 64,1% de los mismos esa persona es una mujer (tabla 2.4). Las responsabilidades familiares están presentes de manera aún más fuerte en el caso de menores de 12 años. Para este colectivo prácticamente es la familia la principal cuidadora y la que mantiene la tensión entre trabajo y vida (gráfico 2.3).

La solidaridad familiar sigue formando parte del esquema de la organización doméstica en España, y todavía el 53,7% considera que la mejor opción de cuidado para los adultos mayores es vivir con alguien de la familia, aunque el 9,7% de este tipo de hogares ya cuenta con una persona contratada para efectuar estas tareas (CIS 3009/2014), que según los estudios realizados al respecto se realiza de manera mayoritaria a través del servicio doméstico y con un elevada presencia de trabajadoras migrantes (Díaz y Martínez-Buján 2018).

El 30,1% de los encuestados declara que la principal razón de contratar empleo doméstico son las necesidades de cuidados en sus hogares. Por lo tanto, no se puede obviar el hecho de que el familismo está encontrando nuevas formas de expresión a través de la mercantilización de los cuidados. Ello contribuye a que disminuyan las cargas de cuidados sobre los hogares, aunque la gestión sigue recayendo sobre los descendientes. La fórmula de organizar los cuidados a través del empleo del hogar responde a una estructura so-

(10) La reproducción humana alude a la restitución diaria de los sujetos en el marco de una sociedad determinada. Esta incluye el trabajo doméstico, en tanto dimensión material en el sostenimiento del espacio en el que se desenvuelve la vida diaria (el hogar), y el cuidado, que enfatiza la restitución subjetiva (de las personas y colectividades) de carácter emocional y la forma en la que se lleva a cabo (Vega y Martínez-Buján 2017).

GRÁFICO 2.3. Hogares que requieren cuidados por...



Fuente: Elaboración propia a partir de CIS, Encuesta cuidados a personas dependientes 3009/2014.

TABLA 2.4. Tipo de hogares que requieren cuidados y cuidador/a principal (%)*

	Hombre familia	Mujer familia	Administración	Persona contratada
Edad avanzada, discapacidad o enfermedad crónica (+12 años)	26,5	64,1	1,2	7,8
Menores de tres años	19,2	80,2	0	0,5
Menores, de 3-11 años	16,4	79,8	0	0,5

* No se incluyen las respuestas NS/NC

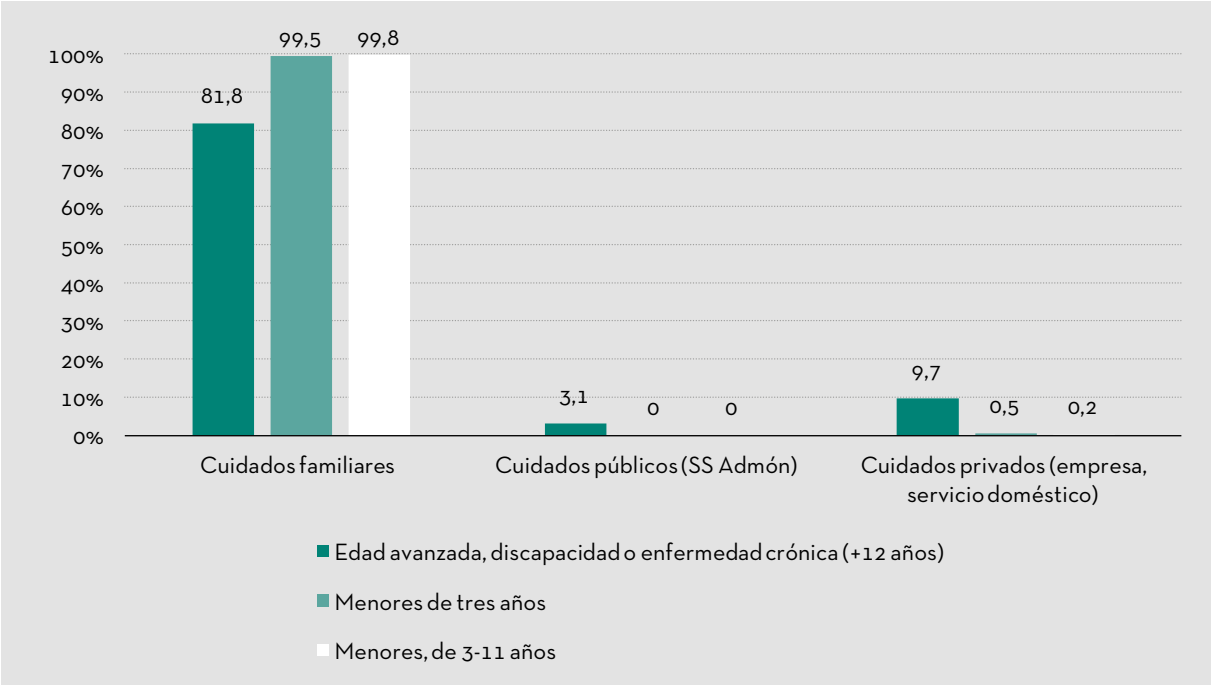
Fuente: Elaboración propia a partir de CIS, Encuesta cuidados a personas dependientes 3009/2014.

cial familista modificada, donde se externalizan las actividades, pero se mantienen dentro del hogar y en manos femeninas, es decir, replicando el modelo de organización familiar tradicional.

Pero este apoyo familiar está determinado, entre otros aspectos, por la disponibilidad de vínculos a través del curso de vida**(11)**. El cambio demográfico mencionado tendrá consecuencias sobre estas redes de apoyo, aunque sus efectos todavía no sean visibles de manera inmediata. Por ejemplo, la red social de los mayores en España se apoya de forma muy notable en los vínculos con los hijos. La amplia presencia de hijos entre las actuales generaciones de mayores, la gran frecuencia de contactos con ellos, la satisfacción con la relación y la intimidad lograda son los elementos que han construido la fortaleza de la red entre las personas de edad y sus hijos. El vínculo establecido con los nietos es consecuencia de la fortaleza de la anterior. Se basa en la amplia presencia de nietos

(11) Para ampliar esta idea consultar el Documento de trabajo 2.5. *El envejecimiento, un triunfo de la sociedad cuestionado por la falta de vínculos*. www.foessa.es/viii-informe/capitulo2.

GRÁFICO 2.4. ¿Quién realiza los cuidados?



Fuente: Elaboración propia a partir de CIS, Encuesta cuidados a personas dependientes 3009/2014.

y la alta frecuencia de contactos personales con ellos, de forma, incluso, relativamente independiente de la cercanía.

La siguiente tabla muestra la evolución en la disponibilidad de pareja e hijos (principales proveedores de apoyo). Con pequeñas fluctuaciones, la disponibilidad de los vínculos familiares más importantes ha mejorado en las últimas décadas, gracias a una mayor supervivencia de los mismos. Y, lo que es más relevante, disminuye la presencia de población sin ninguno de estos vínculos, circunstancia significativa dada su mayor vulnerabilidad (tabla 2.5).

El vínculo con la pareja es muy relevante, pues mientras existe una pareja cada cónyuge es el principal cuidador del otro, reduciéndose de forma notable la presión intergeneracional. Si se observa la evolución de la presencia de pareja a lo largo de la vejez de los

TABLA 2.5. Porcentaje de población de 65 o más años con distintos tipos de vínculos. 1982-2014

Fecha	Con Pareja	Con hijos	Con pareja e hijos	Ninguno
1982	51	75	-	-
1991	58	84	53	11
1994	61	87	57	9
2004	65	88	61	8
2014	63	87	58	8

Fuente: Puga (2019) a partir de INSS1982, IMSERSO 1994 y 2004, SHARE 2014.

TABLA 2.6. Porcentaje de población con pareja por grupo de edad. 1991-2011

Edad	1991	2001	2011
65-69	72	73	73
70-74	62	66	68
75-79	50	55	59
80-84	36	41	47
85-89	22	26	32
90+	11	13	17

Fuente: Puga (2019) a partir de INE, Censos de 1991, 2001 y 2011.

individuos (tabla 2.6), esta ha aumentado en todos los grupos de edad. Es muy notable el aumento de la presencia de pareja entre los 75 y los 90 años. Hace dos décadas poco más de un tercio de la población contaba con una pareja a partir de los 80 años de edad. En la actualidad hay que esperar a los 90 años de edad para encontrarse en un escenario similar, y casi la mitad de la población cuenta con pareja hasta los 85 años.

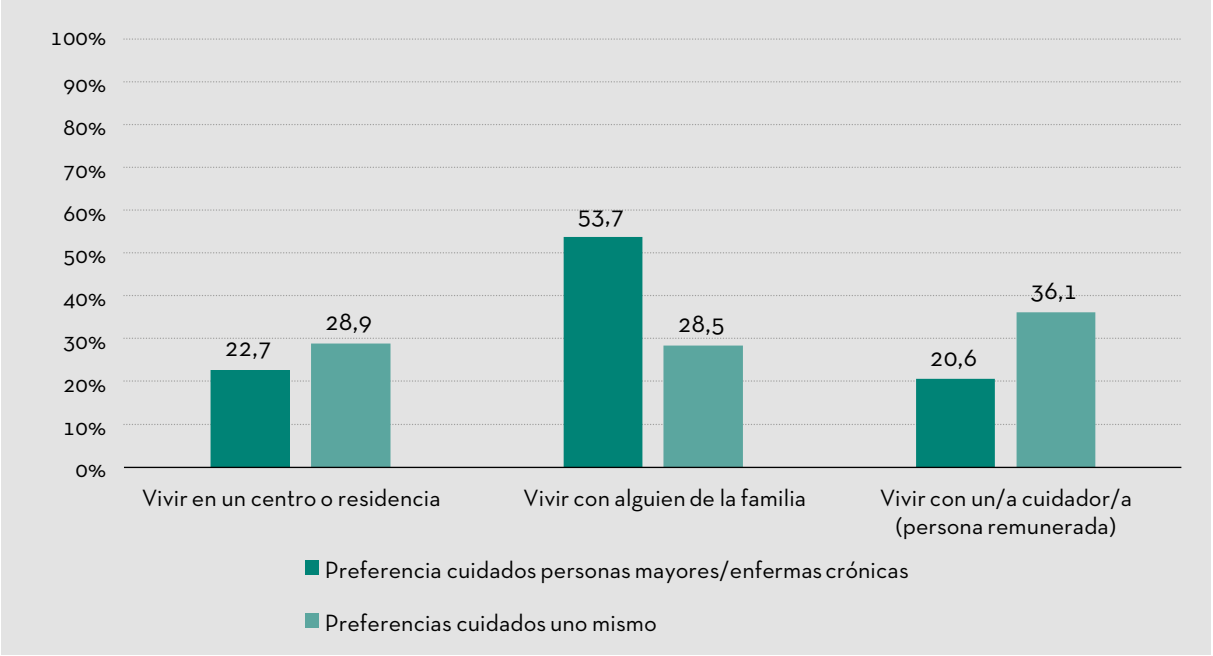
Ahora bien, algunos sectores de la población pueden encontrarse en situaciones de vulnerabilidad debido a la escasez o inexistencia de esos vínculos. Porque estas consideraciones están teniendo en cuenta a familias con hijos y con relaciones positivas. Pero el problema surgirá en los casos en los que no existan vínculos con descendientes, pues las redes sociales basculan sobre su existencia. En estos casos existirá una mayor vulnerabilidad, dada la reducción de los miembros de las familias extensas.

Tradicionalmente, entre un 20 y un 25% de los nacidos en cada generación no tenía hijos. A los que había que sumar aquellos que llegaban a la vejez sin hijos (vivos) debido a la alta mortalidad temprana. Esta población se veía arropada por redes densas en términos de vínculos intrageneracionales. Por ejemplo, en 1982 un 33% de las personas mayores solteras vivían con hermanos. Las generaciones que actualmente transitan por la vejez son excepcionales desde esta perspectiva, son las generaciones con menor infecundidad de nuestra historia. Los nacidos entre las décadas de los años 30 y los 50 tuvieron una infecundidad igual o inferior a un 15%. Por tanto, en la actualidad la población mayor con escasez de vínculos intergeneracionales es muy reducida. Pero en un futuro próximo llegarán a la vejez poblaciones con una mayor infecundidad: un 20% entre las nacidas en los años 60 y es posible que en torno a un 25% entre las nacidas a mediados de los años 70 (Esteve, Devolder y Domingo 2016). A ello habrá que añadir una menor presencia de cónyuge y un menor número de hermanos (y descendientes de los mismos). Un 9% de la población actual de mediana edad tiene padres pero no pareja, hijos ni hermanos con los que compartir la responsabilidad.

Por otra parte, esta organización ideal de cuidados «en casa con la familia» (Torns *et al.* 2014) convierte a las mujeres como cuidadoras principales y las señala como las más capaces para asegurar el afecto y cariño que requieren estas tareas (tabla 2.4), y esto es así tanto para garantizar los cuidados de larga duración como los cuidados de niños. En el caso de los cuidados a adultos mayores esta situación provoca una doble contradicción.

La primera de ellas es que las personas cuidadoras, aunque viven los cuidados de larga duración como un trabajo, los perciben bajo relaciones de afecto y amor que desarrollar en el seno de la familia, y es ahí donde surge una tensión entre la obligación moral y los costes personales que conlleva su asunción. Esta naturalización de las habilidades y competencias relativas a los cuidados de larga duración alimenta la desconfianza hacia los servicios sociales ofertados. Estos son percibidos como asistencialistas e imper-

GRÁFICO 2.5. Piense ahora en las personas que debido a una edad avanzada o enfermedad no pueden realizar las actividades básicas de la vida diaria como ir al baño, ducharse, vestirse... ¿Cuál sería la mejor opción para su cuidado? ¿Y cuáles serían sus preferencias de cuidados de verse en esta situación?



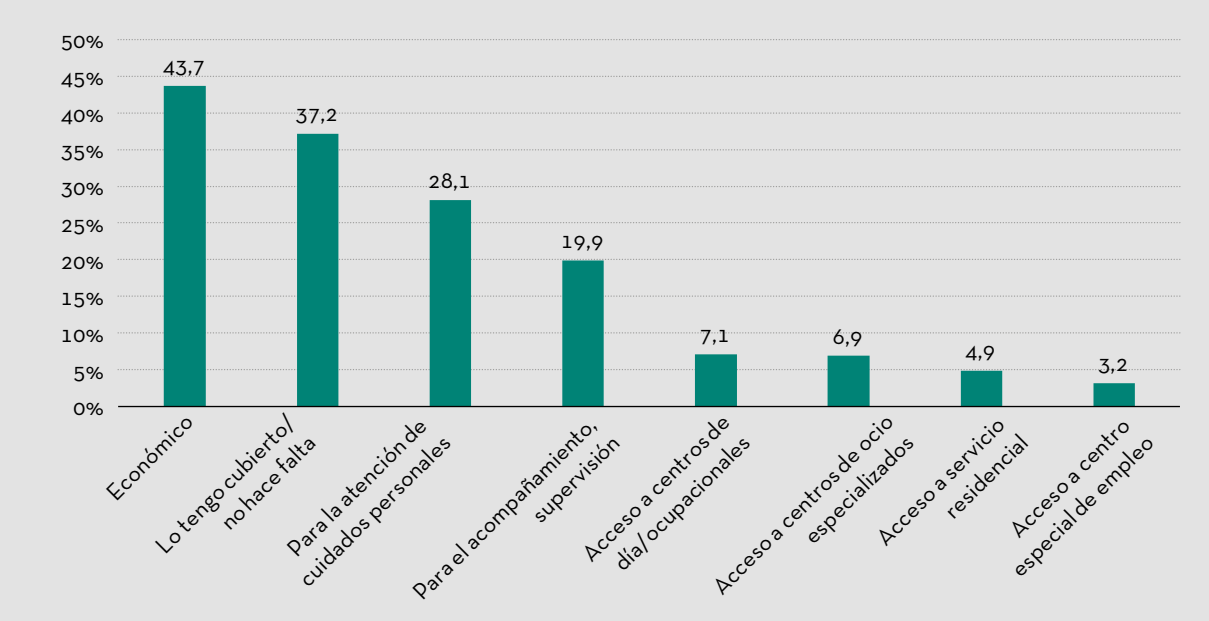
Fuente: Elaboración propia a partir de CIS, Encuesta cuidados a personas dependientes 3009/2014.

sonales, por lo que en muchos casos las familias se niegan a recibir atención personalizada en centros de día o en otros servicios complementarios.

Según el CIS (3009/2014), el 53,7% de los cuidadores de mayores consideran que los mejores cuidados son los que se ofrecen dentro de los hogares por la parentela (gráfico 2.6). Los datos de la Encuesta FOESSA 2018 corroboran el alcance de esta situación. Cuando se pregunta a cuidadores de personas mayores si echan en falta algún tipo de ayuda adicional para afrontar la atención sus respuestas se sitúan mayoritariamente entre aquellos que echan en falta algún tipo de apoyo económico (43,7%) o los que consideran que tienen cubiertas estas necesidades dentro del hogar (37,2%) (gráfico 2.6).

La segunda contradicción está relacionada con la presencia de la contratación de empleadas de hogar como cuidadoras no profesionales en los hogares privados. La prevalencia de este fenómeno en las últimas dos décadas implica que el control que supone el espacio doméstico se impone a los estándares de cuidado que se exigen a las instituciones especializadas pero no en el interior del hogar (ver tabla 2.4, gráfico 2.4) y se prevé además que esta opción avance en el futuro pues es la preferida cuando se pregunta sobre cómo le gustaría que se cubriesen sus cuidados personales (gráfico 2.5). Los cuidados de larga duración se perciben, por tanto, como un problema individual que debe resolverse dentro del ámbito privado porque las opciones que ofrece el estado no responden a las expectativas y requerimientos de las situaciones particulares. O bien no se contempla la posibilidad de respuesta por parte del estado. Este ideal supone en sí mismo uno de los obstáculos principales para la profesionalización del sistema de cuida-

GRÁFICO 2.6. Echa en falta algún tipo de apoyo o ayuda para hacer frente a la atención de estas personas con limitaciones para la vida diaria (respuesta múltiple)



Fuente: Elaboración propia a partir de EINSFOESSA 2018.

dos de larga duración en España y genera fuertes estratificaciones en función de la clase social, el género y la procedencia étnica**(12)**.

En el caso del cuidado de niños, la sobrecarga femenina es evidente (tabla 2.4) y el atisbo de la presencia masculina todavía es tímida. Sí parece que comienza a cobrar más fuerza en el cuidado de mayores. El CIS 3009/2014 contabiliza a un 26,5% de hombres cuidadores principales en estos casos, pero la cifra desciende de forma abrumadora al 19,2% en cuidados a menores de tres años. Recientes estudios afinan estos resultados. Por ejemplo, la *Encuesta sobre el uso social de los permisos parentales***(13)** señala que las mujeres participan como cuidadoras principales en el 56,4% de los casos durante el primer año de vida del bebé, en el 47,9% durante el segundo año y en el 43,1% durante el tercero. El contraste con los hombres —que participan en el 11%, 11,3% y 10% de los casos, respectivamente— es llamativo. La participación de hombres y mujeres en el cuidado sigue siendo muy desigual durante el segundo y tercer año de vida de los niños y niñas, en un periodo en el que el permiso laboral y la lactancia suelen haber concluido.

Como muestran los resultados, en este periodo resulta crucial el papel de otros familiares, categoría que incluye fundamentalmente a los abuelos y a las abuelas, que desarrollan aproximadamente el 90% del cuidado diario de los familiares que no son la madre o el padre (Meil, Rogero-García, Romero-Balsas, en prensa). Los abuelos y abuelas tienen una participación como cuidadores principales particularmente relevante durante el primer año, solo por detrás de la madre y claramente por delante de las escuelas infantiles (tabla 2.7). Por su parte, las

(12) Para consultar con detalle estas ideas ver el Documento de trabajo 2.7. *El desafío de género en los cuidados de la vejez: ¿Riesgo u oportunidad social?*. www.foessa.es/viii-informe/capitulo2.

(13) Para consultar con detalle estas ideas ver el Documento de trabajo 2.3. *Cuidado y violencia familiar hacia la primera infancia en España*. www.foessa.es/viii-informe/capitulo2.

TABLA 2.7. Cuidador/a principal, según edad del niño/a. 2012

	1.º año de vida	2.º año	3.º año
Mujer	42,4	32,5	26,4
Hombre	3,9	3,6	2,9
Escuela infantil	9,2	18,9	29,3
Empleada de hogar	4,5	4,0	3,1
Familiares	20,1	17,9	12,4
Hombre y mujer	2,8	2,6	2,2
Escuela infantil y otro/s agente/s	7,4	12,3	18,0
Mujer y familiares	4,5	3,7	2,9
Hombre y familiares	1,2	1,2	0,6
Otros arreglos	4,0	3,4	2,3
Total	100,0	100,0	100,0
N	2.037	1.907	1.791

Fuente: Rogero y Andrés (2019) a partir de Microdatos de la Encuesta sobre el uso social de los permisos parentales en España.

asistentas o cuidadoras remuneradas en el hogar tienen una presencia minoritaria pero significativa.

Las fórmulas de cuidado están fuertemente condicionadas por los recursos del hogar, fundamentalmente por el dinero disponible y por los horarios laborales. La tabla 2.8 muestra quién es el cuidador o cuidadora principal durante los tres primeros años según la situación laboral del padre y la madre. En aquellos hogares en los que trabajan el padre y la madre —la mayoría— y en los que, por tanto, podría esperarse una distribución más equilibrada del cuidado entre ambos, es la mujer la que suele asumir la mayor parte de estas tareas. En los hogares en los que trabaja solo el hombre, la mujer es la cuidadora principal exclusiva en 9 de cada 10

TABLA 2.8. Cuidador/a principal, según situación laboral de la pareja. 2012

	1.º año de vida		2.º año		3.º año	
	Trabajan los dos	Trabaja solo hombre	Trabajan los dos	Trabaja solo hombre	Trabajan los dos	Trabaja solo hombre
Mujer	32,6	88,2	21,8	81,1	15,7	70,9
Hombre	4,3	0,3	4	0	3,1	0
Escuela infantil	11	1,3	22,4	3,3	34,8	8,1
Empleada de hogar	5,5	0,3	4,9	0,4	3,7	1,2
Familiares	23,1	2,9	20,2	4,4	13,5	5
Hombre y mujer	3,3	0,7	3,1	1,1	2,5	1,2
Escuela infantil y otro/s agente/s	9,3	0,7	14,6	3,6	20,1	8,9
Mujer y familiares	4,6	4,6	3,8	5,1	2,9	4,3
Hombre y familiares	1,5	0	1,5	0	0,8	0
Otros arreglos	4,7	1	3,7	1,1	2,8	0,4
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
N	1495	306	1399	275	1309	258

Fuente: Rogero y Andrés (2019) a partir de Microdatos de la Encuesta sobre el uso social de los permisos parentales en España.

casos durante el primer año, 8 de cada 10 durante el segundo y 7 de cada 10 durante el tercero.

2.2.3. La oportunidad: más equidad democrática y bienestar cotidiano(14)

Más allá de los riesgos relatados, el desafío de los cambios demográficos que esencialmente se traduce en una mayor inversión en los cuidados puede representar una oportunidad para avanzar en términos de equidad democrática y bienestar cotidiano. La equidad y el bienestar se defienden como principios para diseñar e implementar medidas de actuación que permitan avanzar hacia una gestión igualitaria; orientada a reducir los agravios por razón de género, clase social y procedencia, así como incrementar el bienestar cotidiano. Para avanzar en la senda de la oportunidad, cabe revisar cuestiones relativas a: el tipo de protección social que deben ofrecer los estados, quién debe prestar los cuidados, cómo deben prestarse o dónde tienen que realizarse. Con el fin de apuntar algunas pistas para dar respuesta a estas preguntas y contribuir al diseño de políticas orientadas a superar los riesgos sociales, este apartado plantea dos premisas de partida para, finalmente, abordar las cuestiones centrales en torno a la organización social de los cuidados.

La primera premisa propone la comunidad como un actor necesario para revisar la organización social de los cuidados. El contexto de crisis económica y la consolidación del paradigma de la austeridad como respuesta política han dificultado la reivindicación de los cuidados como cuarto pilar del Estado del bienestar. El crecimiento exponencial de las necesidades de cuidados, a tenor de los cambios sociodemográficos, junto al deficiente gasto en protección social destinado a los cuidados, variable según opciones ideológicas, suponen el riesgo de atribuir más responsabilidad a la familia y dejar esta cuestión en manos del mercado. Ambos casos contribuyen a la reproducción de las desigualdades sociales, siendo el género y la clase social los ejes fundamentales para la articulación de las respuestas. En este escenario se plantea que la salida a la crisis de los cuidados debe centrarse en convertir el tradicional triángulo del bienestar —estado, mercado y familia— en un cuadrado donde la comunidad emerge como un ángulo imprescindible dibujando lo que se ha venido identificado como el diamante de los cuidados (Razavi 2007). La propuesta de la comunidad no surge como una opción para desresponsabilizar al estado, dar mano libre al mercado y substituir a la familia. Se trata de buscar un equilibrio responsable y sensible con las necesidades surgidas de la vida humana y el derecho a un mínimo de bienestar cotidiano durante todo el ciclo vital. Entender la complicidad entre el sector público, privado y socio comunitario como una estrategia que permita fomentar la responsabilidad compartida para alcanzar acciones efectivas en términos de equidad y bienestar. Socializar los cuidados para evitar la individualización de las respuestas que conlleva el riesgo de reproducir las desigualdades sociales debido a una mayor familiarización/feminización, privatización y mercantilización.

A pesar de la presión que el envejecimiento ejerce sobre el gasto en el sector público, los cuidados de larga duración no han sido institucionalizados como otros servicios sociales. Como relata el estudio comparativo de Greve (2017), en la mayoría de países europeos se da la participación de la sociedad civil como proveedora de cuidados. No obstante, a pesar de las implicaciones positivas de la participación de la sociedad civil, también se advierte del riesgo de reproducir desigualdades en la provisión de los mismos. Por un lado, riesgos vinculados a la

(14) Apartado basado en el Documento de trabajo 2.7. *El desafío de género en los cuidados de la vejez: ¿Riesgo u oportunidad social?*. www.foessa.es/viii-informe/capitulo2.

capacidad de las personas dependientes, según su fragilidad física y vulnerabilidad social, para acceder a los recursos proporcionados. Y, por otro lado, los riesgos relativos a la feminización y desprofesionalización de los cuidados en la medida que tras la sociedad civil se encuentra una mayoría de mujeres voluntarias. A pesar de la dificultad de contar con una definición consensuada, la apelación a la comunidad busca superar estos riesgos atribuibles a la sociedad civil tradicionalmente asociada a una visión más asistencial y voluntaria. Por el contrario, reclamar la participación de la comunidad persigue responsabilizar a toda la población desde una lógica de concienciación social y deber ciudadano. Interpretar la vida en comunidad como la manera de concebir la sociedad donde las personas se relacionan, desarrollan y construyen vínculos tejiendo la convivencia y cooperación entre diversos colectivos a lo largo de las diferentes etapas del ciclo vital. Tomar parte activa de la organización social de los cuidados para facilitar su socialización evitando los riesgos de una excesiva individualización, familiarización y mercantilización. Ello implica, entre otras cuestiones, afrontar la encrucijada de derechos que se dibuja en torno a los cuidados, a saber, derecho a decidir cómo ser cuidado, derecho a no cuidar, derecho a un trabajo de cuidados digno.

Más allá de los debates teóricos, existen algunas experiencias de intervención pública que promueven la comunidad como agente activo de la organización social de los cuidados. Se trata de experiencias prácticas que apuntan líneas de actuación e introducen nuevos elementos de reflexión sobre el equilibrio entre la responsabilidad pública, la profesionalidad y la atención comunitaria. El gobierno local se presenta como el nivel idóneo para impulsar este tipo de proyectos diseñados bajo el paradigma de la innovación social con el objetivo de ensayar nuevas soluciones a viejos problemas. Desde esta perspectiva, el Ayuntamiento de Barcelona ha promovido en los últimos años iniciativas de acción comunitaria que fomentan el papel de la comunidad en la atención y el cuidado a las personas mayores. En este sentido, *Radars*(15) (Moreno 2018) es un proyecto comunitario que responde al doble objetivo de reducir el riesgo de aislamiento y de fomentar la autonomía de las personas mayores que viven solas en una gran ciudad. Se trata de una red de acción y prevención comunitaria, promovida por el ayuntamiento y un conjunto de entidades colaboradoras donde participan vecinos, comerciantes, voluntarios y profesionales de las asociaciones y servicios públicos vinculados a los diferentes territorios. Estos actores se coordinan para ayudar y facilitar la permanencia de las personas mayores en su hogar y garantizar su bienestar con la complicidad del entorno. A partir de la idea que todas las personas y entidades que integran la red forman parte de la solución, se hace un seguimiento de la cotidianeidad de las personas mayores con una mirada sensible y respetuosa que llega allí donde no alcanza la Administración pública. Como resultado, se fomenta la corresponsabilidad y el trabajo en común contribuyendo a generar una identidad comunitaria que transforma la realidad más allá de lo previsto en el proyecto. Otro ejemplo destacable son los pilotos del nuevo modelo de gestión del servicio de atención domiciliaria (SAD) impulsados por el mismo Ayuntamiento con el nombre de *Superilles Socials*(16). En este caso, se trata de una propuesta de organización social de los cuidados que busca dar respuesta a tres retos, a saber, la densidad de usuarios del SAD, la calidad del servicio y las condiciones laborales de las trabajadoras. Para ello, se introduce un modelo de gestión basado en la proximidad territorial, el trabajo en equipo, la atención centrada en la persona y la autogestión del servicio. Equipos de 10-12 trabajadoras realizan la atención de 50-60 personas en una extensión territorial muy reducida donde es posible adaptar los horarios de los servi-

(15) http://w110.bcn.cat/portal/site/ServeisSocials/menuitem.931633495bcd6167b4f7b4f7a2ef8a0c/index034b.html?vgnextoid=7fa38ba038732410VgnVCM1000001947900aRCRD&vgnextchannel=7fa38ba038732410VgnVCM1000001947900aRCRD&lang=es_ES.

(16) http://ajuntament.barcelona.cat/superilles/es/

cios según las necesidades cotidianas de los usuarios y no en función de la jornada laboral. La autogestión por parte de las trabajadores y la empatía por parte de las personas usuarias contribuyen a generar la identidad comunitaria donde la flexibilidad se traduce en una mejora de la calidad de vida y de trabajo. En ambos programas, el impulso de lo público genera una identidad de grupo que actúa como círculo virtuoso al fomentar la comunidad desde la corresponsabilidad y la visibilidad social de los cuidados. Programas de esta envergadura se encuentran ya en otras ciudades como Madrid donde ha desarrollado las iniciativas «Madrid, ciudad de los cuidados»**(17)** y «Mares Madrid»**(18)**, o A Coruña, donde se empieza a trabajar con la idea de «A Coruña Coidadora».

Precisamente la segunda premisa parte del círculo vicioso que actualmente representan los cuidados en la medida que conllevan un trabajo subestimado social y económicamente que cuenta con un desprestigio que también acarrean las personas que asumen su responsabilidad desde la formalidad e informalidad. Por esta razón, es preciso sacar a la luz la economía sumergida del sector y superar el sesgo de género atribuido al contenido de las actividades. El poco prestigio de las personas cuidadoras se suma a la vulnerabilidad social del colectivo de personas dependientes que necesitan algún tipo de soporte para desarrollar las actividades de la vida diaria. Dicha condición de vulnerabilidad explica la poca visibilidad de un colectivo cada vez más numeroso pero con dificultades para reivindicar sus demandas y expresarse en contra de los recortes (en comparación a otros colectivos con más potencial movilizador como, por ejemplo, en el ámbito de la educación o la salud). En esta tesitura, se precisa convertir el círculo vicioso de los cuidados en un círculo virtuoso que empiece reconociendo el carácter universal y transversal de las necesidades de las personas dependientes dando cuenta de la importancia del trabajo de cuidados imprescindible para la reproducción de la vida humana y el bienestar de la ciudadanía. Más allá de la dicotomía dependencia/independencia, se parte del concepto interdependencia pensando que todas las personas requieren cuidados según su ciclo vital: si la dependencia es universal los cuidados son universales (Carrasco *et al.* 2011). Este reconocimiento social, junto su derivada económica, son la base para prestigiar a las personas que desde la formalidad e informalidad asumen la responsabilidad de los cuidados. Es decir, en la medida que se valora el trabajo de cuidados se contribuye a prestigiar los saberes femeninos vinculados a las tareas que tradicionalmente han asumido las mujeres. En última instancia, se busca mejorar las condiciones laborales y la creación de empleo en el sector de los cuidados, aspectos que, a su vez, sirvan de garantía para la calidad de los servicios ofrecidos mejorando el bienestar cotidiano de los colectivos dependientes. Cabe recordar que se trata de un sector capaz de crear empleo intensivo en mano de obra en los próximos años porque, como apuntan algunos especialistas, no es deseable ni susceptible de ser substituido por robots (Martin y Ortega 2018). Estos autores explican que el cuidado de los mayores en España requiere personas más que robots, siendo necesario aprovechar la oportunidad para desarrollar un mercado donde la digitalización no tiene lugar. Los mismos especialistas en robótica afirman que resulta deseable que las tareas de cuidados, que tendrán una demanda masiva sin satisfacer, se traduzcan en empleos que tengan la consideración social y los derechos del resto de empleos para que sean atractivos. A pesar de descartar el uso de la robótica en la provisión de los cuidados, Greve (2017) muestra como en la mayoría de países europeos se usan las nuevas tecnologías como un recurso para favorecer la permanencia en casa de las personas mayores. Una realidad que si bien en su justa medida no implica la robotización de los cuidados, recuerda el debate sobre la dificultad de profesionalizar y prestigiar los cuidados que se realizan en el ámbito privado. Con todo, de nuevo se dibuja la encrucijada de derechos en torno a los cuidados, a saber, derecho a decidir cómo ser cuidado, derecho a no cuidar, derecho a un trabajo de cuidados digno. Tales cuestiones no podrán asu-

(17) http://madridsalud.es/que_es_mcc
(18) https://maresmadrid.es/

mirse sin revisar, al mismo tiempo, la política de libre elección de las personas dependientes y sus familias sobre cómo quieren ser cuidadas. Pues esa elección tiene claras consecuencias en las condiciones laborales de las empleadas y en la calidad de los servicios.

Para lograr la cuadratura del triángulo del bienestar y el círculo virtuoso de los cuidados son imprescindibles cambios socioculturales orientados a superar los obstáculos y las resistencias que se desprenden de los imaginarios sociales compartidos. En esta ardua tarea se pueden sugerir algunas ideas. En primer lugar, la necesidad de socializar los cuidados derivados de la vejez con el fin de que emerjan como una responsabilidad social y no individual. Se trata de concebir las necesidades vinculadas a la dependencia desde su dimensión social lejos de intentar buscar soluciones a nivel individual. Solo desde esta perspectiva es posible disminuir el riesgo de ver incrementar las desigualdades, puesto que las soluciones a nivel individual siempre parten de las condiciones materiales de existencia y los recursos disponibles. El reto reside en socializar la responsabilidad de los cuidados alcanzando un equilibrio entre los servicios individualizados desde el ámbito institucional profesionalizado y la capacidad de permanecer tanto como sea posible en la propia casa sin generar costes adicionales a la familia.

En este sentido, es importante recordar que el hogar y la familia son espacios donde también se producen desigualdades en torno a los cuidados siendo las relaciones sociales de poder más invisibles (Torns *et al.* 2014). Ello implica, como segunda sugerencia, la necesidad de revisar algunos conceptos como el bienestar, la dependencia, la privacidad y el derecho a la intimidad de las personas para plantear algunas cuestiones clave: ¿siempre es mejor envejecer en casa? ¿Hasta qué punto es preciso tomar en consideración las preferencias de la población dependiente cuando estas contribuyen a perpetuar desigualdades y perjudican su propio bienestar? Algunos estudios defienden que la preferencia por permanecer en casa a medida que se envejece es mayoritaria, beneficia la salud y mejora el bienestar de los mayores siempre que se garantice la adecuación de los hogares (Lebrusan 2017; Pinzón-Pulido 2016). Además, se argumenta que la opción de que las personas mayores permanezcan en su casa representa la opción más económica para el estado. Sin embargo, desde la perspectiva de género, se recuerda que los cuidados en casa siempre requieren de una persona que asuma su responsabilidad y, por el momento, el sesgo de género permanece. Además de las carencias relacionales que pueden acompañar los cuidados en el hogar, comparado con las distintas opciones de institucionalización (residencia, centro de día, piso asistido, etc.) que facilitan el contacto con otras personas compartiendo espacios socioeducativos que pueden contribuir a frenar la pérdida de capacidades.

En tercer lugar, se plantea la oportunidad de revisar la organización social de los cuidados aprovechando la reflexión, experiencia y práctica de los otros dos grandes pilares del sistema de bienestar, la salud y la educación. En este sentido, sería bueno fijarse y aprender de estos sectores que, a lo largo de los últimos años, han contribuido a socializar aspectos considerados absolutamente privados y de responsabilidad individual. Un buen ejemplo es el proceso que condujo a aceptar socialmente la escolarización durante el período de 0 a 3 años, opción que se relacionaba con una falta de responsabilidad por parte de las madres hasta hace poco. O bien cómo el sistema de salud pública gestiona las demandas de un trato más personalizado. Por el momento se ha argumentado la idoneidad de socializar y personalizar los cuidados. Para ello resulta necesario implementar el modelo de gestión centrado en la persona potenciando la interdisciplinariedad con el fin de ofrecer un abordaje integral.

Finalmente, se sugiere la necesidad de impulsar una nueva cultura de los cuidados que introduzca la prevención, la planificación y la evaluación pa-

ra mejorar la atención y el soporte a la población dependiente de los sistemas de cuidados. Desde la perspectiva de la ciudadanía, es importante fomentar la responsabilidad compartida de los cuidados en términos de derechos y deberes. Algunos estudios introducen la posibilidad de una cultura de cuidados en transición a medida que las generaciones más jóvenes asumen el rol de cuidadoras, y esta experiencia abre la posibilidad de cuestionar las preferencias de las generaciones mayores (Moreno 2007). Desde la perspectiva de los gobiernos, es imprescindible abordar la cuestión de manera integral y con cierta perspectiva temporal; mejoras en la detección de la dependencia permiten introducir medidas de prevención y planificación a medio y largo plazo. Asimismo, resulta relevante evaluar de manera constante el impacto de las políticas para dar cuenta de la eficacia del sistema y mejorar lo que no funciona**(19)**.

En definitiva, el desafío de género en los cuidados a la vejez puede representar una oportunidad para mejorar la equidad democrática y el bienestar cotidiano, pero se precisa un cambio sociocultural que cuestione el sujeto, el objeto y el escenario de actuación desde la perspectiva de género. De lo contrario, solo los extremadamente privilegiados podrán envejecer con un mínimo de calidad de vida en un espacio de privacidad mal entendida. Privilegio que recuerda la persistencia tanto de las desigualdades de clase social como las de género: las condiciones materiales facilitan la mercantilización de los cuidados reforzando su feminización. El carácter controvertido de los cuidados se acentúa desde la perspectiva de género interpelando a los poderes públicos: ¿debe el estado garantizar las preferencias de la ciudadanía cuando manifiestan la voluntad de escoger libremente envejecer «en casa con la familia» si esta opción contribuye a reproducir las desigualdades sociales?

2.3. Desigualdad(20)

2.3.1. Conceptualizando

La sociedad española ha salido de la crisis rebajando su categoría social, con menos derechos, más deuda pública y un incremento de la desigualdad. Menos libres, debiendo más a los ricos, y más desunidos hacia dentro. Podríamos acordar con Nachtwey (2018) que ya estamos inmersos en la sociedad del descenso. Las sociedades tercio-industrializadas, cuando se comparan con la sociedad industrial madura, muestran más movilidad descendente o, si se prefiere decir de otro modo, más igualación por abajo y, solo en apariencia, menos peso de la herencia entre generaciones. Es probable que esas dinámicas perversas se deban a malformaciones culturales, y al desequilibrio, de hecho, entre los principales sectores productivos.

Veremos qué y cuánto de lo anterior sucede en la sociedad española, porque tiene ciertas particularidades respecto de otras sociedades europeas más industrializadas. La nuestra, por ejemplo, es una sociedad de servicios que están creciente-

(19) Por ejemplo, en este sentido, existe el referente de las políticas de recapacitación impulsados por el gobierno danés antes de asignar los recursos de ayuda (servicios de atención domiciliaria, centro de día, residencia de largo plazo, etc.). El principal objetivo es impulsar procesos de reaprendizaje entre las personas con dependencia moderada para ayudarles a realizar con autonomía las actividades de su vida diaria, permaneciendo en casa el mayor tiempo posible.

(20) El soporte empírico y gran parte de las ideas expuestas en este apartado en el que se analiza la «Desigualdad» se sostiene en los Documentos de trabajo: 2.1. El *mercado de trabajo: los gozos y las sombras*. 2.2. *Desigualdades en el mercado laboral: una propuesta interpretativa*. 2.6. *Transmisión intergeneracional de la pobreza*. www.foessa.es/viii-informe/capitulo2.

mente desvinculados de la producción industrial. Un mercado de servicios volcado en el consumo y el bienestar de las personas, más que en la producción de bienes materiales. En este contexto servicial, la estructura de las ocupaciones se manifiesta en la aparición de clases fragmentadas, trabajadores pobres y una pertinaz exclusión laboral. En definitiva, el capitalismo flexible —que apellidó Sennett (2000)—, en una sociedad de servicios como la española, lo que genera es más desigualdad que movilidad social ascendente.

Es razonable pensar que, en estas subclases, opera una desigualdad basada en la opresión y otra en la explotación, como explicó E.O. Wright (1995). Los oprimidos están forzados a quedarse fuera de las murallas y sin puente levadizo. Los marginados no son necesarios para que aumenten los beneficios de los privilegiados y, por tanto, resultan superfluos para el sistema económico capitalista. En cambio, los explotados todavía son necesarios para servir a los enriquecidos, puesto que aún les reportan beneficios contantes.

Así, desde este prisma analítico, se generan dos tipos de desigualdades. Los pobres sobran y se arraciman extramuros. Viven en una sociedad paralela e ignorada que se rige por otros códigos. De ellos se hacen reportajes, series y películas para asombro de los acomodados. Y por otro lado está el trabajador precario, que aún resulta útil para el sistema. Sus cualificaciones aún son vendibles, aunque lo cierto es que su compromiso con la fuerza de trabajo estable es cada vez más débil. De él solo vemos las apariencias, y por eso sus contornos son borrosos. Todos ellos son el resultado del deterioro material y moral de la sociedad industrial. En cada sacudida del tránsito hacia los servicios se producen desgarros y desprendimientos de grupos humanos que antes estaban, en mayor o menor medida, económica, política, social y culturalmente incluidos.

En este capítulo la pobreza y la precariedad son el resultado de mecanismos inherentes al sistema social. En otras palabras, su extensión no se debe, principalmente, a características o carencias individuales, ni es el resultado de factores culturales que impiden montarse en el tren del progreso económico y social. Tampoco se explica por los desajustes entre oferta y demanda. El subempleo no está causado por la sobrecualificación, sino por la conveniencia de extraer más beneficio con una baja inversión en tecnología y procesos inteligentes de producción. La desigualdad no es un desafortunado subproducto del cambio social. Antes bien y, por el contrario, la desigualdad creciente ha sido el modo elegido, por las élites económicas y políticas, para superar macroeconómicamente esta crisis. Esta «superación» comporta la expulsión de otros a los márgenes sociales.

En verdad, hemos salido más débiles política, social y culturalmente. Somos hoy una sociedad crecientemente desvinculada, aunque no estamos en caída libre. Esta dinámica de lazos débiles o rotos no se arregla (aunque se reduce) con más cualificación y reciclaje educativo y profesional. Quizás con una movilización que presione al poder y que redistribuya la relación de fuerzas entre privilegiados y explotados. O, al menos, con un ejercicio de honestidad que rehaga los vínculos sociales, preste oídos a los deseos —de cada vez más personas— de sentirse parte integrante de la sociedad. Miembros necesarios y reconocidos de la vida en común.

Los cuatro pilares de este capítulo (demografía, desvinculación social —cuidados—, desigualdad y democracia) implican adjudicar a cada una de ellas un sujeto o agente institucional. La familia es la que suministra la energía reproductiva natural y el sentido de lo próximo; la comunidad proporciona compromiso, cooperación y protección social; el mercado es el que puede impulsar la movilidad o la exclusión laboral; y la democracia, el poder de autogobernarse, es la que tiene que procurar justicia social e igualdad. Nuestro recorrido va de la comunidad más reducida (el hogar) a la más

amplia (la democracia). Por el camino se rompen algunos vínculos y se debilitan otros. La desigualdad desata los lazos y nos desune. Ninguna es la comunidad ideal, pero todas se necesitan porque se complementan. En este tramo del capítulo vamos a reflexionar sobre las rupturas que provoca el aumento de la desigualdad.

Vivimos en una sociedad de ocupación incompleta, pero además precaria. Es cierto que no trabajan todos, pero también lo es que laboran más gente que hace un cuarto de siglo. En el caso de España eso se debe, sobre todo, a que trabajan más mujeres y más personas venidas de fuera. Hay gentes que achacan la creciente inseguridad laboral y el deterioro de las condiciones de trabajo a la inmigración y a la feminización del mercado de trabajo. Lo analizaremos con detalle. Pero eso es tanto como olvidar que antes de su incorporación al mundo laboral el desempleo, los horarios interminables y los servicios descabalados eran unos desconocidos. Vivimos en una sociedad que lo que más pierde es «trabajo integrado», y en la que lo que de verdad aumenta es el trabajo a retazos.

El orden que vamos a seguir tras esta introducción empieza por dejar claro cuáles son nuestros prepuestos teóricos y morales. El científico social honesto debe presentar desde el inicio los enfoques teóricos que le sirve para interpretar la evidencia empírica, pero sin esconder que hay otros puntos de vista que, quizás, reciben más aclamación que el suyo. Nosotros así lo haremos. Luego, iremos a buscar los hechos y mostrar la evidencia empírica, presentando desde la más general, es decir, aquella que nos incluye a todos, como es la dinámica que sigue la ocupación y las tasas de precariedad. Describiremos, por último, cómo se alojan estas lacras en los segmentos más vulnerables de la población, a saber: mujeres, jóvenes, maduros con pocos estudios e inmigrantes. Los segmentos de la población que se hallan en situaciones de mayor necesidad (más pobres) y que padecen condiciones laborales más precarias (desempleo, temporalidad, bajos salarios y contratación humillante) serán presentados, sin adorno, en las páginas que siguen.

Un sábado o domingo a las 8:15 de la mañana

En el mes de diciembre y en cualquier ciudad media de España. Pongamos capitales de provincia donde la vida comercial, en los fines de semana, es menos ajetreada. En calles, plazas y lugares estratégicos se ven mujeres jóvenes que caminan con prisas. Aparecen solas y desperdigadas. ¿Adónde se dirigen esas muchachas un sábado de buena mañana y también un domingo en fechas señaladas? Algunas de ellas, por su aspecto, parecen venidas de fuera, son inmigrantes.

Todas ellas van a desembocar en una zona comercial. Dependientes de tiendas, cafeterías y grandes comercios que abren a las 9 horas. Aún no ha roto el día, y al verlas apresurarse entre las luces de farolas, pasa por la cabeza del observador las terribles noticias sobre violencia de género que, a través de los telediarios, nos asaltan cada día. Y, mentalmente, nos ponemos a enumerar los pilares de su condición subalterna. Son mujeres, jóvenes, quizás tituladas, pero culturalmente vulnerables, y laboralmente subalternas. La cultura dominante las encierra en papeles y tareas secundarias para la economía y la política. Hablamos de una atribución de cometidos según la cual los hombres han relegado a la mujer a posiciones subordinadas o subalternas en el modelo de sociedad. Y esta jerarquía de poder se lleva a cabo desde las instituciones primarias, como la familia, hasta las estructuras estatales de mando. En definitiva, las torna socialmente vulnerables. Ese dominio cultural se expresa, por ejemplo, en el ámbito laboral intensificando su precariedad. Llevan muchas papeletas en su mochila para sentirse frustradas.

Se emparejan, pero no pueden, aunque quieren, tener la pareja de sus hijos. Su fecundidad se queda en el mínimo o, peor aún, en una infecundidad

forzosa. Dicho de otra manera, saben muy bien lo que significa la maternidad frustrada. No pueden tener los hijos ahora, a una edad adecuada, y los retrasan tanto que, al final, no llegan. Tampoco pueden formar un hogar estable, porque ellas carecen de seguridad laboral y su pareja pasa por circunstancias similares. En definitiva, no pueden construir futuros porque ni siquiera están habilitadas para producir en el presente.

Estas muchachas acuden al trabajo. Un empleo en alguno de los grandes almacenes situados en zonas comerciales. Son dependientes, ocupadas en el sector servicios. Es la nuestra, la española, una sociedad de servicios para el consumo personal, no como en Alemania, una sociedad de servicios para la industria. Es decir, el empleo en el sector terciario no produce guiado por una lógica laboral técnica. Vehiculan el consumo de bienes necesarios (alimentación, ropa) por un módico salario. Su condición laboral es precaria, volátil, vulnerable. Y son licenciadas. En alguna de esas graduaciones que el mercado valora poco o nada. Como por ejemplo filosofía, humanidades, sociología o historia. Se dice que esos conocimientos no son directamente aplicables a la obtención de beneficios, aunque sean socialmente necesarios. No son educaciones para la renta, sino para la democracia (Nussbaum 2010).

Están «sobre-cualificadas», dicen quienes no saben que el trabajo no es una mercancía «normal», sino un derecho y una capacidad (Prieto 1989). En las cabezas de los jóvenes se ha instalado la idea de que tener un título universitario es un lastre para obtener un empleo, y que trabajar es un privilegio. No es cierto, pero se percibe así. ¿Se puede predicar, con seriedad, de alguien que está «sobreeducado» y que, precisamente por eso, tiene que claudicar en la vida? A veces, así te lo sugieren cuando vas a una entrevista de trabajo. En los oídos de los universitarios que están recién graduados suena a un sarcasmo eso de que se van a incorporar a la «economía de la información y del conocimiento».

No es por casualidad que las funciones que tienen las mujeres en su incorporación a los mercados de trabajo sean las mismas que las que cumplen otros grupos de trabajadores precarios (inmigrantes, jóvenes o trabajadores maduros con pocos estudios). Unas y otros sirven como *amortiguadores* en las crisis y también en las recuperaciones. Los vulnerables son los primeros en ser despedidos cuando se producen las quiebras y también sobre sus hombros recaen los tanteos iniciales en las reanimaciones. Sirven también para tapar los huecos y para sustituir a los que quieren mejorar su salario o sus condiciones de empleo. En fin, sea como comodines o como peones de brega, para cubrir bajas temporales, realizar trabajos específicos, generar inseguridad y devaluar los empleos, lo cierto es que la masa del «precariado» sigue creciendo porque se adecua al modelo productivo español.

Estos grupos han vivido una misma experiencia. La recesión ha marcado sus vidas. En ese sentido son generaciones culturales. La sociedad española de 2018 se configura como un escenario para la reproducción social. Todo parece suceder a una velocidad vertiginosa, pero para que todo siga igual. El orden y la jerarquía social se mantienen bajo la apariencia de cambio social. Sobre el escenario hay muchos más actores que antes, pero sus papeles son pequeños y han sido escritos para preservar el orden social. Las instituciones básicas para la socialización, es decir, la familia, la escuela y el mercado laboral cambian en su superficie, pero no en su profundidad.

Ideologías y etiquetas

Estas realidades han producido discursos ideológicos generados por políticos y también perspectivas teóricas elaboradas por académicos. Unas y otras son canalizadas a través de los medios que forman (no siempre informan o comunican) la opinión pública. Unos, los hombres y mujeres de acción, tratan de legitimar lo existente, y otros, las

personas que trabajan con el pensamiento, se afanan por darle un nombre a la vergüenza. A veces, unos y otros se intercambian los papeles, sobre todo, cuando hay prebendas de por medio.

Los legitimadores apelan a la libertad individual y a las constricciones que comportan las obligaciones comunitarias. Su lema preferido reza así: «tanto tienes o produces», así vales y recibes. Para estos conservadores de lo existente liberalizar equivale a desregular. Esa idea de la autosuficiencia individual es pura ideología, es decir, difunde una falsa comprensión de la realidad social. La realidad, que todo el mundo puede comprobar, es que no sabemos valernos por nosotros mismos desde el mismo instante del nacimiento, y no podemos auparnos en la sociedad, sin la ayuda y la colaboración de los demás. La dependencia de otros es un signo de la buena sociedad. En la reproducción, en la socialización, en la salud y en el trabajo dependemos de muchos otros (Capella 2000; Bauman 2003; Sennett 2010).

Los etiquetadores, en cambio, tratan de capturar esa misma realidad. Y se esfuerzan en darle nombre. A veces el nombre se queda en la superficie y no capta la profundidad de la transformación. Así sucede, por ejemplo, cuando los demógrafos apellidan como Segunda Transición Demográfica a la persistente fecundidad a destiempo y bajo mínimos. O cuando algunos economistas y sociólogos recurren al término «precariado» para designar el subempleo y la ruptura de la carrera laboral, o la devaluación de los estudios universitarios. En otros casos, el concepto gana en calado histórico y cultural como cuando se alude al patriarcado para explicar la discriminación de la mujer en la sociedad o se acude al racismo para interpretar la marginación de los inmigrantes en la vivienda y su rechazo a la hora de considerarlos como iguales.

Todo lo anterior queda englobado en una perspectiva amplia de la desigualdad. Para G. Therborn (2015) hay tres tipos de desigualdad: una vital, otra existencial y, por fin, la desigualdad de recursos. La primera cara de la desigualdad se refleja en la salud, en la esperanza de vida, en el tipo de enfermedades contraídas, pero también en la cohabitación y en la fecundidad. La desigualdad existencial se evidencia en el grado de reconocimiento de las diferencias que constituyen a los seres humanos. Reconocimiento de hecho y de derecho para que la raza, el sexo, la edad o la diferencia cultural no sean motivo de discriminación. La tercera vertiente de la desigualdad está vinculada a las capacidades y los medios. Esta dimensión de los recursos disponibles pone límites a las dos anteriores. Las riquezas materiales y los ingresos económicos, el poder familiar o el capital educativo se consiguen, pero también se heredan. Lo cual, sin duda, coacciona el grado de reconocimiento existencial y la evolución de la salud a lo largo de la vida.

Si la fragilidad laboral es un proceso, es decir, si se empieza a trabajar con un salario bajo, un horario discontinuo y un empleo a tiempo parcial, pero esa fase es temporal, voluntaria y tiene una finalidad explícita, no estamos lejos de la condición de aprendiz. El objetivo es la formación, el entrenamiento y la adquisición de cierta experiencia, pero una vez que se domina el trabajo, se accede a la movilidad ascendente. Estaríamos en presencia de una carrera laboral por etapas, siendo el aprendizaje el trayecto inicial. Por el contrario, la precariedad, tal y como hoy se define, no es eso, sino un estado duradero, y, en el peor de los casos, de por vida. Una condición laboral estructural que no se acaba ahí, sino que desemboca en una situación permanente de vulnerabilidad existencial. Una salud precaria, una existencia humillada y una falta de recursos para cubrir las necesidades básicas y poder desarrollar las capacidades.

En el plano laboral la precariedad se expresa a través del desempleo, el trabajo a tiempo parcial, la contratación temporal y, en relación con todo ello, salarios bajos y malas condiciones de empleo. El resultado de este escenario es el aumento de la

pobreza con y sin trabajo. En el plano existencial, la precariedad se vive en la desigualdad de trato y de derechos de las mujeres, de los jóvenes becarios, de los inmigrantes. En el grado de libertad que uno tiene realmente para construir su carrera laboral, y en la cobertura legal de la que se disfruta para mostrarse en público tal y como uno es o quiere ser. En el plano vital, ya hemos visto que la desigualdad ataca a la felicidad y a la libertad de procrear, imponiendo el déficit de fecundidad y las diferencias en la calidad y la duración de la vida.

2.3.2. Los precipitados de la crisis: desigualdad y exclusión

A la hora de escoger algunos indicadores que den cuenta y razón, de un modo panorámico e instantáneo, del rampante aumento de la desigualdad y de la exclusión en la «salida española» de la crisis, hemos elegido los cinco que figuran a continuación. Van de la más absoluta miseria a la necesidad más inesperada. Porque, ¿cómo encajar sin un gesto de amargura el dato de la encuesta FOESSA según el cual un 11% de las personas que tienen el «privilegio» de trabajar son pobres, no llegan a fin de mes, y su renta es muy insuficiente para satisfacer las necesidades más básicas? O, este otro, según el cual más de un tercio de las personas desempleadas se pasan más de un año sin engancharse de nuevo al mercado de trabajo. Y a los parados de muy larga duración, ¿qué futuro les aguarda cuando lleguen a la edad de jubilación?

¿Eres tú o el capitalismo? ¿La virtud o la necesidad?

Las explicaciones sobre el origen de la desigualdad y de la pobreza se pueden cargar sobre los hombros de los individuos o las anchas espaldas del sistema social. Puede atribuirse a los hándicaps personales o a la mala fortuna que rompe una trayectoria, o se puede achacar a las consecuencias (queridas o no) del cambio social. Por descontado, también pueden ser consustanciales a la dinámica de explotación económica y la subordinación de clase. La disyuntiva se presenta entre la persona y sus circunstancias, o el entero orden social. En síntesis, el protagonista eres tú o el capitalismo y, por lo tanto, se trata de una virtud o de una necesidad.

El grado de crueldad en las explicaciones avanza según la culpa sea de la víctima, de su falta de luces y capacidad. Son vagos o no saben tomar las decisiones correctas y no están dispuestos a diferir la satisfacción. Otras perspectivas se apoyan en la falta de motivación, en que los valores en los que ha sido socializada la persona o la generación no son los adecuados para integrarse en el ritmo trepidante del cambio social. Esta es la tesis de la «cultura de la pobreza», es decir, de su socialización en un medio familiar con baja autoestima, fatalista. Y también el enfoque de la reproducción

TABLA 2.9. Exclusión, ingresos y trabajo. 2018

Hogares sin ingresos	1,3%
Desempleados de larga duración (1 a 2 años)	35,3%
Desempleados de muy larga duración (más de 2 años)	7,0%
Trabajadores pobres (ocupados por debajo del 60% de la renta mediana)	11,3%
Trabajadores en exclusión (ocupados en el espacio de exclusión según nuestro indicador sintético)	13,5%
Hogares renta mínima	313.291

Fuente: EINSFOESSA 2018 y Ministerio de Sanidad, Consumo y Bienestar Social.

social del estatus y de la transferencia de la estratificación social en una sociedad concreta.

Las otras dos explicaciones son sistémicas. Una teoría dice que la pobreza está causada por una injusta estructura de oportunidades, por las desventajas educativas de origen y de resultados. Bajo este prisma se trataría de fortalecer el estado social que interviene para compensar y que, por lo tanto, actúa incentivando, igualando y protegiendo a los que parten desde una situación desfavorable. Por último, la teoría de matriz marxiana considera que la pobreza no es un accidente ni un subproducto, sino una necesidad que beneficia al sistema de explotación capitalista.

Aquí, en este VIII Informe FOESSA, se practica el pluralismo explicativo. Sin menospreciar otros enfoques de naturaleza más individual (con la excepción de que la pobreza es la expresión de la inferioridad genética y racial), nos apoyamos en la perspectiva de la reproducción social. Actores colectivos que operan en un tiempo y en un orden social. Por ejemplo, generaciones y grupos sociales que trasmiten a sus integrantes tanto los déficits como las posiciones sociales. Y lo hacen, principalmente, a través de la familia, de la educación y del empleo.

La pobreza se arrastra desde la cuna, se asienta en la experiencia escolar y se confirma en la ocupación —sobre todo en el primer trabajo—, pero se da en un contexto de incremento de la desigualdad social y de debilitamiento del estado que se encarga de redistribuir los bienes que dan cohesión a la sociedad. En otras palabras, se combina la explicación de la socialización familiar en un hogar pobre con la falta de voluntad política de las élites y de la fortaleza del estado social para compensar el punto de partida.

Uno nace en un hogar con más o menos recursos. Cuando se es niño pobre disminuyen las posibilidades de llegar a ser licenciado. En la infancia uno se curte en un contexto cultural, se socializa o construye como individuo en un medio familiar, vecinal y social. Y ese medio moldea sus hábitos alimenticios, su desempeño educativo y hasta su esperanza de vida. Lo modula o moldea, pero no lo enjaula. Hay cierta movilidad social ascendente según y cómo esté estructurada la sociedad (Goldthorpe 2010). Es cierto, sin embargo, que las oportunidades no son las mismas para todos. No son iguales las oportunidades y menos aún lo son los resultados, por eso existen mecanismos que tratan de paliar las inequidades de fondo.

No hay generaciones perdidas, sino una sociedad congelada en la conciencia de la inevitabilidad

Las generaciones suponen una forma de organizar la vida social, una forma de estructuración y de reproducción de la desigualdad. Se transfiere y se transmite de una generación a otra la posición social y, con ello, la jerarquía social y el orden, pero sobre todo la «conciencia de la inevitabilidad» (Castilla 1994). Esa conciencia de aceptación constituye el gran triunfo de la ideología neoliberal. La hegemonía es tal que no somos capaces de imaginar una manera alternativa de organizar la vida social.

En una investigación publicada hace 25 años, dos economistas y un sociólogo estudiaron a tres generaciones de españoles desde un triple enfoque: cambio, reproducción social y «generaciones sociológicas» que se definen por haber compartido una intensa experiencia social. Aquí nos interesa seguir el enfoque de la transferencia de estatus de progenitores a descendientes. Es decir, los mecanismos e instituciones que procuran la reproducción de la estratificación social. De padres y de madres a hijos e hijas. Porque sabemos que la posición y el origen social afecta a las oportunidades, aunque no predice todos los resultados, ni tampoco su comportamiento en sociedad. El cruce de la

herencia familiar con la experiencia generacional juega un papel relevante en la configuración del cambio social (De Miguel, Castilla y Caïs 1994).

Produce sonrojo citar los hallazgos de esta y de otras investigaciones de la época, porque 25 años después la descripción y las conclusiones apenas varían. Véase la trasmisión del estatus ocupacional (solo el 1% de los hijos/as de clase baja alcanza un estatus ocupacional alto); o la elevada correlación entre el nivel educativo del padre y el de los hijos o hijas (el 80% de los hijos que proceden de padres con estudios universitarios acaban el bachillerato superior frente al 15% que provienen de padres con estudios primarios incompletos, o, también, los hijos de padres analfabetos, tienen una probabilidad casi nula de llegar a la universidad); o, en el ámbito generacional, «las generaciones jóvenes saben que están más penalizados/as que sus inmediatos anteriores, aun teniendo una educación más elevada quedan relegados a trabajos inestables, inciertos, menos remunerados (algunos denominados *dead-end-jobs*)» (De Miguel, Castilla y Caïs 1994: 265-268).

Una característica de la sociedad española es la conciencia de que existen grandes desigualdades. Las encuestas de valores hace ya 30 años que lo registraron. Esa percepción no solo se ha instalado en las conciencias, sino que también ha cuajado en la institucionalización de las desigualdades sociales. El enfoque de la reproducción social de las desigualdades es el que se va a seguir. Por eso, cuando se habla de generaciones perdidas se está hablando de carencia de movilidad social, de escasez de oportunidades, de estancamiento social. Cuanto mayor es el grado de transmisión intergeneracional de lacras y privilegios menor es el cambio social y más se autoperpetúan las desigualdades.

Hay tres instituciones sociales (familia, sistema educativo y mercado de trabajo) que son claves a la hora de perpetuar o prolongar el modelo de desigualdad social. En el siguiente epígrafe se da cumplida cuenta del lastre que supone haber nacido en un hogar pobre, con escaso capital educativo y de composición atípica. Los recursos económicos, formativos y humanos sostienen el proceso de reproducción social de estatus y la desigualdad social.

2.3.3. La transmisión intergeneracional de la pobreza

Vidas fáciles, vidas difíciles

El origen de esa desigualdad puede ser interno o externo. Si se nace en un hogar expuesto a una fecundidad sin control, habrá más hijos y los recursos se repartirán. Si se ve la luz en una familia con escasos recursos económicos la naturaleza de la desigualdad será externa y procederá, en su mayor parte, de una fuente institucional como es el mercado laboral y la estructura salarial. Si se rompe el hogar por fallecimiento o por desamor de uno de los progenitores se crecerá en una familia monoparental (en la mayoría de los casos con la madre como responsable del nido familiar).

Y los datos de la Encuesta FOESSA sostienen que cuando uno nace y se cría en un hogar con escasos bienes materiales y con ingresos reducidos aumentan las probabilidades de instalarse en el pantano de la vulnerabilidad. De sus aguas pesadas se puede salir, pero cuesta tiempo y esfuerzo. Otras veces la ciénaga te atrapa y te succiona como un remolino hacia las profundidades de la estructura social. Si esa fuerza que te aspira hacia dentro es superior a la tuya, o si el tiempo corre en tu contra y cada vez estás más lejos de tus padres, entonces la desigualdad te empapa (te constituye) hasta convertir tu vida en una existencia penosa.

Una parte significativa de la sociedad española no mira los escaparates, ni pasea por la calle. Diez de cada cien españoles viven una situación desesperada y otros 15 tampoco pueden llevar una vida digna de tal nombre. Esa cuarta parte de todos nosotros son personas que declaran que pasan muchas y serias dificultades para llegar a fin de mes. A esa porción preterida (o excluida) de la población cabe añadir los inseguros, que suman entre un 25 y un 30 por ciento, y dicen que acaban el mes con cierta dificultad. Estos últimos aún conservan algunos vínculos con la sociedad integrada, es decir, con la otra mitad de la sociedad que vive una situación cómoda y asentada. Esta es la configuración de la sociedad española en 2018.

Lo que registra la EINSFOESSA 2018 en la fase de recuperación económica es que, en cada sacudida cíclica, de persistir estos valores ciegos y egoístas y de continuar con estas políticas de permanente ajuste, una porción de la sociedad insegura se desgaja. Y, lo que aún es más relevante, la brecha se ensancha entre los que viven con holgura y los que viven el día a día con angustia.

Aparece, casi a diario, en los medios de información el significativo peso que siempre han tenido en la sociedad española los hogares que llegan a fin de mes con dificultad. Como se ve en el cuadro siguiente, suponen la cuarta parte del conjunto de los hogares en España, pero llegaron a representar el 30% del total en la fase más dura de la recesión. Esta es la población clave para los estudios FOESSA, la más vulnerable. Sucede que, dentro de ella, aquellas personas que vivieron, ya desde su más tierna edad, en medio de problemas económicos, es decir, los que se criaron entre dificultades, duplican a los que no crecieron entre penurias. Esta es, en cifras, la marca hereditaria de la exclusión, la que, desde la infancia, continúa limitando las capacidades de los menos afortunados.

Lo interesante es el desglose que pinta la situación de los hogares en España durante las fases de crecimiento y de recesión. Cuando el capitalismo aprieta las clavijas, es decir, en los ciclos de crisis, algunos ciudadanos cuya vida transcurría en un mediano pasar se precipitan al pozo de las carencias más duras. Eso es lo que ha ocurrido en el año 2011, es decir, en plena etapa de recesión

TABLA 2.10. Entrevistados en hogares con dificultades para llegar a fin de mes, según vivencia de problemas financieros en el hogar (de origen) durante la infancia

	ECV 2005		ECV 2011		FOESSA 2018	
	Con dificultades para llegar a fin de mes	Sin dificultades para llegar a fin de mes	Con dificultades para llegar a fin de mes	Sin dificultades para llegar a fin de mes	Con dificultades para llegar a fin de mes	Sin dificultades para llegar a fin de mes
Total	25,3	74,7	29,8	70,2	25,4	74,6
Con problemas financieros durante la infancia (b)	41,4	58,6	50,8	49,2	44,9	55,1
Sin problemas financieros durante la infancia (a)	21,0	79,0	24,7	75,3	20,1	79,9
Diferencial (ratio, división filas a y b)	2,0	–	2,1	–	2,2	–

Fuente: Cueto, B. *et al.* (2019) a partir de ECV 2005, ECV 2011 y EINSFOESSA 2018.

TABLA 2.11. Incidencia de dificultades económicas en el hogar en el momento de la entrevista. (%)

		Total de entrevistados			Vivieron en un hogar con problemas durante la infancia		
		2005-ECV	2011-ECV	2018-FOESSA	2005-ECV	2011-ECV	2018-FOESSA
Dificultad para llegar a fin de mes	Mucha dificultad	9,5	11,6	11,3	18,2	21,3	20,4
	Con dificultad	15,6	18,2	13,4	23,1	29,5	24,5
	Con cierta dificultad	32,3	28,3	26,4	32,2	26,6	27,7
	Con cierta facilidad	28,8	27,4	30,8	18,8	15,6	19
	Con facilidad	12,3	13,4	15,7	6,9	6,6	7,6
	Con mucha facilidad	1,0	1,0	2,3	0,6	0,5	0,7
	No contesta	0,3	0,0	0,2	0,3	0,0	0,0
	Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Indicadores pobreza	Privación severa	3	4,7	2	6,7	9,9	4,6
	Baja intensidad laboral	11	19,3	9,9	15,6	27,4	13,5
	Riesgo de pobreza	18,4	23,9	16,3	22,8	33,9	25,4

Fuente: Elaboración Cueto, B *et al.* (2019) a partir de ECV 2005, ECV 2011 y EINSFOESSA 2018.

económica. En esa anualidad, la proporción de personas que llegaban a fin de mes con cierta dificultad se reduce (pasa del 32 al 28 por ciento), pero esa mengua no se traduce en una mejora de su situación, sino que repercute en un aumento de los hogares que viven entre dificultades mayores y carencias graves. Ese 4 por ciento que se desprende del segmento de la dificultad relativa para caer en el precipicio de la pobreza y la dificultad extrema, formaba parte, antes de su descenso, de lo que hemos denominado la sociedad insegura.

Toda esa pintura se ennegrece cuando la infancia transcurrió en un hogar con problemas. Si se observa la parte derecha del cuadro se ve con claridad que los valores se empinan, y lo que muestran y reflejan es que la proporción de hogares que viven en la dificultad y en la pobreza casi se duplica.

Crecer en medio de carencias es un chapapote muy pesado que te acompaña y traba la movilidad social y el desarrollo de las capacidades en el porvenir. Una generación no es un período de tiempo suficiente. Se pensará que no hay mal que cien años dure, pero hay estudios que certifican la falacia del refrán. Pues ya se ha comprobado, aunque sea fuera de España y para población inmigrante, que hay lastres que se arrastran durante tres generaciones (Telles y Ortiz 2011).

En la parte inferior de la tabla 2.11 se presentan los indicadores que sintetizan e impactan en esas franjas de población desprendidas o marginadas, inseguras y cómodas. Todos los indicadores (privación severa, carencia laboral, riesgo de pobreza) se disparan en 2011, y la herida sangra aún más en los hogares con historia de pobreza.

Como se aprecia fácilmente al observar los valores que se extraen de las distintas fuentes, no es la Encuesta FOESSA la que refleja la situación más calamitosa. Contra lo que suelen pensar los

TABLA 2.12. Movilidad educativa entre padres e hijos/as. 2005. (porcentajes horizontales)

		Nivel educativo de la persona			
		Primaria o menos	Secundaria 1.ª etapa	Secundaria 2.ª etapa	Estudios universitarios
Nivel educativo del padre	No sabe leer ni escribir	49,0	28,4	12,1	10,4
	Educ. primaria o inferior	23,9	24,2	22,1	29,8
	Educ. secundaria, 2.ª etapa	3,5	6,1	31,8	58,5
	Educación superior	1,4	3,8	18,1	76,8
	Total	27,8	22,6	19,5	30,1

Fuente: Elaboración Cueto, B *et al.* (2019) a partir de ECV 2005.

medios académicos y también los políticos, son las estadísticas oficiales, es decir, la Encuesta de Condiciones de Vida (ECV) la que registra valores más altos en las carencias de los hogares. Según la encuesta del INE levantada en 2005, nada menos que el 58% de los hogares españoles viven las angustias (con más o menos dificultad) que provoca la falta de recursos, frente al 51% que viven en esa penuria en 2018, según los resultados de FOESSA. Esta encuesta no agranda ni edulcora la situación. Lo que sucede es que, en la lectura de los datos, se ha puesto el foco en los más necesitados, en aquellos que no pueden mirar los escaparates.

De padres instruidos, hijos titulados

La educación no es un bien sobrevalorado, la felicidad sí que lo es. Hacer frente a las dificultades ocupa la mayor parte del tiempo en nuestras vidas. Y la formación, la instrucción robusta, facilita la superación de las dificultades. A la educación en el hogar le sigue la etapa de instrucción reglada y formal. La formación escolar es uno de los grandes mecanismos que se utilizan para la reproducción y el cambio social.

Detengámonos en dos fechas (2005 y 2018) para analizar la marca que deja la herencia educativa en nuestras vidas. Coinciden con años de auge económico. En medio estuvo el tiempo oscuro de la crisis. Nuestro propósito es comparar la situación actual con la previa a la recesión, aunque sabemos que cuando más ayuda la formación es en los momentos de destrucción de empleo. La educación es un escudo que nos resguarda de la herida de la desocupación. Cuando mayor es el capital educativo menor es la tasa de paro, más breve es la estancia en el dique seco y mejor es el contrato-salario.

Como vemos en la tabla 2.12, que retrata la situación en 2005, la mayoría de los hijos cuyos padres solo tienen estudios primarios se han quedado varados en los primeros escalones de la pirámide educativa. La mitad de los hijos de padres analfabetos se ha quedado en la enseñanza primaria y no ha llegado a más. Y nada menos que el 70 por ciento de los hijos cuyo padre tenía, como máximo, estudios primarios, ha alcanzado como máximo el nivel de la educación secundaria, pero no ha llegado a la universidad.

En términos de movilidad educativa intergeneracional, la conclusión que se extrae de estos datos es la de que los niveles educativos de la familia de origen tienen un peso importante en la trayectoria formativa de los hijos. Es decir, que de padres y madres con apenas estudios salen hijos e hijas con educación primaria o, todo lo más, secundaria básica. En otras palabras, el escaso capital educativo de los padres deja anclados a sus hijos en la base de la pirámide educativa.

Durante la mayor parte de la primera década del siglo XXI los españoles vivíamos un período de euforia económica que no parecía tener un fin a la vista. Faltaba perspectiva y sentido de la realidad. Claro

TABLA 2.13. Movilidad educativa entre padres e hijos/as. 2018. (%)

		Nivel educativo de la persona			
		Primaria o menos	Graduado Escolar/ESO/ Bachiller elemental	Formación Profesional o bachiller	Estudios universitarios
Nivel educativo del padre	No sabe leer ni escribir	41,8	24,8	16,6	16,9
	Educ. primaria o inferior	17,9	31,3	25,4	25,4
	Educ. secundaria, 2ª etapa	4,5	23,8	31,8	39,9
	Educación superior	2,0	10,3	17,5	70,2
	Total	14,0	27,0	25,8	33,2

Fuente: Elaboración Cueto, B *et al.* (2019) a partir de EINSFOESSA 2018.

está que en nuestras familias teníamos parientes sin estudios, o con escasa formación, pero los ingresos del hombre ocupado en la construcción daban para sufragar los gastos básicos y también el ocio. El consumo necesario y hasta el ostentoso, es decir, la comida y el iPhone. Por eso muchos jóvenes de hogares humildes abandonaron los estudios y buscaron los ingresos. El consumo abundante tapaba la escasez de recursos educativos. El dinero se tocaba de inmediato, mientras que los títulos educativos se demoraban años. El presente oscurecía el porvenir, pero el futuro es una promesa incumplida, mientras que lo inmediato es una realidad palpable.

Hay desidia educativa por tres motivos: el brillo del consumo, la necesidad imperiosa de satisfacer las necesidades básicas, y la falta de un medio ambiente que lo sugiera. Pero si las familias tienen tanto (o al menos un claro y cierto) impacto en las carreras y en los planes educativos de los hijos, también lo tienen las circunstancias. Cuando el contexto general aprieta y la necesidad en el hogar se abre paso, después de la euforia, cuando la recesión cayó a plomo sobre los hogares, entonces el abandono educativo no se produce por ceguera, sino por necesidad, no por el consumo de imitación, sino por el consumo imprescindible. En otras palabras, durante el prolongado período recesivo la necesidad material se impuso a la virtud educativa.

El retrato más actual se extrae de la EINSFOESSA 2018 y, aunque no es estrictamente comparable con el que se obtiene de la ECV, no corrige la conclusión fundamental, según la cual el origen familiar marca la trayectoria educativa. Son una minoría los universitarios que proceden de familias con poco capital educativo. En otras palabras, se observa una elevada correlación entre los estudios de padres e hijos. Por destacar una buena noticia aumenta el peso de los universitarios (del 10 al 17 por ciento) que proceden de padres sin estudios. Pero la mitad de los hijos cuyos padres no rebasan el nivel de los estudios primarios no llega a la formación profesional ni supera el bachillerato superior.

La transmisión de la pobreza en hogares rotos y con niños

Los niños en la sociedad de consumo y de servicios no vienen con un pan debajo del brazo, sino con un recibo escolar. La educación no sale gratis. Las sociedades de baja fecundidad están reflejando, entre otras realidades, que la alta fecundidad resulta cara. No solo por la educación, pero también por ella. La educación en el hogar requiere tiempo y la formación en el colegio demanda medios materiales. Esa demanda es más difícil de satisfacer en los hogares llamémosles rotos, desmembrados o/y monoparentales.

TABLA 2.14. Incidencia de las dificultades económicas según el tipo de hogar. 2018. (%)

		Total hogares		
		Privación severa	Baja intensidad laboral	Pobreza (60% mediana)
2005-ECV	Hogares sin niños	3.0	14.9	14.2
	Hogares con niños	3.0	7.0	21.9
	Monoparentales	9.9	34.9	39.7
2011-ECV	Hogares sin niños	4.9	23.8	19.9
	Hogares con niños	4.3	14.3	28.1
	Monoparentales	7.6	37.2	46.7
2018-FOESSA	Hogares sin niños	1.4	12.4	13.1
	Hogares con niños	2.7	6.9	20.2
	Monoparentales	4.1	19.4	32.5
Hogares con pobreza durante la infancia de la persona entrevistada				
2005-ECV	Hogares sin niños	6.7	21.1	17.9
	Hogares con niños	6.5	9.6	27.7
	Monoparentales	20.1	49.8	45.4
2011-ECV	Hogares sin niños	11.0	31.0	27.0
	Hogares con niños	8.9	23.9	40.5
	Monoparentales	15.3	42.9	50.3
2018-FOESSA	Hogares sin niños	4.6	15.8	21.7
	Hogares con niños	4.6	11.3	29.1
	Monoparentales	2.74*	27.6	35.1

* El pequeño tamaño de la sub-muestra reduce la fiabilidad de este indicador.

Fuente: Elaboración Cueto, B *et al.* (2019) a partir de ECV 2005, ECV 2011 y EINSFOESSA 2018.

Eso, ciertamente, es así, pero la prole también constituye un incentivo para trabajar más y supone una obligación a la hora repartir los ingresos entre más bocas, manos y ojos. En la sociedad española, las necesidades escolares de los menores se han ampliado. A las más básicas (la comida, el vestido y los libros) se han añadido el teléfono móvil, el ordenador y otros incentivos técnicos. Esas «necesidades de la sociedad del conocimiento» exigen que, en los hogares con niños, la intensidad laboral sea mayor que en los hogares sin hijos. Por el contrario, la pobreza es más aguda en los hogares con niños pequeños. En otras palabras, aunque se trabaje más en los hogares con hijos, los ingresos dan para cubrir menos satisfactoriamente sus necesidades más básicas.

Eso es lo que sugiere la lectura de la tabla 2.14 que sigue, en donde, la columna de pobreza y la de baja intensidad laboral, muestran valores divergentes. La fortaleza del binomio hijos e intensidad laboral, está fuera de toda duda razonable. Por el contrario, en los hogares jóvenes hay incentivos para seguir formándose antes de incorporarse a la disciplina laboral y tener niños a su cargo y en los envejecidos la intensidad laboral está ausente.

Todos los indicadores que reflejan sufrimientos y penurias se acrecientan cuando hablamos de familias monoparentales. La privación severa, la pobreza y la baja intensidad laboral se disparan en los hogares con un solo progenitor al frente. Está claro que, en la sociedad española, se necesitan dos ingresos para mantener un hogar con hijos y, aun así, no bastan, porque los salarios son bajos y el empleo inestable. La mala noticia es que los hogares monoparentales tienen cada vez más peso y presencia. Entre 2005 y 2011 este tipo de hogares

no hacen sino aumentar en número y proporción. Crecen desde el 3% en 2005, el 4% en 2011 y el 12% en 2018. La recesión ha conllevado un poderoso crecimiento de la monoparentalidad.

Si las diferentes oleadas de la Encuesta FOESSA no yerran en sus mediciones, durante, y, quizás sobre todo tras la crisis, se ha producido un estallido del hogar nuclear con hijos. La recesión ha producido una mayor atomización y desmembramiento de los hogares. Más hogares, pero más pequeños, y, por ello, económica y socialmente más vulnerables. Cabe imaginar que la dureza de la recesión puso a prueba la convivencia en muchos hogares. Quizás, en el caso de los hogares más vulnerables taponó y demoró las rupturas. Es también probable que retrasara la creación de nuevos y voluntarios hogares monoparentales. En todo caso, y según ambas fuentes estadísticas, el hogar monoparental va en aumento.

Y todos esos indicadores de exclusión se disparan cuando el hogar actual tiene detrás una triste historia. Es decir, la privación, la pobreza y la baja intensidad laboral se duplican cuando procedes de un hogar pobre. Como se ha repetido a lo largo de este epígrafe, la historia marca y las privaciones vividas en la infancia se arrastran generacionalmente.

2.3.4. Explicando la desigualdad en el mercado laboral

Empecemos por una constatación. El escenario económico y el panorama laboral español se construyen sobre la base de un enorme éxito cultural y de un gran fracaso material. La esencia del triunfo se resume en la idea según la cual «no existe, ni se puede imaginar, otro camino». El espacio del fracaso no es uno, sino trino, y se llama: pobreza, precariedad y desigualdad. El llamado neoliberalismo (una ideología que inspira una política) se ha adueñado de las conciencias, pero no ha sido capaz de producir seguridad en el empleo e ingresos dignos. Ha alcanzado la hegemonía en la dirección de la economía y de la sociedad, pero ha generado desvinculación y fracturas sociales.

El neoliberalismo ha penetrado en las actitudes y en los pensamientos de la gente común y también domina en las élites intelectuales. Su tipo humano es hegemónico en la vida diaria y se evidencia en los pequeños detalles. La extensión de los teléfonos inteligentes adormece la inteligencia humana. Pretender recrear la vida social a través de la pantalla de un teléfono móvil supone, entre otros menoscabos, el hecho de perder sensibilidad. En la red de contactos no se percibe el olor, el gusto o el tacto. El calor y la experiencia humana en el ámbito laboral residen en el roce, en la colaboración y en la dependencia mutua. Es la comunidad de productores frente al aislamiento de los «emprendedores» en nichos individuales de empleo. Crece la pobreza, la precariedad y la desigualdad material y social, en medio de una rendida admiración a la cultura del individualismo y de la irresponsabilidad social. El éxito final reside en la consideración del empleo como un privilegio y no como un derecho. Es, además, un privilegio con respecto a los demás.

Una vez más la desigualdad es una cuestión de poder, que diría B. Russell (2017). Porque es muy probable que una de las fuentes de empleo hoy, y probablemente en el futuro más o menos inmediato, sea el adiestramiento y la formación en las tecnologías de la comunicación, la robótica y la inteligencia artificial. Sin duda, se pueden extraer enseñanzas de la experiencia histórica a este respecto. Desde las sociedades de cazadores y agricultores hasta el trabajo en la industria y en la actual sociedad que está volcada en los servicios. En todas las sociedades el avance tecnológico ha sido crucial. Solo que en su aplicación algunos grupos sociales han resultado especialmente perjudicados. Y hay que estar atentos a ello, en la época presente, y tratar de mi-

nimizar los daños. La cuestión no es la técnica en sí, ni únicamente su impacto en la productividad y en los beneficios, sino sus repercusiones en los diferentes grupos de ocupación. En otras palabras, conviene que los poderes públicos evalúen cuáles son las consecuencias laborales que, en un plazo de tiempo determinado, conlleva la ejecución de esas innovaciones técnicas.

En este escenario no es extraño que el enfoque más extendido para explicar la desigualdad sea aquel que carga la responsabilidad de lo que sucede en el mercado de trabajo sobre los hombros de la ciudadanía, de sus conductas y aptitudes. La situación es la que es, se viene a decir en este relato, porque el mercado de trabajo y la posición que se ocupa en él es la que refleja las cualidades del trabajador. Sus actitudes, valores, formación y comportamiento. Además, esta situación laboral mejoraría si se liberase a la empresa de la regulación y de los controles. El mercado de trabajo y la empresa, se encuentran amordazados, y ello es debido a las interferencias administrativas y políticas. Si la legislación laboral del estado se inmiscuyera menos en la gestión de las empresas, y si las organizaciones sindicales tuvieran menos reconocimiento, entonces el mercado actuaría sin frenos y pondría a cada cual en su lugar.

Como explicación de esta fragilidad y desigualdad laboral se ha impuesto culturalmente un relato que actúa como una anestesia social. Ese relato dice que cada uno tiene lo que se merece, y que el infortunio se debe a las actitudes y a las aptitudes personales. En síntesis, no cobras más porque no produces más y no lo haces a tiempo, o lo que produces no es algo que demanda la sociedad. Y no tienes más seguridad en el empleo, no disfrutas de una carrera profesional, porque tus valores y conductas no te hacen merecedor de ello. No es la empresa la que te sitúa, eres tú el que no eres capaz de adquirir una estabilidad ocupacional. En resumen, según tus méritos y cualidades, así son tus ingresos y tu nivel en la jerarquía laboral.

Esa explicación requiere aceptar que el mercado es autosuficiente y coloca a cada cual donde le corresponde. No hay otro motivo de tu posición en él, que no sean tus cualidades y defectos que son el producto de tu inteligencia y de tu esfuerzo. Todo lo que interfiera en los «naturales» mecanismos del mercado (legislación y regulación laboral), o todo lo que te proteja y no te deje ver cuáles son tus limitaciones personales (convenios colectivos, acción sindical) son los causantes de la rigidez y, a la postre, de la desigualdad. Esos mecanismos protectores y reguladores son los que obstaculizan y pervierten la justa movilidad laboral.

2.3.4.1. Modelo de mercado y modelo social

El mercado no es autosuficiente, sino una pieza del engranaje de la sociedad

El otro relato es más fragmentario, pero más comprensivo del conjunto de actores que intervienen en los mercados de trabajo. Este enfoque se puede resumir en que la posición del trabajador empieza a diseñarse antes de su llegada al mercado y que son varias las instituciones que intervienen en su configuración. Empezando por la familia, que cría y socializa, siguiendo por la escuela, que forma y prepara, y, acabando por la cultura, que distribuye papeles y ordena las posiciones. De todo ese proceso se apropia la empresa, que actúa en función de la obtención del máximo beneficio.

Así pues, no es el individuo, sino que son las instituciones sociales las que llevan la voz cantante en el discurrir de la desigualdad. Instituciones económicas, sociales, políticas y culturales. Empresas, familias, escuelas y políticas públicas.

La desigualdad empieza en las familias, donde se generan dos mundos paralelos. Por un lado, las mujeres, y, por el otro, los hombres. Socializan sus papeles para el resto de sus vidas, les entrenan en

los cometidos y aptitudes que sostienen la vida cotidiana. Les instruyen para que sepan manejarse en la imagen social que ha impuesto la hegemonía cultural masculina. El medio socioeconómico en el que se mueve la familia y el capital educativo que atesoran orienta a los hijos y a las hijas hacia uno u otro colegio y por uno u otro itinerario educativo. Luego, esos menores, ya socializados, ya formados, en suma, una vez encarrilados, van a parar al mercado de trabajo, y ahí son las empresas las que proporcionan una nueva educación en valores, disciplina y jerarquía para la vida laboral.

Son las empresas las que gestionan la organización del trabajo bajo el criterio del máximo beneficio. Para conseguir esas ganancias combinan el salario, la flexibilidad en el empleo y la subordinación de los trabajadores. En otras palabras, manejan la retribución mayor o menor, los tiempos de trabajo y las formas de contratación, pero, además de estas herramientas, también educan el carácter del trabajador. Les adiestran en el control emocional, aprendiendo a esperar y a silenciar sus iniciativas. A través de esa formación emocional, se gana en automatismo, pero se pierde en participación colectiva y en creatividad. Los empresarios debieran sopesar las ventajas de introducir la democracia en la empresa. Se trata de contemplar en la organización del trabajo y en la gestión del tiempo de trabajo, la aportación que podría desprenderse a través de los mecanismos que dan más voz a los trabajadores. En resumen, la desigualdad se vehicula en las empresas a través de un triple carril: la magnitud de la recompensa salarial, la mayor o menor estabilidad en el empleo y, por fin, la perspectiva de una carrera laboral de menos a más, de abajo a arriba. Es decir, sueldo, seguridad y jerarquía laboral.

Como se ha dicho, las empresas no nacen en el vacío, ni son autosuficientes. Ellas reciben a un trabajador criado y formado. Operan con una mano de obra socializada y educada. Antes de llegar al mercado laboral, primero la familia, y después la sociedad han hecho su trabajo. Todo empieza en la reproducción de la vida. Es la mujer la encargada, en el marco cultural del dominio masculino en la jefatura del hogar y del reparto de papeles, tanto de la crianza de los hijos como de los cuidados de los enfermos en el seno de la familia. La formación primaria de la personalidad y del carácter se adquiere en el hogar. A la influencia familiar le sigue, cronológicamente, la escuela. Esta institución contribuye a equipar a la persona con conocimientos científicos y valores sociales. Los establecimientos educativos van modelando a los protagonistas del mercado de trabajo, pero también a los actores de la vida en sociedad. Claro está que las familias y las escuelas se conectan a través de un marco social, de una estructura que segmenta y limita las oportunidades. Operan en función del lugar de residencia, de los vínculos y relaciones que acopia la familia y lo hacen dentro de un entorno de diversidad cultural.

El aumento de la población y la concepción del trabajo como un privilegio o un bien escaso

> *Ya no trabajamos con la orgullosa conciencia de que somos útiles, sino con la humillante y angustiosa sensación de que gozamos de un privilegio otorgado por una efímera gracia del destino, un privilegio del que quedan excluidos muchos seres humanos por el mero hecho de ser nuestro: un simple empleo. Los propios empresarios han perdido esa ingenua creencia en un progreso económico ilimitado que les hacía imaginar que tenían una misión* (S. Weil, Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social).

Así pues, de acuerdo con S. Weil (2014), hemos de cambiar de perspectiva y ver el empleo como un derecho humano y no como un privilegio o un regalo. Los mercados de trabajo son mecanismos para ampliar las libertades. La escasez del empleo nos hace menos libres. A la persona que no puede ni ser explotada se le condena en vida; al que trabaja por la comida y el techo, se le cierran miles

de oportunidades, al que labora sin horario ni contrato, sencillamente, se le mutila el entendimiento.

Los mercados de trabajo son espacios de intercambio de bienes y de transferencias de esperanzas. Son instituciones de relación entre las personas, ámbitos de experiencias y de palabras, de contratos y de derechos. Los mercados de trabajo son mecanismos para la realización de las aspiraciones humanas y de una vida que se despliega y merece la pena vivirse sobre la base de la extensión de la libertad. Y si el número de personas crece, si la población activa aumenta, como así ocurre en el mundo y ha sucedido en España durante las dos últimas décadas, el mercado laboral ha de crecer. A más gente más intercambio entre ellas, más necesidades que cubrir, más trabajadores para producir.

En España lo que ha ocurrido durante los últimos cuarenta años ha sido que los mercados de trabajo han crecido en cantidad y calidad humana. Es una buena noticia. Los intercambios se han fortalecido con la incorporación masiva de la mujer al trabajo remunerado y con la llegada relativamente reciente y también multitudinaria de inmigrantes. El tercer factor que ha enriquecido ese mecanismo de intercambios ha sido la evolución de la estructura laboral. Es decir, la evolución de los buenos, regulares y malos empleos. En definitiva, hemos ganado en diversidad humana y también hemos mejorado en el reparto entre empleos apetecibles, soportables e insufribles. El lado oscuro es que se han producido cambios en las reglas de juego, y, durante la recesión, un claro deterioro de los derechos.

Según estos datos no se puede decir que vivimos en una sociedad del fin del trabajo. Así pues, Dahrendorf (2005) (o Rifkin y tantos otros que ya suman legión) se equivocan en sus diagnósticos. Hoy hay más gente trabajando en España que hubo antes. La sociedad del fin del trabajo no tiene una firme base empírica, sino, más bien, una sólida base ideológica. Otra cosa es la «cualidad» de ese trabajo y la bondad de las condiciones en las que se desarrolla. Claro está que un mercado de trabajo donde aumentan los buenos empleos, es decir, los empleos con poder estructural, pero se reducen los empleos intermedios y se mantienen los empleos sin poder, esto es, el proletariado del sector servicios produce una sociedad en la que aumenta la desigualdad.

El modelo social y laboral que sostiene la precariedad privada y pública

Cuando carecemos de una explicación general para la dinámica de un orden social nos limitamos a señalar algunos de sus rasgos particulares. A la articulación de esos rasgos específicos se le suele llamar modelo. Dicho con brevedad, se trata del pariente pobre de una teoría social. De acuerdo con ese proceder, el modelo social español se sostiene sobre tres pilares: las instituciones sociales, los valores culturales y la calidad de la democracia. La familia, la escuela y el mercado laboral nos sirven para resumir las principales instituciones de nuestra sociedad civil activa. Por otro lado, las conductas y actitudes cooperativas, egoístas o empáticas pueden caracterizar el mundo de las relaciones sociales y de los valores culturales. La ejemplaridad de nuestros funcionarios, de los líderes políticos y de las élites económicas tiene valor como ejemplo del calado de nuestra vida pública, como veremos en detalle en el capítulo 5 de este VIII Informe FOESSA.

Siguiendo esta óptica un modelo es el resultado de varias dinámicas interrelacionadas. El modelo nacional de empleo reúne las influencias de las decisiones empresariales, de las acciones públicas y de las dinámicas sociales. La familia dispone, el estado interviene y la empresa recibe. Nadie es independiente, todos somos deudores de las generaciones anteriores. Así, cada pueblo, cada nación y cada estado está condicionado por otros pueblos, otras naciones y otros estados. Desde las transacciones financieras hasta el comercio inter-

nacional, pasando por la deforestación del pulmón amazónico y la política de inmigración. Somos una sociedad particular y reconocible, precisamente, porque nuestras dependencias son específicas e identificables.

En su cara exterior el mercado de trabajo español es dependiente del lugar que ostenta la economía española en el ámbito internacional, y, particularmente, en el europeo. Y esa posición no es dominante, aunque sí intermedia. Nuestra historia como país emigrante es señal y testigo de esa jerarquía en el sistema mundo. En su vertiente interna, nuestra estructura productiva se caracteriza por trocearse en pequeñas empresas según el número de empleados y por concentrarse en los servicios personales (turismo y restauración), la construcción y las actividades financieras. Todas ellas son actividades de escaso valor añadido, pero intensivas en mano de obra, con bajos salarios y alta volatilidad en el empleo. Son actividades, por así decirlo, de atención al cliente.

Esa especialización productiva ha generado una cultura de gestión empresarial orientada a regatear en los salarios y en las condiciones del empleo. Se trata de una dinámica laboral en la que conviven la vulnerabilidad y la informalidad laboral. Además, esta dinámica de la precariedad se ha extendido a las instituciones públicas. Buena prueba de ello es la evolución que se sigue en las contrataciones tanto en la educación como en la sanidad. Sin olvidar la externalización de algunos servicios públicos básicos para la vida en las ciudades, como los de la limpieza viaria, suministro de agua y saneamiento, tratamiento de residuos o atención domiciliaria. Ciertamente, el sector público ha adelgazado de tal modo que los funcionarios son insuficientes para gestionar todos estos servicios. Ante esta realidad tan extendida, la familia, en su versión tradicional, ha sido capaz de sostener el andamio social y hacer frente a la recesión, pero el modelo familiar también está siendo fragilizado por el virus de la precariedad.

Las dos perspectivas

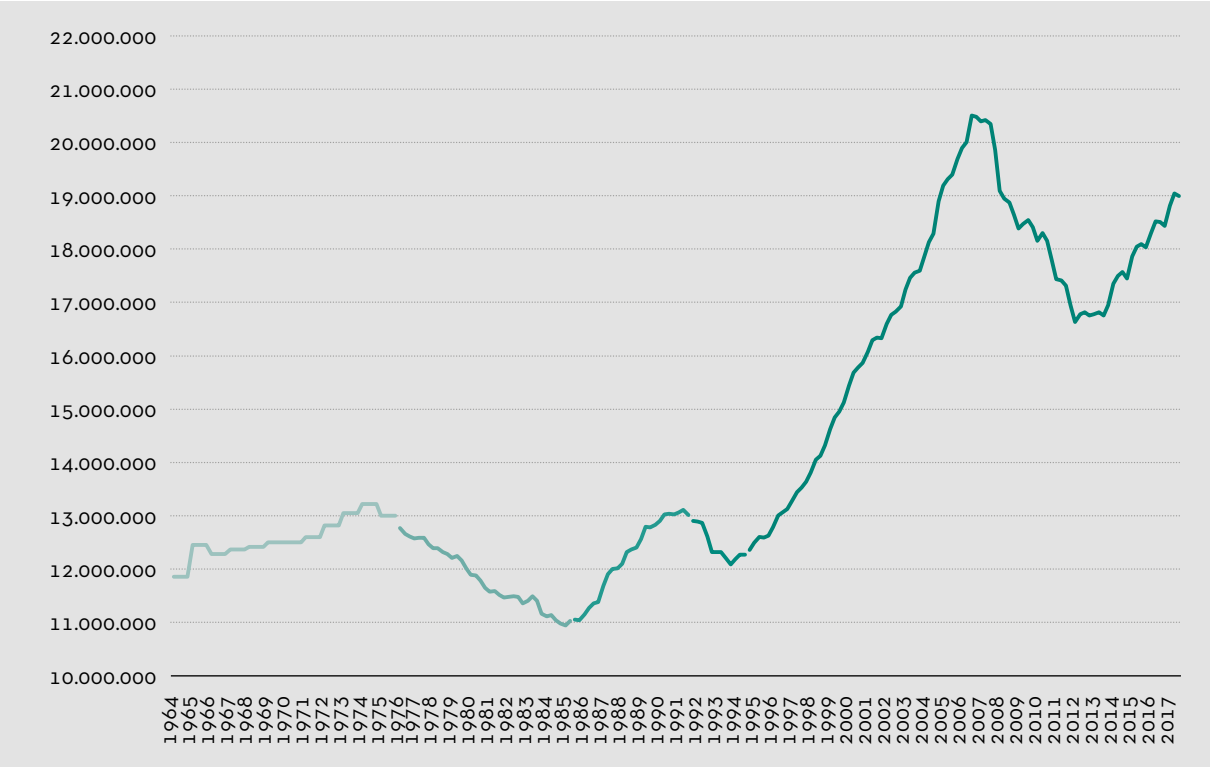
A los ojos del espectador joven y del siglo XXI, el mercado de trabajo se muestra crecientemente inestable e inseguro. Hoy tienes empleo, pero mañana no; hoy trabajas por meses, pero quizás mañana lo tendrás que hacer por días. En cambio, si el que hace memoria y echa la vista hacia atrás es un trabajador de 65 años el panorama es otro. Entonces lo que se contempla es cuál ha sido la evolución de la ocupación en el largo plazo. Son dos perspectivas, dos experiencias, la una vital, la otra generacional. Resultan ser complementarias y ambas se sostienen en una buena percepción de la realidad. Sin embargo, las reacciones ante ellas son bien diferentes, puesto que al joven se le pasa por la cabeza emigrar, mientras que el maduro está pensando en jubilarse.

La imagen que deja en nuestros ojos la gráfica que refleja el número de ocupados resulta inesperada e impresionante para la mirada del joven. La pendiente del empleo hasta asomarse al abismo en 2007 es espectacular. La caída no lo es menos. Desde el pico de más de 20 millones en 2006 hasta la pérdida de 4 millones en 2012. Por fin, la escalada tras la debacle se nos dibuja como una escalera más penosa de subir. Se han recuperado 2,5 millones en 2018, pero lo cierto es que hay que agarrarse a los peldaños, y subirlos uno a uno, pero haciendo un gran esfuerzo.

De los cuatro cambios anunciados, unos suenan muy bien, como el aumento del número de ocupados. Otros parecen increíbles, como el crecimiento de los buenos empleos. Y otros, como la eclosión de los trabajadores inmigrantes y la masiva incorporación de las mujeres al mercado de trabajo, pueden generar recelo, pero no dudas. Sobre este recelo, permítasenos ofrecer un breve apunte al respecto, hasta que llegue el momento de extendernos más en detalle.

La incorporación de mujeres e inmigrantes al mercado laboral cuadra en la idea de desarrollo de las

GRÁFICO 2.7. Evolución del número de personas ocupadas en España. 1964-2017



Fuente: Elaboración Martínez Pastor (2019) a partir de EPA. Entre 1964-75 reconstrucción del M.º de Economía y Hacienda; entre 1976 y 2017 microdatos de la EPA, todos los trimestres.

capacidades de Amartya Sen. Se trata de la expansión de las libertades, de las esperanzas, de la igualdad, de la huida de la necesidad, y hasta de la búsqueda de la explotación como progreso respecto de la privación máxima. Es duro de escribir, pero vale la pena decirlo. Hoy en el mundo hay quizás mil millones de personas que desearían ser explotadas y que no alcanzan a serlo. Porque un explotado puede incrementar su capacidad y sus logros; en cambio, una persona que se encuentra privada de todo, no tiene el más mínimo recorrido en sus libertades. La reflexión de Simone Weil (2014) con la que se abría este apartado no nos resulta extemporánea, pese a haber sido redactada en 1934.

La incredulidad se manifiesta cuando se evalúa la generación de buenos empleos. La percepción de nuestro atribulado joven, más aún si es universitario, es la de propia de la sociedad del descenso. Aumentan más los malos empleos que los buenos y se reducen en número y calidad los empleos intermedios. Pues bien, el análisis de Martínez-Pastor (2019) concluye, a contracorriente, que:

> *Se ha producido una evidente mejora de la estructura ocupacional desde mediados de los setenta. La proporción de los ocupados en los mejores empleos ha pasado del 9% al 26%. La de personas ocupadas en empleos intermedios ha disminuido desde el 38% en 1979 al 35% en la actualidad; mientras que el nivel de la de las peores ocupaciones se mantiene en el 37%. Mejoran los buenos empleos, se mantienen los malos y caen ligeramente los intermedios. Ni siquiera en los años del boom de la construcción y la bonanza, empeoró la estructura ocupacional.*

Resumamos las buenas noticias: el mercado de trabajo español que ha vivido nuestro jubilado tuvo entre 6 y 8 millones menos de ocupados que hoy. Eran muy escasas las mujeres activas, y no había inmigrantes extranjeros cuidando ancianos o trabajando en las cafeterías y restaurantes. La estructura de empleos estaba dominada por los trabajos de baja calificación, y lo que entonces prevalecía era la emigración. Desde esta perspectiva, la evolución durante las últimas décadas ha sido exitosa: más ocupados, más mujeres y más inmigrantes.

Además, y gracias a la expansión educativa, la fuerza laboral está más y mejor formada. Eso es así, aunque tengamos un exceso de malos empleos y un déficit de buenos empleos cuando nos comparamos con los países más avanzados en la UE. Hasta aquí la cara A del disco, la más amable del mercado de trabajo. Escuchemos ahora la cara B, la que no suena bien. Esa es la cara en la que se habla de la precariedad laboral, el desempleo de los menos calificados y el subempleo de los más cualificados. La música que suena en esa cara B es la de los bajos salarios y la de los trabajadores pobres.

2.3.4.2. La precariedad laboral, una forma de vida

La clase trabajadora siempre ha vivido en una situación precaria. No hay más que leer a Dickens en *Tiempos difíciles* para comprender las penurias que entrañaba el trabajo en las primeras fábricas industriales. Si el lector quiere cambiar de continente para apreciar el tenor de la violencia intrínseca a la transformación capitalista de la agricultura no tiene más que leer los reportajes y ver las fotos que componen el libro *Los vagabundos de la cosecha*, de Steinbeck. Esa serie de artículos, que son ejemplo de periodismo de investigación, fueron la base para escribir la admirable novela titulada *Las uvas de la ira*, que recrea la expulsión de miles de familias de granjeros de las tierras de Oklahoma y la mortal migración hasta los cultivos californianos. Se trata de dos novelas clásicas que, ateniéndose a los hechos, certifican, con un ritmo absorbente y una escritura maestra, que la precariedad ha sido (y continúa siendo) la piel de los vulnerables.

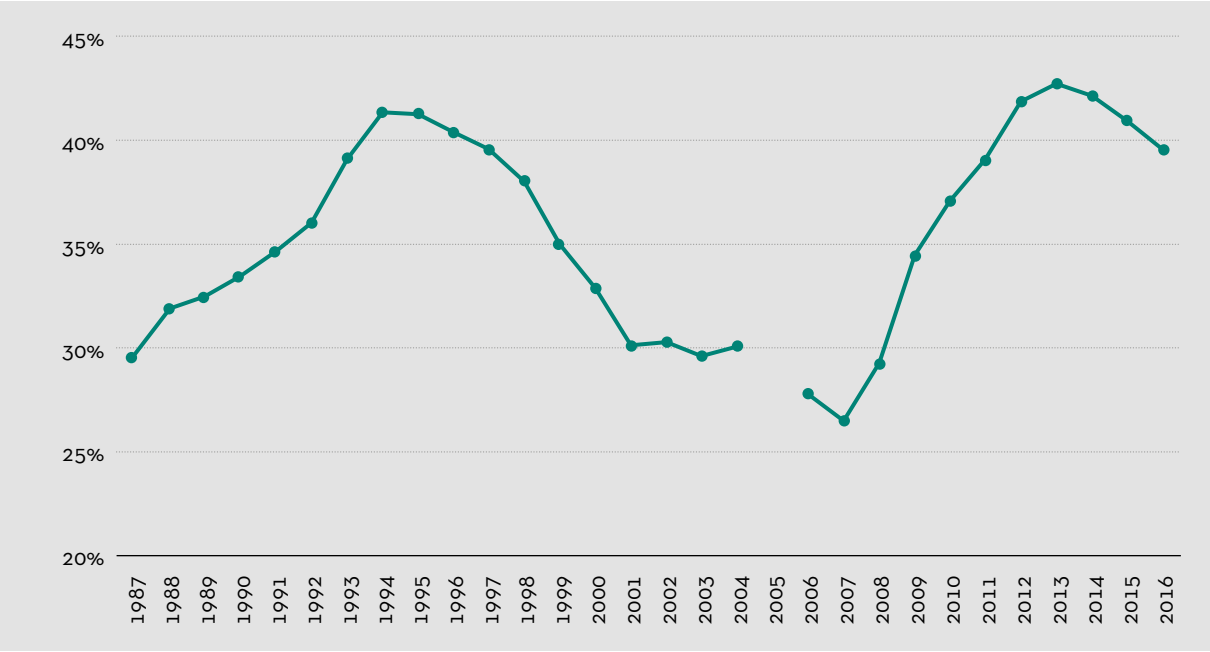
La precariedad es una característica de los mercados laborales desde los años 70, con el despuntar de las políticas neoliberales. Los empresarios aprovechan la flexibilidad de las condiciones laborales para aumentar sus beneficios y trasladar a los trabajadores los riesgos de la actividad empresarial. Los operarios no participan en la toma de decisiones, pero sí que se atienen a las consecuencias más problemáticas que generan esas decisiones, y padecen las pérdidas. La desregulación del empleo (el falso autónomo, el empleo a tiempo parcial) reflejan la vulnerabilidad e inseguridad del trabajador.

En el mercado de trabajo español la flexibilidad laboral se encarna en una alta tasa de desempleo, una temporalidad desorbitada y unos salarios comparativamente bajos. Estas son las caras de la precariedad. Entra dentro de lo probable que el lector de este VIII Informe FOESSA se haya topado en años recientes con un contrato temporal, un empleo a tiempo parcial involuntario o una rebaja salarial. Si el lector de este Informe tiene una u otra edad, es decir, si es de una generación joven o madura, habrá visto que la precariedad afecta a su vida y a su trayectoria laboral de distinta forma. En las generaciones jóvenes retrasa su independencia y su proyecto vital; en las edades maduras, secciona la trayectoria seguida y acorta el final. Repasemos brevemente estos rostros de la precariedad.

Temporalidad: un mal endémico

La temporalidad es un rasgo estructural del mercado de trabajo español. Es una maldición porque crece, cuando no debiera hacerlo, y se reduce, cuando menos daño hace. Dicho con toda claridad, la temporalidad aumenta cuando la economía «va bien», y disminuye con las crisis, que es justo cuan-

GRÁFICO 2.8. Tasa de precariedad**(21)**. 1987-2016. (Sobre el total de activos)



Fuente: Elaboración Martínez Pastor (2019) a partir de microdatos de la EPA. De 1987 a 2004, todos los trimestres desde el segundo de 1987; de 2006 en adelante, PAs anuales. En 2005 no existen datos sobre las variables necesarias para construir este indicador.

do en algo puede ayudar. Desde el punto de vista del trabajador, la dinámica del mercado de trabajo no resulta tranquilizadora. Y ello es así porque cuando pintan oros en los beneficios empresariales al operario se le mantiene en vilo. Y en cuanto las ganancias decaen se destruye ese tipo de empleo fugaz que, en cierta medida, podría paliar la pobreza y la exclusión social. Dicho de otra manera, el mercado laboral, tal y como está funcionando en España, no te da plena confianza ni suficiente seguridad cuando la economía está boyante; en cambio, y por el contrario, cuando pintan bastos te deja aún más desprotegido y sin la mínima red de mantenimiento material y de autoestima personal.

Si ponemos cifras al relato anterior se puede comprobar que la tasa de temporalidad ronda el 25% y duplica holgadamente la media de la UE que, en 2018, se situaba en el 11%. Este mal endémico viene de lejos, y en los momentos de bonanza económica, como 2006, ha llegado al 34%. En otras palabras, se desvincula el tipo de contrato del carácter que tiene el empleo. Se impulsa una política de contratación temporal para empleos que no son realmente de naturaleza temporal. La dinámica de esta «cultura de la temporalidad» que ha cuajado en el empresariado español es, por tanto, perversa, puesto que solo cede durante las crisis. La explicación de esa caída en la tasa de temporalidad en tiempos de vacas flacas es doble. Por un lado, los empresarios se deshacen de los trabajadores temporales enviándoles al paro, y, por el otro, los jóvenes emigran o retrasan su incorporación al mercado laboral.

Hace más de tres décadas que estos lodos nos empapan. A mediados de los ochenta la tasa de paro superó el 20%, y, el gobierno socialista impulsó una reforma laboral que promovía la utilización de los contratos temporales. Esa reforma,

(21) Se entiende por precariedad aquella situación en la que uno trabaja con un contrato temporal queriendo uno indefinido, o trabaja a tiempo parcial queriendo hacerlo a tiempo completo, o está en el paro.

facilitaba el uso de ese tipo de contratación para todo tipo de trabajos, y no solo para las labores de naturaleza temporal. Se abrió así una brecha entre trabajadores a plazo, y otros con un contrato por tiempo ilimitado. El uso abusivo de este tipo de contrato a plazo, se explica, básicamente, porque el despido sale más barato. Sin embargo, no cabe menospreciar el peso que adquieren, en esta dinámica de la temporalidad, dos factores objetivos, a saber: el dominio de las pequeñas empresas en el tejido empresarial español, y la especialización productiva de nuestra economía volcada en la construcción y los servicios al turismo.

Pero existen otras explicaciones complementarias a la de la reforma laboral de 1984. Una de ellas alude a un pacto intergeneracional, según el cual se protegía a los mayores y menos educados, a costa de fragilizar a los jóvenes que estaban mejor preparados. Otra menciona la incorporación al mercado laboral de las cohortes del *baby-boom*, más formadas, pero en un contexto de crisis económica, con paro elevado.

El índice de precariedad se construye reuniendo las tres privaciones siguientes: estar en paro, trabajar a tiempo parcial de modo involuntario y tener un contrato temporal cuando se quiere uno indefinido. Y lo que se expresa en el gráfico elaborado por Martínez Pastor es que la precariedad está incrustada en el mercado de trabajo español, pues durante las épocas de bonanza no baja del 25%, y en las de crisis supera el 40%. Si la inseguridad se ha convertido en un inquietante compañero de viaje a cualquier edad no puede extrañar el alto grado de infelicidad laboral. Y, en otro tenor, el alto déficit de fecundidad.

La temporalidad tiene edad, género, etnia y generación

La temporalidad en la vida laboral se asocia con la edad, el género, la etnia y la circunstancia histórica. Los jóvenes abren la puerta del mercado laboral con una llave prestada. Su tasa de temporalidad es muy alta hasta los 29 años y después de esa edad disminuye con fuerza (CCOO 2018). Antes de los 30 años, es cada vez más común combinar el estudio con el trabajo ocasional. Esa combinación es fruto de la necesidad real en las familias y de la necesidad por imitación espoleada por la sociedad de consumo. De la necesidad básica y del consumo superfluo. Pero, aunque la temporalidad se alivie con la edad, lo cierto es que no se cura. Los valores superan el 50-55% antes de los 30 años, cae a la mitad entre los 35 y los 40 años, pero aún afecta al 15% de los trabajadores maduros.

En la España de 2018 se trabaja en la cuerda floja. Son, sobre todo, los jóvenes y las mujeres quienes se «socializan» en la inseguridad laboral. Viven los mejores años de su vida reproductiva en condiciones de inestabilidad y vulnerabilidad. Inestabilidad residencial, fragilidad en el emparejamiento y volatilidad en el trabajo. Ese es el pan de cada día, para aquellos que se estrenan en la vida laboral y para las mujeres que ansían su autonomía personal o contribuir al sostenimiento del hogar. Sin sostenibilidad social no hay reproducción natural. La fecundidad es tan baja como frágil es la libertad para engendrar vidas. Sin seguridad en los medios para llevar una vida digna, ni cooperación en las tareas de cuidados y sin cobertura pública ante la adversidad o la fatalidad, el número de hijos por mujer seguirá bajo mínimos.

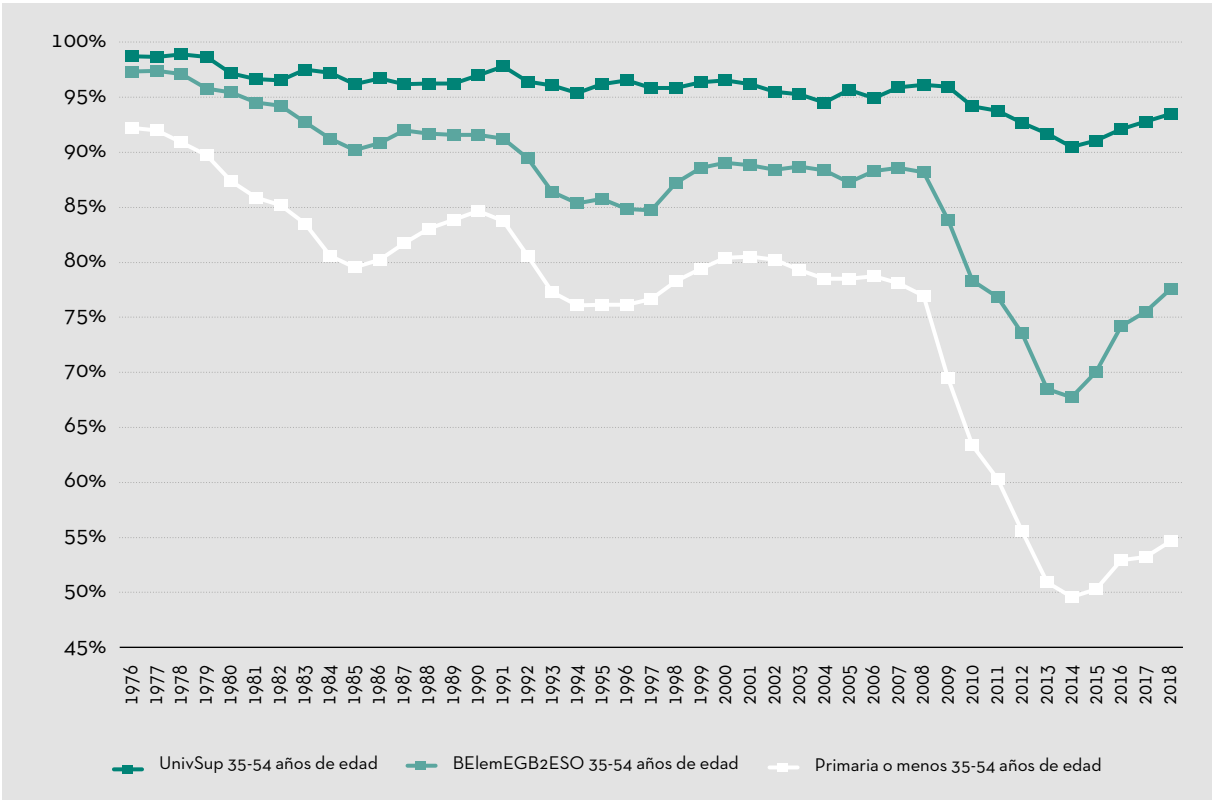
Si la precariedad es una característica estructural del mercado de trabajo español, su impacto dependerá de la edad y del momento de bonanza o de crisis. Ambas variables, la edad y la circunstancia, actúan en el escenario de la precariedad. Así, la generación de 1986-90, la que ha vivido la gran recesión con 20-25 años, es decir, en su apertura a la vida laboral activa, ha sufrido en un 55% alguna de estas formas de precariedad.

Además, y según el momento de la vida laboral en que te afecte la crisis, las precariedades se ceban con mayor o menor fuerza. A los nacidos en los albores de la democracia la gran recesión les ha pillado en los inicios de su vida laboral, antes de cumplir los 30 años. A esa edad, algo más de la cuarta parte (27%) estaba trabajando en precario. Durante los años más agudos de la recesión esa proporción subió hasta el 40% y, en 2016, cuando ya habíamos «salido de la crisis», un 30% aún seguía instalado en la precariedad.

En cambio, para los nacidos durante el *baby-boom* (1961-65), la proporción de precarios era del 15% en 2007, al inicio de la recesión, y les ha pillado ya en las edades centrales de su vida activa, es decir, cuando tenían entre 42 y 46 años. Con la recesión la precariedad se duplicó hasta el 28% en 2013, pero, para entonces, ya rozaban o superaban los 50 años.

El grupo de trabajadores con poca cualificación (escasos estudios) y edades centrales (35-54 años) se encuentra atado a un empleo frágil y escasamente remunerado. Sus posibilidades de cambio de empresa o de nivel jerárquico dentro de la misma, y no digamos el pase a otro sector de actividad, son escasas. A ello se añade que su movilidad geográfica es reducida porque depende de la edad, de la situación familiar y de los recursos económicos. Por último, la estructura empresarial basada en un mar de pequeñas unidades y con escasa aplicación de los avances tecnológicos tiene como resultado una baja productividad que no

GRÁFICO 2.9. Tasa de empleo de los varones de 35 a 54 años de edad, españoles nacidos en España, en tres niveles educativos. 1976-2018



Elaboración: Luis Garrido Medina. Fuente: microdatos de la EPA, todos los trimestres desde el tercero de 1976 hasta el primero de 2018.

permite competir si no es sobre la base de bajos salarios, que son insuficientes para que los trabajadores puedan llegar sin estrecheces a fin de mes.

En conclusión, para los jóvenes la Gran Recesión significó el retraso en su incorporación laboral o la emigración fuera de España. En relación a la salida de jóvenes españoles (nativos y naturalizados) para trabajar en otros países, las cifras oficiales, extraídas de la Encuesta de Variaciones Residenciales (EVR) subestiman, al menos en un 30%, la realidad. Eso es lo que se deduce de las diferencias que se producen en algunos países entre las cifras producidas por el INE y las que se manejan en los institutos estadísticos del país receptor. Con todo y de acuerdo con esta fuente estadística, entre 2006 y 2017 abandonaron España 457 mil «personas» nacidas en España y de nacionalidad española. Más de la mitad —casi el 60%— de esas «salidas» fueron protagonizadas por personas entre los 20 y los 45 años.

Esa cifra es más significativa por las señales que emite que por la cantidad que reúne. Muchos de ellos han regresado y, quizás, han vuelto a emigrar. Hay evidencia anecdótica de esa repetición de la emigración por parte de la misma persona. Esa movilidad repetida desubica a las personas y ensucia la interpretación de las cifras. Lo significativo es el trasiego, la inseguridad que se desprende de ese continuo peregrinar en varias direcciones y la probable dilapidación de recursos educativos que producen riqueza en otros lares. Esa desubicación existencial también se traduce en un retraso en la consolidación de su situación laboral, al tiempo que repercute en sus pautas reproductivas, en la formación de la pareja, y, por fin, en la decisión de procrear. Para la generación de adultos jóvenes, la recesión ha quebrado no solo su movilidad social, sino que también ha alterado su ciclo vital. Por fin, para los adultos mayores les ha sumido en una angustia laboral una vez cumplidos los 50 y cuando ya contemplaban y experimentaban la dificultad de acompasarse y no digamos reinsertarse en la vida laboral.

La marca que deja la precariedad en el carácter

La contratación temporal no constituye, intrínsecamente, una maldad. No lo es cuando se aplica al desempeño en tareas temporales, ni cuando este tipo de vínculo laboral es voluntariamente elegido. Tampoco lo es cuando se acopla al ciclo de la vida. No es difícil suponer que, en principio, tanto en el caso del joven que se incorpora al mercado de trabajo como para el caso de las personas entradas en la edad tardía, el empleo temporal no tiene suficiente fuerza como para destruirles el carácter. El trabajo temporal cuando está justificado y no corta o retuerce el proyecto vital, es un bien necesario. Le sirve al joven para demostrar sus capacidades y socializarse en la disciplina laboral. Y al jubilado le ayuda a sentirse útil, a no cortar bruscamente su responsabilidad social, y también le sirve para distraer el tiempo, suavizar las ausencias y completar sus ingresos de jubilación.

La contratación temporal constituye también una herramienta que el empresario utiliza como prueba e incentivo. En efecto, si el trabajador recién incorporado no se esmera en el trabajo, se puede prescindir de él sin un coste excesivo. Pero si, por el contrario, el contratado laboral colma las expectativas del empleador, ese vínculo se puede convertir en un contrato indefinido. Es la perversión de ese instrumento lo que lo convierte en un factor de precariedad y de exclusión. Por ejemplo, cuando se prolonga en exceso o se usa en trabajos que no tienen una naturaleza temporal. El hecho es que desde mediados de los ochenta su uso se ha integrado en la cultura empresarial.

Pero, ¿cómo afecta a la autoestima y al estado de ánimo del trabajador esas formas precarias de vinculación laboral? Una primera aproximación dice que, como cabía esperar, el contrato fijo y a tiempo completo resulta más satisfactorio para la vida en general que el vínculo de carácter temporal y a tiempo parcial.

TABLA 2.15. Satisfacción en la vida y en el trabajo según la relación con el empleo

Media de satisfacción con la vida (escala 0-10)	
Población	7,14
Fijos	7,26
Temporales	6,89
Tiempo completo	7,16
Tiempo parcial	6,99
Media de satisfacción con el trabajo (escala 0-10)	
Media población	6,78
Fijos (continuos)	7,19
Temporales	5,78
Tiempo completo	6,92
Tiempo parcial	6,56

Fuente: Elaboración Martínez Pastor e Izquierdo a partir de encuesta 2975 del CIS. Encuesta Social General Española. Trabajo de campo entre 2012 y 2013.

Si nos ceñimos a la satisfacción en el trabajo (que no lo es todo a la hora de disfrutar de una vida buena), observamos que las diferencias se agrandan. La media de la satisfacción con el trabajo es superior entre aquellos que disfrutan de un trabajo fijo y con continuidad respecto de aquellos otros que laboran de forma temporal. Es claro que esa mayor diferencia expresa la disconformidad con ese tipo de empleo, o, dicho de otra forma, que se preferiría trabajar con continuidad. Se trata de un contrato temporal involuntario. Además, como cabía esperar, los trabajadores a jornada completa están más contentos que los que trabajan a tiempo parcial.

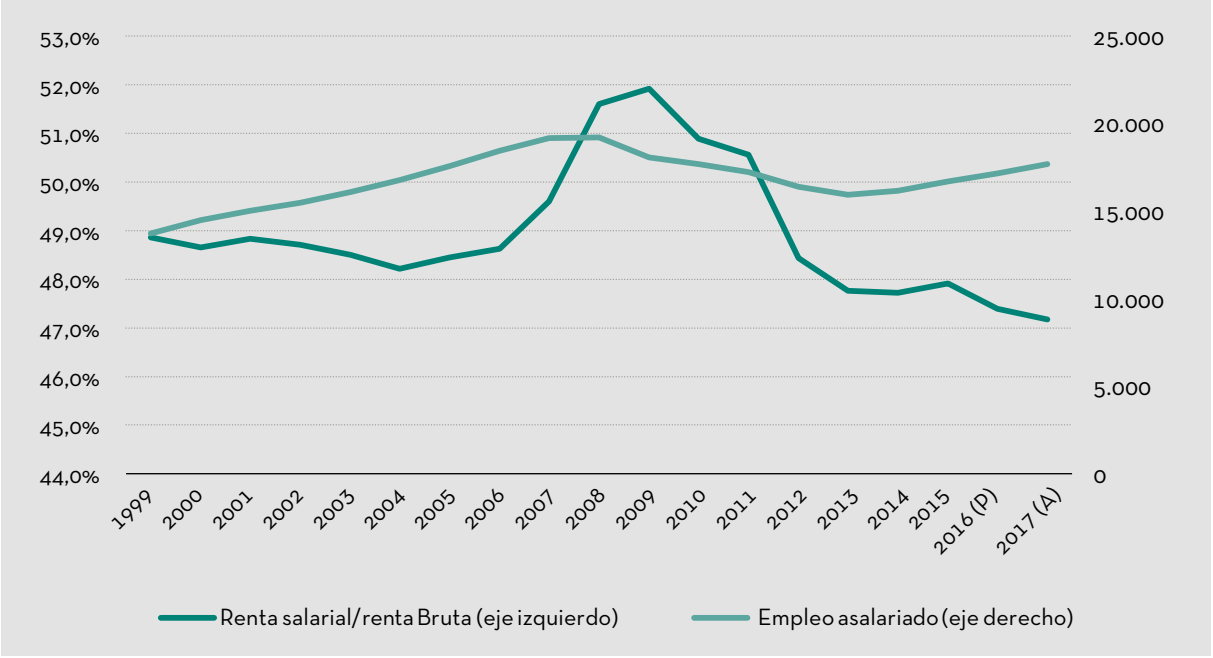
En otras palabras, el tipo de empleo temporal y las jornadas de trabajo a tiempo parcial están promoviendo una insatisfacción generalizada y una desmotivación en el ánimo del trabajador. Lógicamente la insatisfacción con ese tipo de contratos y de jornadas se deriva de que reducen los ingresos. La baja productividad se fundamenta, también, en el disgusto que produce la insuficiente remuneración asociada a esa cultura de la temporalidad que se ha instalado de forma duradera y amplia en el mercado de trabajo español.

Los salarios: pobreza laboral y desigualdad en España

La precariedad laboral anida en el tipo de empleo y en las formas contractuales (temporales, a tiempo parcial), pero la pobreza material se experimenta a través de los salarios. Pareciera que la cuantía del salario solo se debe a la productividad, y que esta va unida a la destreza y a la formación, en otras palabras, al oficio y a la instrucción reglada. La competencia en una tarea se percibe con la observación y se mide por los resultados. Hay, sin embargo, rasgos visibles del trabajador que influyen —por injusto que se pueda juzgar— en el salario, tales como la edad, el género o el aspecto exterior. De ello ya hemos hablado al referirnos al rostro joven, femenino y foráneo de la temporalidad y del trabajo involuntario a tiempo parcial. Lo mismo acontece cuando se trata de dinero.

Si en los hogares no entra más que un ingreso o si los varios retales salariales no permiten afrontar los gastos básicos y necesarios, como la luz y la calefacción, los alimentos y el vestido, la salud y la educación, entonces estamos en un hogar pobre. Lo que hemos visto en esta última Gran Recesión

GRÁFICO 2.10. Evolución de la renta salarial respecto a la renta total bruta (%) y empleo asalariado (en miles)



Fuente: Elaboración Banyuls y Recio (2019) a partir de los datos de la Contabilidad Nacional, INE.

es que durante las crisis los que han salido más perjudicados han sido los trabajadores de bajos salarios, mientras que en la recuperación los que están ganando más son las rentas empresariales. En otras palabras, la brecha entre los que más ganan y los que menos ingresan ha crecido.

Hablamos de pobreza laboral y de desigualdad porque la participación de los salarios en la renta nacional disminuyó en la fase expansiva, pero aún lo ha hecho más tras la recuperación del empleo en 2013. Esta es la tendencia de empobrecimiento y desigualdad laboral. Y, como enseguida veremos, no es que disminuya el número de personas que trabajan, lo que se reduce es su remuneración. El panorama se completa cuando se mide la brecha salarial entre los acomodados y los precarios. Esta herida afecta a la edad y a las formas de contratación. Es verdad que ambas van unidas. Los jóvenes presentan menores salarios y mayores tasas de temporalidad. Los acomodados de más edad (55 y más años) han aumentado su ventaja sobre los jóvenes (entre 25-34 años). Si al inicio de la crisis ganaban 1,29 veces más, en la recuperación su ventaja ha aumentado hasta 1,44 veces más. Otro tanto se produce cuando nos atenemos al contrato indefinido comparado con el temporal (1,44 frente a 1,58).

Otro indicador es el volumen de población en riesgo de pobreza o exclusión social. (Bajos ingresos —60% de la mediana del ingreso—; personas que viven en hogares con una intensidad de empleo muy baja —el 20% del total de su potencial de trabajo—; o personas que sufren privación material severa —4 de 9 ítems definidos—). En España la proporción de esta población ha aumentado, mientras que en la UE se ha mantenido. Y este incremento se produce entre las personas paradas (paro de larga duración y baja cuantía de las prestaciones por desempleo), pero también entre las personas ocupadas. La excepción la constituyen

TABLA 2.16. Población en riesgo de pobreza o exclusión social según estatus en el empleo (18 y más años) (%)

	Total		Ocupados		Parados		Pensionistas	
	EU-19	España	EU-19	España	EU-19	España	EU-19	España
2008	21,2	22,3	10,8	12,9	63,9	49,9	20,1	24,2
2009	21,0	23,3	10,9	13,6	63,7	51,6	19,2	22,0
2010	21,2	24,7	10,5	12,9	64,5	58,2	17,1	19,1
2011	22,2	25,6	11,3	12,8	65,3	60,1	17,9	19,1
2012	22,7	26,1	11,9	13,2	66,7	61,8	17,5	14,7
2013	22,6	26,3	11,8	13,0	66,8	63,3	16,6	13,7
2014	22,9	27,8	12,1	15,0	66,8	65,2	16,1	11,9
2015	22,6	27,4	11,9	15,6	66,6	64,1	16,1	12,5
2016	22,5	26,8	11,6	14,9	67,6	65,0	17,1	13,4

Fuente: Elaboración Banyuls y Recio (2019) a partir de EUROSTAT. EU-19 se refiere a los 19 países de la euro-área.

los pensionistas, que a lo largo de la recesión han pasado a estar menos expuestos a la pobreza y la exclusión social en España respecto de sus homónimos de la UE-19.

El otro indicador son **los trabajadores pobres** (personas con empleo, pero con ingresos que se sitúan por debajo del 60% de la renta mediana del país). La existencia de estos trabajadores pobres, con un salario que no les permite llegar a fin de mes, se explica por tres motivos: la falta de cualificaciones, la falta de movilidad geográfica y un tejido empresarial de baja productividad. La situación en España es peor que en otros países europeos de nuestro entorno, y aún empeora más a partir de 2014, por esa particular manera de salir de la crisis mediante la creación de empleo de bajos salarios. La sociedad del descenso ha sido nuestra particular manera de salir de la crisis. Hemos asomado la cabeza, pero no el cuerpo.

En resumen, todos los datos presentados apuntan a que, en el conjunto de la UE, España ha sido uno de los países en los que más ha aumentado la pobreza y la desigualdad laboral. Se explica por la confluencia de dos elementos: la cuantiosa destrucción de empleo durante la gran recesión y por las políticas aplicadas, en particular las reformas laborales de 2010 y 2012. Ambas han modificado el modelo de relaciones laborales y la estructura de la negociación colectiva. La recuperación desde 2013 reduce el paro, pero deja intactas la desigualdad y las precarias condiciones de empleo.

Los trabajadores pobres: salario bajo y mínimo

En las empresas españolas tiene mucha importancia la modalidad de contratación «flexible» (contrato temporal y a tiempo parcial). Ese tipo de contratación se ha concentrado (tradicionalmente) en la agricultura, la construcción y servicios de hostelería. Es decir, en dos de los tres sectores en los que descansa la estructura productiva española predomina la cultura de la temporalidad. A ellos se añade la reducción de plantillas en el sector financiero y también la precariedad contractual y salarial en la sanidad, la educación y, en su conjunto, en las nuevas contrataciones del sector público.

En las crisis ese empleo es el que primero se destruye (sobre todo en la construcción). La nota diferencial es que desde 2013 con la «recuperación» el empleo con contrato temporal aumenta

en todos los sectores y los despidos se suceden al tiempo que arrecian las ganancias en el sector financiero. Esa extensión es debida a las prácticas de gestión laboral, y constata que la salida de la crisis se hace deteriorando las condiciones de empleo.

Jornadas de trabajo reducidas dan lugar a menores ingresos salariales. Las ganancias de los trabajadores con contratos a tiempo parcial han perdido peso durante la recesión y no lo han recuperado en la fase de crecimiento macroeconómico. Además, los empleos a tiempo parcial son más frecuentes en sectores de bajos salarios, lo que contribuye a generar ingresos globales muy pequeños. El empleo a tiempo parcial tiene consecuencias directas sobre las contribuciones sociales, y, por tanto, las personas con empleo a tiempo parcial que acaban en el desempleo o llegan a la jubilación en circunstancias familiares desfavorables van a experimentar una notable caída de ingresos post-laborales. Serán jubilados pobres.

En una sociedad que se rebaja socialmente para salir de las crisis parece razonable poner un suelo salarial. Si no es así, el descenso a los infiernos estará garantizado. No habrá sociedad, ni desde luego convivencia libre y segura, sin un mínimo de cohesión y de igualdad. Ese estándar mínimo no es fijo, pero se fundamenta en la satisfacción de las necesidades básicas que se señalan en el artículo 35 de la Constitución. El precio, el valor y el acuerdo sobre cuáles son esas necesidades fundamentales no es, sin embargo, sencillo de precisar.

En todo caso, la fijación de un salario mínimo es un buen principio. La carta social europea lo fija en el 60% del salario medio. En España el SMI se sitúa veinte puntos por debajo y solo alcanza al 40% del ingreso medio.

El aspecto importante del Salario Mínimo en la actualidad es que este se ha convertido en un instrumento clave en la lucha contra la pobreza y la desigualdad. Ante el deterioro progresivo de la negociación colectiva y la dificultad de control de las condiciones de empleo por parte de los sindicatos, la existencia de un salario mínimo establece un suelo de carácter general para todas las personas ocupadas. En el caso de España el bajo nivel al cual se sitúa no permite hablar de que sea un instrumento efectivo de lucha contra la pobreza, pero no por ello hay que minusvalorarlo de cara al futuro.

TABLA 2.17. Ganancia media anual (en €) según tipo de contrato a tiempo completo o parcial. 2008 -2016

	Total	Tiempo completo	Tiempo parcial	% TP Sobre total	% TP sobre TC
2008	21.883,42	24.052,81	10.198,75	46,6	42,4
2009	22.511,47	25.057,11	10.307,13	45,8	41,1
2010	22.790,20	25.944,66	10.379,31	45,5	40,0
2011	22.899,35	25.970,86	10.442,90	45,6	40,2
2012	22.726,44	26.095,51	10.321,63	45,4	39,6
2013	22.697,86	26.345,72	10.056,10	44,3	38,2
2014	22.858,17	26.965,35	9.794,79	42,9	36,3
2015	23.106,30	27.039,01	10.065,18	43,6	37,2
2016	23.156,34	26.870,45	10.254,44	44,3	38,2

Fuente: Elaboración Banyuls y Recio (2019) a partir de Encuesta de Estructura Salarial, INE.

2.3.4.3. Algunos apuntes sobre mujer y mercado de trabajo

Aquellas muchachas jóvenes...
Dos mundos paralelos

Las mujeres procrean, las familias socializan y las escuelas amueblan las cabezas y preparan las habilidades. Después de este tiempo de preparación, la empresa capitalista recibe una multitud de manos y cerebros sin coste alguno. Esos desembolsos han sido cubiertos desde fuera de su ámbito de acción. Los grupos primarios, los establecimientos educativos y las instituciones comunes a todos han formado a los candidatos que van a emplear sus cualidades y energías en los puestos de trabajo.

Aquellas muchachas jóvenes —con las que iniciábamos nuestro análisis de la desigualdad—, y que caminaban temprano a su trabajo los fines de semana o los días feriados, experimentan la tensión entre el calendario de la reproducción y el horario de las empresas. Saben, de primera mano, que la mujer no puede caminar en la vida laboral y a la vez hacerse cargo de los cuidados que implica la crianza de un hijo. Y no digamos si pretende asegurar su posición en el mundo del trabajo. Ascender laboralmente con más de un hijo a cuestas es impensable, y supone un esfuerzo titánico. La vida reproductiva requiere tiempo y espacio. Criar un hijo, en estos tiempos convulsos, requiere un entorno tranquilo, seguro y cooperativo. Y ni el mercado proporciona sosiego, ni el Estado ofrece garantías, ni la pareja se asocia. Por eso, la fecundidad ha sido derrotada, y se ha rendido ante el trabajo precario. En una sociedad desvinculada el ritmo de la vida laboral y el tiempo de la fecundidad se desentienden.

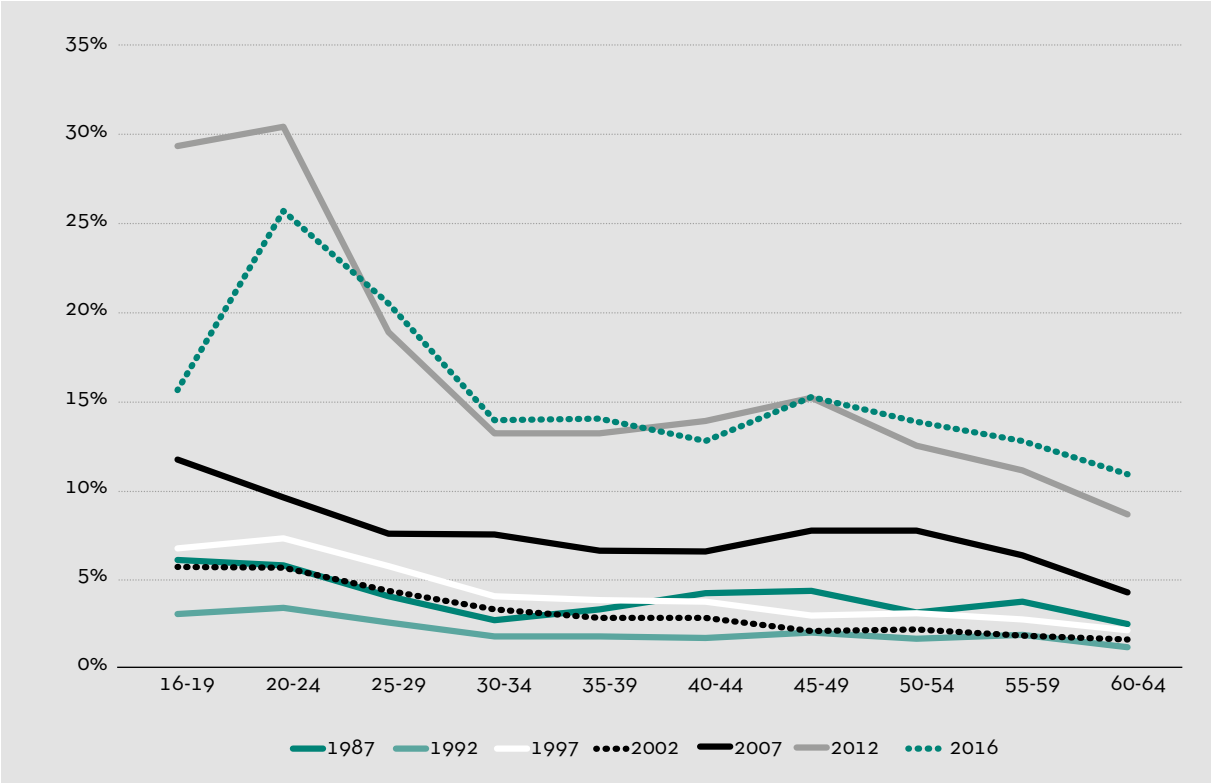
Las mujeres de nuestra observación se inscriben en el mercado de trabajo a través de tres fórmulas. Por un lado, son trabajadores potenciales que están en la reserva, o bien se las destina para hacer trabajos específicos, y, por último, se acude a ellas para cubrir faltas y huecos. En otras palabras, constituyen una masa de suplentes a los que se llama porque se les paga menos, se les recluye en determinadas tareas y en horarios intempestivos. Constituyen un modelo de precariedad laboral, como los inmigrantes, pues se hallan dispuestas para ocupar los empleos a tiempo parcial, ser contratadas por meses o días y trabajar por menos salario.

En suma, el mercado de trabajo no es democrático en el acceso, ni en el desempeño, ni tampoco en el resultado. Las personas que trabajan han sido condicionadas por un conjunto de estructuras e instituciones sociales que influyen en su educación, imagen, acreditación social y redes de influencia. En el caso de las mujeres a esos factores se suma una costra cultural que se expresa a través de una persistente y poderosa estratificación social que frena su plena incorporación al mundo laboral, y, sobre todo, su ascenso en la jerarquía ocupacional. Se trata de un modo de organizar el anclaje de la mitad de la población en una situación de inferioridad en el mundo asalariado, pero también de legitimar la discriminación en el mando y la desigualdad de oportunidades. Esa mentalidad que minimiza y devalúa su aportación económica y social es la que carga a las mujeres con el grueso de los costes de la actividad reproductiva.

El mercado se construye con esa combinación de políticas empresariales y de procesos sociales que generan diversidad y desigualdad. Todo lo cual desemboca en la segmentación laboral. Los peores empleos son ocupados por las personas socialmente vulnerables por razones de género, etnia, acreditaciones educativas y, al mismo tiempo, se asocian esas características personales a la mayor o menor productividad. Repasemos siquiera sea con brevedad, tres indicadores de precariedad (temporalidad, jornada a tiempo parcial involuntaria y brecha salarial) que afectan a las mujeres en mayor grado que a los hombres.

Empecemos por las tasas de temporalidad de las mujeres, que son más altas que las de los hombres

GRÁFICO 2.11. Tasa de empleo a tiempo parcial involuntario por edades (mujeres). 1987-2016



Fuente: Elaboración Martínez Pastor (2019) a partir de microdatos de la EPA. Todos los trimestres de los años seleccionados entre el segundo de 1987 y el cuarto de 2016.

a lo largo de los últimos treinta años. En este gráfico, elaborado por Martínez Pastor, se ve que la diferencia es mayor cuando la economía crece y que la distancia se acorta durante la recesión, que es cuando tanto el empleo como la contratación temporal se retraen. La crisis ha reducido en doce puntos la tasa de temporalidad de las mujeres. Desde valores superiores al 36% antes de la crisis hasta valores próximos al 24% en 2013 y, por otra parte, la recuperación no se traduce en un aumento significativo de la tasa de temporalidad en ninguno de los dos géneros.

Las mujeres sobresalen en los trabajos a tiempo parcial. Y no destacan porque la jornada reducida sea de su preferencia, sino porque no les queda otro remedio. De hecho, seis de cada diez mujeres españolas que se ocupan a jornada parcial preferirían estar empleadas a tiempo completo. La tasa de empleo femenino a tiempo parcial no deseada triplica a la de los hombres. Esta brecha es aún más grave porque este tipo de empleo tiene un peso importante a lo largo de toda su vida laboral. Por ejemplo, en edades claves para consolidar la posición laboral, como es el tramo de edad que va desde los 35 a los 39 años, esta tasa de temporalidad involuntaria alcanza al 5% de los hombres frente al 15% de las mujeres.

De modo que el empleo a tiempo parcial es un problema por su intensidad, pero lo es sobre todo debido a su carácter impositivo y a su prolongación o continuidad a lo largo del tiempo. Esta permanencia es la que subyace en la brecha de género. Se comprende fácilmente que este tipo de empleo se traduce en menores salarios y obstaculiza la movilidad ascendente de las mujeres en las empresas.

TABLA 2.18. Ganancia media anual por trabajador/a (en €) y brecha salarial. (%) 2008-2016

Año	Ganancia media anual total	Ganancia media anual mujeres	Ganancia media anual hombres	Brecha salarial
2008	21.883,42	18.910,62	24.203,33	21,9
2009	22.511,47	19.502,02	25.001,05	22
2010	22.790,20	19.735,22	25.479,74	22,5
2011	22.899,35	19.767,59	25.667,89	23
2012	22.726,44	19.537,33	25.682,05	23,9
2013	22.697,86	19.514,58	25.675,17	24
2014	22.858,17	19.744,82	25.727,24	23,3
2015	23.106,30	20.051,58	25.992,76	22,9
2016	23.156,34	20.131,41	25.924,43	22,3

Brecha salarial=(ganancia media hombres-ganancia media mujeres)/ganancia media hombres.

Fuente: Elaboración Banyuls y Recio (2019) a partir de la Encuesta de Estructura Salarial, INE.

Conviene remarcar el hecho de que muchas mujeres que trabajan voluntariamente con este tipo de contratos a tiempo parcial lo hacen porque están cuidando de enfermos o de personas mayores y dependientes. Se trata, pues, de una voluntariedad obligada por las circunstancias familiares y por una falta de protección social a estos colectivos, que perjudica claramente a las mujeres. Así es, el 28% de las mujeres que trabajan a tiempo parcial sin querer hacerlo a tiempo completo lo hace porque cuidan de enfermos, presumiblemente familiares de edad avanzada en la mayoría de los casos. La proporción entre los varones es solo del 4%.

El último paso en este recorrido por la precariedad laboral de la mujer y la brecha de género es la desigualdad de salario entre hombres y mujeres. La «brecha salarial» de género es la que mide la diferencia entre el ingreso medio de hombres y mujeres. En la tabla 2.17 se comprueba tanto su intensidad, en torno a un 22-23%, como su permanencia a lo largo del tiempo.

Al final de este recorrido llegamos a la conclusión de que la brecha salarial de género es una medida sintética que refleja la acumulación de precariedades. Desde la posición que en la jerarquía laboral ocupan las mujeres y la remuneración que predomina en ese sector de actividad, hasta la mayor o menor duración de la jornada, la forma de contratación, el tipo de empleo y el poder colectivo para negociar un aumento salarial.

Cabe, sin embargo, otra interpretación de la brecha salarial. La de aquellos que ven la sociedad como la suma de las aportaciones individuales. Según este enfoque, la brecha de género no expresa una camisa de fuerza social, sino la menor aportación económica de las mujeres. El papel de las instituciones y de la estratificación social es algo secundario respecto del esfuerzo personal. En definitiva, para los partidarios de esta manera de concebir el orden social no hay desigualdad existencial, solo diferencias en la remuneración según sea la productividad de cada cual.

2.3.5. Inmigrantes y extranjeros: la desinformación interesada

La desvinculación social es un programa íntimamente asociado a la cultura de las élites de nuestro tiempo. La corrosión de la cohesión social y la quiebra de los lazos comunitarios forman parte de ese programa. Un programa enunciado, en su

momento, por M. Thatcher, y, según el cual, la política económica es un instrumento para destruir el vínculo social entre los seres humanos. La destrucción de los lazos sociales pretende ocultar el hecho de que el ombligo de cada uno de nosotros es una marca física que delata nuestra interdependencia social. Nacemos dependientes de otros, y sin ellos no llegamos a constituirnos como individuos. Sin la ayuda de otros, no somos nadie. Sin los demás no hay persona socializada.

La inmigración, la inyección de población nacida en otros países, es una variable fundamental para encarar el declive demográfico de los países europeos, y, en general, de las sociedades tercio-industrializadas. Como sustentador demográfico, la inmigración foránea constituye un hecho estructural en dos sentidos: su aporte perdurable a la dinámica vital, y su impacto en la estratificación social. Es decir, la inmigración va a ejercer de continuo el papel de alimento que sostiene la evolución de la población, pero también va a trastocar la jerarquía de clases en la sociedad receptora. Así, los inmigrantes suman habitantes a la población española y, a la vez, rellenan la parte inferior de la pirámide social. Tienen un papel protagonista en la estructura reproductiva de la población, pero también en el aumento de la exclusión social.

Como se ha mencionado desde la introducción, la inmigración es uno de los dos factores más influyentes en el aumento de la población que trabaja, y, en particular, de los trabajadores precarios. Es decir, se trata de una mano de obra que se ve particularmente expuesta al desempleo y a la temporalidad. Esto es así tanto en los tiempos de crecimiento económico como en los períodos de recesión. Según Martínez Pastor (2019), «en 2007, el año de mayor bonanza, el 43% de los nacidos en el extranjero padecía una situación de precariedad, tal y como la hemos definido, frente al 23% de los españoles. En 2012, un año de profunda crisis, la precariedad alcanzaba a nada menos que al 62% de los nacidos en el extranjero, por el 38% de los españoles nacidos en España». En 2016, con la economía en recuperación, la proporción de trabajadores precarios vuelve a situarse al nivel previo a la Gran Recesión, es decir, la proporción de laborales precarios entre los extranjeros prácticamente duplica a la de los españoles. En síntesis, el peso de la precariedad entre los efectivos extranjeros es muy superior, en cualquier fase del ciclo económico, al que cargan sobre los hombros la mano de obra española.

La fuerza de trabajo extranjera es heterogénea. Su amplia diversidad se debe a las características poblacionales (la edad y el sexo); a sus aptitudes sociolaborales (formación, experiencia laboral); o a sus actitudes culturales (religión, idioma). A esa diversidad se añade el distinto tratamiento jurídico que se dispensa al país de procedencia según cuáles hayan sido las vinculaciones históricas con el país receptor. A este respecto, la adquisición de la nacionalidad por parte de los inmigrantes, tanto si se trata de la nacionalización como del reconocimiento de la doble nacionalidad, repercute en su mayor o menor vulnerabilidad laboral. Es tanto una cuestión de preferencia nacional y cultural como de experiencia laboral y de antigüedad de residencia. De modo que el dominio del idioma y la aceptación y adaptación a las normas, costumbres y creencias pesa a la hora de la contratación y del despido. Las facilidades para la naturalización, es decir, la concesión de la nacionalidad española, habilita para el ejercicio más pleno de los derechos políticos, aunque no sea un indicador fiable de integración en las tradiciones y costumbres. El hecho es que esa nacionalización repercute en su dinámica laboral y, por tanto, en el grado de precariedad.

La recesión ha golpeado en mayor medida y con más fuerza a los extranjeros que a los españoles. Hasta ahí, nada nuevo para el ciudadano informado, pero es un dato que se niega a aceptar el ciudadano español asustado. El miedo y la inseguridad en uno mismo se dan cita en esta negación de la

evidencia. Los datos aportados por Mahía (2018) confirman que la caída de ocupación durante la crisis es de menor profundidad para los españoles, mientras que el hundimiento ha sido más profundo para los extranjeros.

En esta evolución divergente de la ocupación los ciudadanos inmigrantes con doble nacionalidad se han colocado en una situación intermedia. Es decir, han sufrido un golpe menor que el experimentado por los plenamente extranjeros, aunque hayan perdido más ocupación que los nativos españoles. Una vez llegados a este punto cabe hacer una constatación importante, y es la siguiente: cuando ya han pasado 4 años desde la «recuperación» de la economía (en 2018), aún no se han recuperado los niveles de ocupación que se registraron antes de la crisis. En otras palabras, la recuperación es insuficiente para todos —españoles nativos, españoles naturalizados y extranjeros— y se queda por debajo en los niveles de empleo previos a la crisis. O, dicho de otra forma, esta recesión nos ha empequeñecido a todos. Estamos deprimidos laboralmente y menguados en nuestros derechos, y, por lo tanto, en nuestras capacidades.

«Si no hay para nosotros, a qué vienen». Esta frase, referida a la llegada de inmigrantes a nuestro país, es más honda que la acusación de que «nos roban el trabajo». Adquiere un mayor calado social porque brota de la necesidad y en ella subyace la experiencia de una vida construida en medio de carencias. Es una idea que expresa una vida de sudor y de penurias. Una frase que se escucha en barrios humildes, con presencia de inmigrantes. Una frase que denota cierto grado de exclusión laboral. La otra expresión, la que señala al inmigrante como un ladrón del empleo, es más ideológica, porque expresa la concepción de que el empleo es una propiedad y no un derecho. Refleja más la idea de echarlo para sustituirlo que la preocupación por la concurrencia en los empleos. Estamos en un tiempo en el que el trabajo nos parece un privilegio y no estamos dispuestos a dejar de ser propietarios de ese bien de primera necesidad.

Los datos estadísticos que nos presenta Mahía (2018) retratan fehacientemente la desigualdad. En ellos se compara a los españoles con los extranjeros antes (2008) y en el final (2014), o nada más salir de ella. Y cuando ya habían transcurrido tres años después de la misma (2017). Algunas de las diferencias son sangrantes y reflejan la vulnerabilidad y la enorme precariedad en la que viven los extranjeros que trabajan en España.

La precariedad y la vulnerabilidad legal ya eran las reglas por las que se regía la vida laboral de los trabajadores extranjeros antes de la crisis. Casi la mitad de ellos (46%) tenían un empleo a tiempo parcial porque no se les brindaba otra posibilidad. Era su única opción. También duplicaban a los españoles en la proporción de contratos temporales (27 frente al 53%), pero, sobre todo, uno de cada cinco contratos temporales lo eran de palabra. Se trataba de una contratación verbal, sin papel que la acreditase, es decir, sin ningún compromiso del empresario por escrito. Una imposición que traduce la subordinación del afectado respecto del que lo contrata.

El peso del subempleo era abrumador entre los extranjeros y triplicaba al de los españoles. El subempleo se concreta en menos horas, en el desempeño de tareas no cualificadas y en la amplitud de la descualificación (universitarios en ocupaciones no cualificadas y con contratos temporales). Todo eso antes de la Gran Recesión, cuando la economía crecía y el empleo también. Cuando vivíamos sin frenos de emergencia.

Después de la crisis algunos de estos indicadores se habían disparado para todos, españoles y extranjeros, pero más aún para los foráneos. Otros, como el peso de la contratación temporal y de palabra, se habían reducido. Eso se explica porque la recesión recayó principalmente en los más

TABLA 2.19. Indicadores de calidad de empleo. Diferencias por nacionalidad. Comparación temporal

	Inicio crisis		Final crisis		Situación actual	
Calidad ocupación	Españoles	Extranjeros	Españoles	Extranjeros	Españoles	Extranjeros
Empleo a tiempo parcial	11%	15%	15%	24%	14%	20%
De los cuales «como única opción»	28%	46%	60%	74%	55%	66%
% Contratos temporales	27%	53%	23%	37%	25%	41%
Duración del contrato temporal (meses)	6	4,5	6,9	6,6	7,1	6,1
Contrato «verbal» (entre los temporales)	5%	20%	4%	13%	2%	7%
Horas extra semanales (totales)	4,3	4,5	4,3	5,1	4,3	5,3
Subempleo (EPA-insuficiencia horas)	3%	12%	5%	11%	4%	9%
Subempleo (%Ocupados)	7%	22%	14%	24%	10%	19%
Subempleo (% Tiempo parcial)	30%	55%	56%	68%	48%	60%
% Ocupados tareas NO cualificadas	11%	34%	10%	31%	10%	32%
% Ocupados educación superior o más alta	35%	47%	36%	50%	41%	47%
de ellos, en ocupaciones no cualificadas	4%	29%	4%	24%	4%	25%
de ellos, en contratos temporales	23%	49%	20%	34%	22%	31%
Tareas que requieren gran esfuerzo físico (ECV)					4,5%	8,8%

Fuente: Mahía (2018).

vulnerables y desfavorecidos. Los primeros en ser despedidos fueron los trabajadores con contratos temporales y verbales. Pero el subempleo en todos sus rasgos y la descualificación de los extranjeros con título superior registraron una mayor intensidad. Podríamos concluir que la crisis segó la hierba bajo los pies de los extranjeros con menos recursos educativos que ocupaban los trabajos menos cualificados y en régimen de subempleo a tiempo parcial. De modo que la crisis ha tenido tanto un efecto malthusiano (en el crecimiento) como darwiniano (en la selección de los más aptos) entre la población foránea.

La situación de los trabajadores extranjeros en la actualidad es mejor, en términos generales, que la que tenían nada más salir de la crisis, pero no ha mejorado respecto de la que disfrutaban antes de la misma. La calidad del empleo, en su conjunto, se ha rebajado. Hay menos empleo verbal que antes de la crisis, pero más contratación temporal «obligada». Menos vulnerabilidad legal, pero más precariedad social.

En este escenario de precariedad laboral no puede sorprender que la pobreza y la exclusión social golpeen con inusitada fuerza a los extranjeros extracomunitarios. Su nivel de renta media es prácticamente el mismo que antes de la crisis (6.434 euros) y un 46% inferior a la renta media de los españoles (11.972 euros). La tasa de riesgo de pobreza de los extranjeros no UE supera a la que se

TABLA 2.20. Indicadores de renta y pobreza. Diferencias por nacionalidad. Comparación temporal

	Inicio crisis (ECV 2008)		Final crisis (ECV 2014)		Situación actual (ECV 2017)	
RENTA	Españoles	Extranjeros	Españoles	Extranjeros	Españoles	Extranjeros
Renta media por persona	11.779 €	8.093 €	11.301 €	7.694 €	11.972 €	9.150 €
(Extranjeros no UE)		6.268 €		5.720 €		6.434 €
% Diferencia renta extranjeros-nativos		-31%		-32%		-24%
		-47%		-49%		-46%
Cambio renta respecto a 2008			-4,1%	-4,9%	1,6%	13,1%
(Extranjeros no UE)				-8,7%		2,6%
POBREZA						
Indicadores relativos						
%Bajo primera decila renta nacional	7%	26%	8%	17%	8%	24%
(Extranjeros no UE)		27%		32%		25%
Tasa de riesgo de pobreza	16%	42%	18%	36%	18%	39%
(Extranjeros no UE)		44%		55%		52%
Pobreza/Exclusión social (Tasa AROPE)	19%	43%	26%	45%	23%	41%
Indicadores de carencia material		53%		63%		59%
Sin vacaciones ni una semana al año	34%	36%	45%	51%	34%	32%
(Extranjeros no UE)		58%		66%		48%
Casa sin temperatura adecuada	5%	6%	10%	15%	7%	10%
(Extranjeros no UE)		19%		26%		19%
No pueden afrontar gastos imprevistos	26%	39%	40%	64%	34%	51%
(Extranjeros no UE)		60%		72%		66%
Retrasos pago vivienda principal	5%	10%	9%	27%	7%	16%
(Extranjeros no UE)		21%		29%		23%

Fuente: Mahía (2018).

registraba antes de la crisis (52% frente al 44%), y la tasa AROPE —supera el 40%— apenas ha variado en los últimos 10 años. Los principales indicadores de carencia material, como son, retrasos en el pago de la vivienda, no poder afrontar gastos imprevistos, y, sobre todo, vivir en situación de pobreza energética, es decir, habitar en una casa sin la temperatura adecuada, aunque muestren valores inferiores a los registrados en 2014 aún superan los valores previos a la crisis. La recuperación de la dura recesión que asoló el mercado de trabajo español aún no ha llegado a los extranjeros no comunitarios. La pobreza material se ha intensificado.

Como ya se ha subrayado antes, uno de los principales elementos de discriminación política, social y cultural es la nacionalidad. La población

TABLA 2.21. Ganancia media anual por trabajador/a (en €) según nacionalidad en España desde 2008 a 2016, en valor absoluto y porcentaje respecto a los trabajadores/as de nacionalidad española

	Todas las nacionalidades	Española	País de la UE sin España	País del resto de Europa (*)	De África	De América
2008	21.883,42	22.485,64	16.823,08	14.330,03	14.744,91	13.962,05
2009	22.511,47	23.018,58	17.235,14	-14.137,08	15.564,90	14.157,81
2010	22.790,20	23.335,39	18.637,20	16.400,42	15.387,37	14.884,49
2011	22.899,35	23.429,41	17.892,58	16.518,28	15.721,63	14.894,07
2012	22.726,44	23.232,42	17.442,58	-14.482,50	14.938,38	14.605,57
2013	22.697,86	23.181,18	17.987,83	-14.994,68	14.463,26	14.234,62
2014	22.858,17	23.237,94	20.327,35	-15.147,39	14.870,39	15.033,24
2015	23.106,30	23.543,48	19.145,87	15.367,60	14.756,32	14.649,90
2016	23.156,34	23.605,82	18.870,52	15.948,73	14.083,08	14.796,17
Ganancia media anual por trabajador/a según nacionalidad en porcentaje respecto a la ganancia media de la población española						
2008	97,3	100	74,8	63,7	65,6	62,1
2009	97,8	100	74,9	-61,4	67,6	61,5
2010	97,7	100	79,9	70,3	65,9	63,8
2011	97,7	100	76,4	70,5	67,1	63,6
2012	97,8	100	75,1	-62,3	64,3	62,9
2013	97,9	100	77,6	-64,7	62,4	61,4
2014	98,4	100	87,5	-65,2	64	64,7
2015	98,1	100	81,3	65,3	62,7	62,2
2016	98,1	100	79,9	67,6	59,7	62,7

(*) Cuando la casilla está marcada con un signo '-' antes del dato indica que el número de observaciones muestrales está comprendido entre 100 y 500, por lo que la cifra está sujeta a gran variabilidad.

Fuente: Elaboración Banyuls y Recio (2019) a partir de la Encuesta de Estructura Salarial, INE.

inmigrante está sujeta a condiciones institucionales que, más allá de sus cualificaciones reales, les condenan a aceptar los empleos peor pagados. Los economistas Banyuls y Recio han calculado lo que llaman una «brecha salarial de origen nacional» y el resultado es muy significativo. Especialmente para la población procedente de Latinoamérica y África. Estos dos grupos no solo experimentan una diferencia salarial brutal (entre un tercio y un 40%) inferior a la remuneración de la población española, sino que, además, su situación no ha mejorado en los últimos años. Los bajos salarios son, en su caso, una constante.

En definitiva, los inmigrantes son iguales a nosotros. Personas. Unos son hombres y otras mujeres, también hay niños y adultos. Seres humanos incluidos en la misma especie. No obstante, y a simple vista, los inmigrantes son, entre ellos, heterogéneos. Proceden de distintos países, hablan diferentes idiomas, tienen tradiciones y ponen en práctica costumbres diversas. Se distinguen hasta por el color de su piel y su aspecto. Hasta ahí, hay acuerdo. Y nosotros, constituidos en sociedad española, les convertimos en desiguales. No les tratamos como a uno de los nuestros. Les imponemos una ley, que no es igual a la nuestra. Les con-

sideramos como el «otro», el extraño, el enemigo. ¿Somos todos *sapiens*?

CODA FINAL: la inmigración entre el rechazo y la necesidad

La inmigración se rechaza, pero se necesita. Habrá que abrir este candado que cierra las mentes a la empatía y a la comunidad. Es noticia diaria que una parte significativa de la población europea no quiere recibir más inmigración. Se subraya, hoy, que ese rechazo se apoya en motivos culturales. Y, sin embargo, también se enfatiza desde la cotidianidad que se necesitan inmigrantes por razones reproductivas, es decir, del desequilibrio de la población, y no solo productivas, es decir, del crecimiento económico. También por motivos «bienestaristas» como es el mantenimiento de las pensiones.

Las razones culturales, en un sentido no inmediato, se refieren al modo de vida, al bienestar del que se disfruta. Esta acepción de la cultura no es la que primero acude a la mente. Cuando se habla de cultura (término multifacético donde los haya) en lo que se piensa, de modo intuitivo, es en la religión o en la tradición, o, dicho de otro modo, en las formas de expresar la esperanza en una vida mejor y en las costumbres. En clave cotidiana el rechazo cultural a los extranjeros (a su religión y a sus costumbres) se alimenta del miedo a la diferencia y de la fragilidad en los valores. Lo cierto es, sin embargo, que estos temores beben en la realidad del aumento de la desigualdad económica y de la perdida de cohesión sociocultural.

Lo que acude a nuestra mente cuando se habla de conflicto cultural es el rechazo que produce el contraste de creencias y, quizás, el desasosiego de la inseguridad cotidiana. El conflicto de religiones lo que esconde, en realidad, es una debilidad de principios y criterios por parte de la población autóctona. Los habitantes del mundo rico tenemos que repartir nuestra fe entre tantos dioses mundanos que a las deidades del más allá solo les damos un pequeño margen de confianza. Por otra parte, el hurto y la violencia en las calles son fruto de la marginación social y laboral, no de las diferencias de credo, ni de las costumbres y tradiciones. Los jóvenes marginados abundan en todos los credos, aunque sin duda más entre los que provienen de minorías estigmatizadas. Sean negros o musulmanes. El hurto y el trapicheo lo impone el consumismo imitativo de las minorías privilegiadas.

A la desconfianza cultural se opone, por ahora, la necesidad vital. Necesitamos tiempo para cuidarnos unos a otros, pero el sistema capitalista de producción nos lo expropia. La inmigración es necesaria porque la mercantilización de las tareas de ayuda, cooperación y cuidados no puede ser desarrollada por la población nativa acomodada. Pero también contribuye a reponer la fuerza de trabajo ocupada en las tareas más ingratas y duras, como la recogida de basuras o el reparto a domicilio, la limpieza de oficinas y la seguridad en las obras y edificios.

Sin embargo, la necesidad más vital es la de dar continuidad a la vida; en otras palabras, la reproducción de la población. Las pautas de fecundidad de las poblaciones nativas están obstruidas por las realidades y por la frustración de las expectativas. La realidad del mercado laboral y del de la vivienda son los frenos que no permiten procrear según los deseos y el empuje de la edad. No se cumplen las actitudes y expectativas de independencia ni se habilitan oportunidades de movilidad social ascendente. No tenemos los hijos deseados porque esperamos a tener más que ofrecerles, y ese plus nunca llega o no lo hace a tiempo. No tenemos los hijos queridos porque vivimos en la inseguridad del presente y en el constante alejamiento de un futuro mejor. Habitamos en una falsa consciencia que se da de bruces con la terca y persistente realidad.

2.4. Los mimbres político-culturales de la democracia española

2.4.1. Cultura democrática y exclusión social

Sobre la cultura política de los españoles en la salida de la recesión (2014-2018)

Que la democracia es un proceso —y no un sistema político cristalizado e inamovible— es hoy, para todo ciudadano que no cierre los ojos, un hecho evidente. Los retrocesos en alguna de sus condiciones básicas, tales como la libertad de expresión, o el sufragio inclusivo, unido a las dinámicas de desgaste, cuando no de derribo, que se instalan en países con democracias asentadas —desde Brasil hasta Italia, desde España hasta Venezuela, desde USA hasta Rusia, desde Austria hasta Hungría— no pasan desapercibidas. Esta evolución augura la entrada en una etapa de resistencia a su vaciado. Sin embargo, no cabe descartar que se produzca, en algunos países, un decidido impulso por parte de la ciudadanía más capaz y responsable hacia la profundización de la misma. En España se ensayaron algunos de estos procesos durante el 15M a raíz del retraimiento del gasto público y la precariedad laboral.

Y es que la democracia que se limita a los procedimientos está en crisis. Las formas son muy importantes, pero en una sociedad tan desigual y diversa hacen aguas. Necesitan el pegamento de la cohesión social y la codecisión en todos los ámbitos institucionales. En el actual escenario de dominio de la ideología «neoliberal», las políticas laborales, por poner un ejemplo, castigan principalmente a los más vulnerables, pero también a las clases medias. Y la democracia económica y social que le da un calado cohesivo a la democracia política está en franca retirada. Las relaciones laborales se dictan desde arriba, pero no se acuerdan en los centros de trabajo. Los convenios se debilitan y las decisiones en las empresas se externalizan. La democracia no redistribuye el poder ni la riqueza.

En la otra cara de la democracia, la de la socialización, la de la empatía y el reconocimiento de la diversidad cultural, tampoco se profundiza. Se suceden los ataques a la libertad de expresión y se monopoliza la información al tiempo que se estigmatiza todo ejercicio de la democracia que no se limite a los canales representativos. Esta concepción estrictamente procedimental de la democracia lleva a limitar el ejercicio de la libertad de manifestación. Concentrarse delante de un parlamento se considera equiparable a la violencia callejera. Socorrer a los inmigrantes en el mar se examina como un ataque a la soberanía. En definitiva, se sacrifica la libertad y se opta por la seguridad. Por último, la cultura política, es decir, las orientaciones valorativas de los ciudadanos hacia el sistema político, sus componentes y respecto de lo que sea un buen ciudadano evidencia descosidos y rotos por los que penetran valores contrarios a la sustancia democrática.

Es cierto que en ningún país del mundo existe, realmente, una democracia en su sentido más denso y completo. Lo que tenemos, según Fernández Buey (2005), son aproximaciones más o menos restringidas al modelo de democracia ideal. Y que ni siquiera son mayoría los estados-nación que se rigen por las seis condiciones básicas que estipula un estudioso tan pragmático y tan prudente como Robert Dahl (1999). Se trata en sus propias palabras de poliarquías, para muchos insatisfactorias, pero reales en cuanto a su evolución hacia democracias más plenas.

Una democracia en su sentido literal supone y expresa el autogobierno del pueblo. En su contenido más pleno, es una forma de vida, una cultura de convivencia que combina la deliberación directa y cara a cara en los pequeños espacios, junto con la elección de representantes para la acción y la gestión pública en las grandes instituciones. Una democracia en su sentido más amplio es una forma de organizar la vida política, social y cultural que aminora los sufrimientos, redistribuye la riqueza, incluye la diversidad y te hace sentirte digno y conducirte de modo responsable para con todos los demás. Te forma como persona social y te ofrece opciones reales para ejercer la libertad. Pero guardemos en nuestro espíritu el ideal y analicemos la realidad.

Uno de los grandes «riesgos», no nuevo en un sentido estricto, pero sí reciente, es el de que la democracia real se vacíe de contenido ético y redistributivo reduciéndose a un mero expediente político donde se enfatizan las formas y se guardan las apariencias. Asistimos a un persistente ejercicio en el que se disocian los valores humanos de los cívicos y que engendra personas y conciencias escindidas. Gentes que hablan y actúan en dos registros distintos. Personajes que convierten en natural el uso de un doble lenguaje y que se comportan con doblez en sus vidas privadas y en los escenarios públicos.

El valor de la democracia se puede resumir, siguiendo a Sen (2006), del siguiente modo: formar tipos humanos libres, empáticos y participativos.

Dime cuánto tardas en auxiliar al necesitado y te diré cuál es la calidad de tu democracia

Cuanto más tarda un país en acoger en un puerto seguro a los inmigrantes rescatados en el mediterráneo, más débil es su democracia. Cuanto menos habla un representante político con los desahuciados que se han visto expulsados de su vivienda, menos profundas son las raíces que ha echado ese sistema político. Si el lector de este VIII Informe FOESSA se detiene a pensar en qué tipo humano hay detrás de la negativa a auxiliar a los desamparados, o a escuchar a los necesitados, quizás esté de acuerdo en que ese modelo humano no desprende confianza, sino inseguridad. Pues bien, ese modelo humano es el que se está abriendo paso en la Sociedad Insegura, y una de las virtudes de la democracia es la de proporcionar seguridad para todos.

El enorme y rápido aumento de la desigualdad y la pobreza en España durante la Gran Recesión es otro indicador fehaciente de la existencia de un déficit democrático. Es decir, que nuestra democracia está fallando y es insuficiente para proteger a toda la población. Pudiera pensarse, y no son pocos los que así lo creen, que esta falla está ya presente en el origen de la democracia que surgió desde el franquismo. Y que esta deficiencia original pesa en los valores y en la cultura cívica. Nuestra práctica democrática está demostrando ser socialmente más expulsora que incluyente. La idea tan repetida por el último gobierno conservador, según la cual «vivimos por encima de nuestras posibilidades», se ha visto concretada en el drama de los desahucios y en la aplicación de la desregulación laboral que va ampliando los círculos de ciudadanos excluidos y vulnerables.

El objetivo liberal que pregonaba *together and equal* no se ha cumplido. No estamos juntos, ni tenemos todos los mismos derechos. Y menos aún podemos, realmente, ejercerlos. De modo que, en palabras del filósofo Fernández Buey, «hay limitaciones serias a la voluntad del pueblo, y es una falsedad histórica identificar el sufragio universal y la democracia existente con el liberalismo, porque el voto de las mujeres, de los inmigrantes y de los asalariados en general no puede identificarse con la ideología liberal, sino con la lucha de las mujeres y de los parias, de los abolicionistas y de los socialistas. El neoliberalismo no es liberalismo histórico,

sino autoritarismo populista» (Fernández Buey 2005). El neoliberalismo es el miedo a la libertad y nació en esta tremenda frase de la Trilateral que escribió con total desparpajo: hay democracias que son ingobernables (Fernández Buey 2000).

Precisamente son los más vulnerables los que ven empeorar su situación personal o familiar cuando la democracia se queda en una manual de procedimientos. Depositar el voto el día de las elecciones no es el fundamento de la democracia, ni formar parte de la mayoría nos convierte en una persona más digna.

La democracia es un sistema político que, al decir de Amartya Sen y B. Kliksberg (2008), nos protege y nos socializa. Nos protege cuando la «lotería de la vida» no nos sonríe. Cuando nacemos en una familia sin fortuna, o cuando la perdemos antes de poder valernos por nosotros mismos. Nos aporta libertad para deliberar sobre lo que es importante desde el punto de vista colectivo, es decir, nos vale para generar una razón pública. Tiene, por lo tanto, y además, una función socializadora, es decir, forma un tipo humano que ayuda y coopera. Cuando conversamos con nuestros familiares y amigos o cuando debatimos con los vecinos acerca de cómo facilitar la movilidad, el abastecimiento de alimentos y la asistencia a las personas mayores que viven en el edificio estamos haciendo democracia.

Este es un capítulo en el que se inspecciona la democracia desde el punto de vista de los excluidos. En él se analiza la práctica de la democracia desde la cultura política. Es decir, desde los valores y comportamientos que predominan tanto en las élites como en los ciudadanos comunes. Auscultamos si los dirigentes y gestores demuestran sensibilidad y capacidad de atención a los excluidos. Y se hace sobre la base empírica de varias encuestas levantadas por el CIS y por la EINSFOESSA 2018. Encuestas que acopian tanto actitudes como conductas y que captan las identificaciones y los procesos.

Qué es y que supone la democracia para los excluidos

La democracia no es solo la libertad política, de expresión y de información. No es únicamente «una persona un voto», el respeto a la ley y la renovación de los representantes del pueblo. La democracia es conversar y escuchar. Es una expresión de convivencia y de socialización en el diálogo. Una forma de vida que nos hace sentirnos responsables respecto a los demás. La deliberación y la puesta en práctica de los valores generados en la comunidad. Una primorosa práctica de jardinería que riega, poda y abona las virtudes públicas y las privadas. Una comunidad protectora de los derechos y de las obligaciones para con todos. En fin, una escuela al aire libre de cooperación y ayuda mutua.

La democracia en España es un sistema exigente. Y lo es porque para alimentarla hacen falta *buenos ciudadanos*. Y, al decir de los españoles, la mayoría no lo somos. O, lo que es equivalente: la mayoría de nosotros no somos ciudadanos responsables para con los demás, puesto que la democracia requiere una buena base comunitaria. Es más que una buena forma de gobierno, es la expresión pública del autogobierno, donde quien gobierna somos nosotros y donde no hay lugar para la marginación de un ellos. Es más que un régimen político; es una cultura en el sentido de una forma de vida en común especialmente adecuada y dotada para gestionar la complejidad de la vida actual.

La democracia es debate público y presión sobre el gobierno. Requiere y exige un fuerte compromiso y una gran dedicación. Es decir, demanda una asociación tupida de la ciudadanía y una intensa participación. En otras palabras, la democracia es más profunda cuando la encarnan ciudadanos organizados y activos. Requiere la información, la deliberación y la participación del conjunto de los afectados. La democracia es una necesidad, un valor universal porque así lo entienden los españoles consultados, entre otros institutos de opinión, por

el oficial Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

Uno de los ejemplos que ponen A. Sen y B. Kliksberg (2008) para argumentar el valor universal que tiene la democracia es el de los daños que causan las crisis financieras en la economía. En particular: «cuando la crisis financiera provoca una recesión económica general». Estas palabras del premio Nobel de Economía se refieren a la crisis financiera asiática de 1997 que azotó a Corea del Sur, Tailandia o Indonesia, pero seguramente le resultarán familiares al lector español, dos décadas más tarde, cuando esté leyendo este VIII Informe FOESSA en 2019.

Esa falta de transparencia y la carencia de participación pública en el examen de la política financiera, sigue diciendo Sen, destruye vidas y crea miseria para millones de personas, y más aún cuando «el peso de la contracción económica no se reparte y se concentra en aquellos —los desempleados y los económicamente superfluos— que menos la pueden soportar» (Sen 2006).

Es mucha la literatura en ciencias sociales, y no solo reciente, que insiste en esa idea de los «económicamente superfluos», de la sociedad del trabajo que se queda sin trabajo (Dahrendorf 2005; Nachtwey 2017). Pero, de acuerdo con los análisis que impulsan la renta básica incondicional, hay trabajos no remunerados que no nos hacen superfluos (el trabajo voluntario, el trabajo reproductivo y de cuidados).

El argumento de Sen se resume en que la democracia (que es mucho más que el gobierno de la mayoría y el ejercicio del derecho de voto) *tiene un valor intrínseco, un papel instrumental y una función constructiva*. Por esa vía, los pobres y los vulnerables pueden hacer oír su voz. Podríamos decir, parafraseando a Sen, que la democracia tiene una dimensión filosófica, un contenido económico y un fundamento sociológico.

El valor intrínseco de la democracia es el de establecer la libertad política, que es parte de la libertad general. Si a las personas no se les permite participar en la vida de la comunidad resultan privadas de su dignidad. La dignidad es la responsabilidad para con la comunidad. Sentirse útil, que uno aporta algo que la comunidad valora. La contribución instrumental de la democracia es la de hacer posible que los ciudadanos sean escuchados y atendidos en sus necesidades, y eso incluye las reivindicaciones económicas de los más pobres. Pero, también, la «anchura» de la democracia, es decir, la capacidad de no dejar a nadie de lado. Es decir, sentir que hay vías para que todos se expresen. Y, por último, la democracia tiene un valor constructivo, puesto que permite aprender los unos de los otros y ayuda a que la sociedad forme sus valores y establezca sus prioridades. La democracia es una escuela de socialización en la ciudadanía.

2.4.2. Un *demos* centrado, pero con querencia hacia a la izquierda

Empecemos por declarar cuáles son los mimbres ideológicos de nuestros entrevistados. La honradez obliga. Las ideas en las que ellos se reconocen, o con las que no se identifican. Si nos fijamos en los extremos, nuestro mapa se desnivela claramente hacia la izquierda, si bien lo que predomina es el centro. Cuatro de cada diez entrevistados por la EINSFOESSA-2018 se ubica en esa posición central, es decir, ni una cosa ni la otra. Un pueblo —un *demos*— centrado, pero con un extremo (la izquierda) más nutrido que el otro.

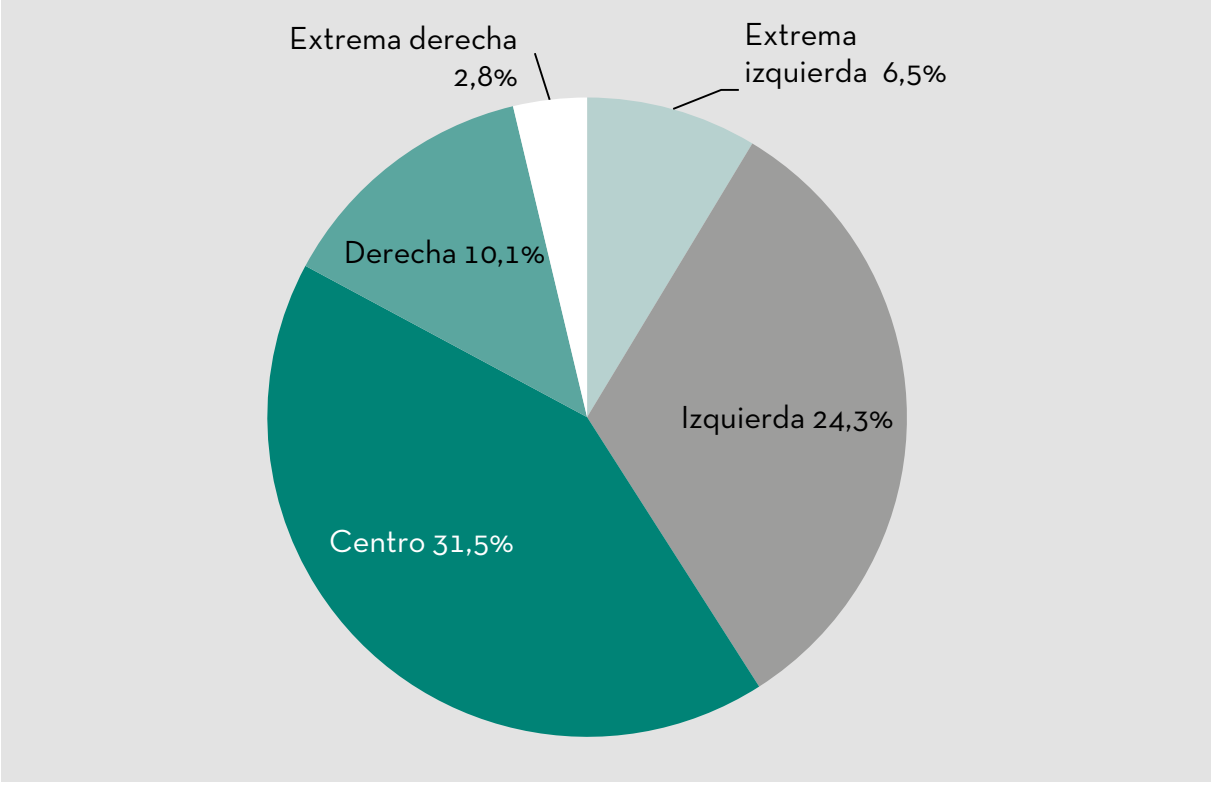
Son varias las posibles explicaciones que pueden iluminar por qué los ciudadanos entrevistados no son, mayoritariamente, ni de izquierda ni de derecha. El dato de que un 42% se sitúa en el centro del

espectro ideológico es ya, de por sí, bastante significativo. Quizás es que no se sienten cómodos o identificados con una escuela ideológica, o quizás es que no tienen claro que tipo humano hay detrás de cada una de esas ideologías. No se sienten cómodos porque les ha fallado el ejemplo humano, o no se reconocen en una u otra porque están desdibujadas. No consideran que esas señas de identidad contengan una cultura propia que ellos valoran. Es decir, quizás sean tantos los que se ubican en el centro por vergüenza o por pérdida.

La desafiliación o desafección hacia una posición ideológica específica no tiene que estar necesariamente basada en la falta de educación política. Los mimbres que forman la cultura cívica son, en una porción, «prepolíticos». Pero, en otra porción, son destilados por las asociaciones e instituciones propiamente políticas. Es decir, se forjan en el seno de la vida familiar y social, pero también en las organizaciones específicas. De modo que en la cultura de los españoles habrá dejado su marca el franquismo, y, desde luego, el martilleo constante de la ideología consumista en los medios de masas, pero también las conversaciones con los próximos.

Aquí nos centraremos en la percepción que se tiene de las organizaciones y de las conversaciones que tienen entre sus finalidades la educación política. Hay abundante información acerca de que en las organizaciones políticas tradicionales (sobre todo los partidos políticos y los sindicatos) se ha perdido, o cuando menos debilitado, el carácter de escuelas y comunidad de valores ejemplares en aras de la formación técnica para la gestión. Para ir

GRÁFICO 2.12. Ideología



Fuente: EINSFOESSA 2018.

despejando estas dudas hay que buscar en otras direcciones y fijarse en sus actos. Y sus obras son el voto, sí, pero también sus conversaciones, asociaciones y prácticas de movilización. Sus opiniones sobre las instituciones y sobre los funcionarios públicos. De ello se hablará en este capítulo, pero más adelante.

El extremo de la izquierda reúne al 9% de los entrevistados, y si sumamos al conjunto de la izquierda entonces se acogen a esta ideología el 41% de los más de once mil entrevistados que se retratan. En otras palabras, cuatro de cada diez ciudadanos que han respondido a la Encuesta FOESSA se declaran o identifican más bien con la izquierda. Mientras que la derecha en su conjunto solo concita al 16% de los declarantes y, de ellos, apenas un 3% se sitúan en la extrema derecha. Es evidente que esta fotografía cultural no se corresponde con el retrato electoral**(22)**.

2.4.3. ¿Qué es ser un buen ciudadano? La concepción de la democracia en plena recesión

¿Lo que está pasando con la democracia en España guarda una estrecha relación con el hecho de que nació desde un régimen autoritario? ¿Es decir, la democracia que surge de una dictadura está condenada a la insuficiencia endémica o, lo que es peor, al fracaso?

En otras palabras, ¿la extensión de la corrupción, la subordinación a los poderes económicos y la contaminación, en lugar de la independencia de los «cuatro» o más poderes, son herencia del pasado dictatorial? ¿Quizás lo son también la falta de redistribución de la riqueza y de representatividad de las necesidades y de los diferentes intereses de las clases sociales? ¿Sucede, acaso, que la totalidad de las personas y sus élites, debido a que se han socializado en un modo de vida sin libertades, adolecen de las virtudes públicas necesarias para expresarse libremente y deliberar, orientar su conducta ateniéndose a procurar el bien común y comportarse con arreglo a valores de equidad, justicia y respeto a la diversidad?

Relata Dahrendorf (2005) que el primer presidente de la República Federal de Alemania, Theodor Heuss, sostuvo que «la democracia necesita demócratas». Así que haremos bien en repensar nuestra condición de ciudadanos, por aquello de que esta democracia fue engendrada desde la cepa del franquismo. Habrá quienes piensen que en el pecado original llevamos la penitencia. Pero como apunta Sen (2006), «no hay países adecuados para la democracia, sino que, en lugar de eso, un país tiene que volverse adecuado mediante la democracia».

Es probable, con todo, que pensemos que la mayoría de los ciudadanos —de a pie— son buenos, pero la minoría pudiente quizás no lo sea tanto. Es decir, que sea la cultura de la ambición mezquina la que pervierta la virtud del servicio público al ciudadano corriente. El caso es que, si nos atenemos a los datos del CIS, los ciudadanos consultados cuarenta años después del fin de la dictadura no tienen un concepto mínimo ni flaco de los valores que adornan a un buen demócrata o, lo que es lo mismo, un buen ciudadano de la vida en sociedad.

(22) El deslizamiento hacia la izquierda en la posición ideológica de los entrevistados no difiere del registrado por el CIS en su barómetro de noviembre de 2018 (estudio 3231). No se explica porque Cáritas, patrono de la Fundación FOESSA, ponga el foco en los desheredados, en los trabajadores y en sus familias, en los vulnerables y más necesitados. En los pobres y excluidos. En el libro *Juntos*, de Sennett, se describe el papel de Cáritas en el Movimiento del Trabajador Católico en los EEUU, páginas 369-374.

En otras palabras, el hecho de que esta democracia nació desde el franquismo no la incapacita a perpetuidad para fabricar demócratas de buen tono.

He aquí los tres valores más importantes que adornan a un buen ciudadano: no evadir impuestos (71%), obedecer las leyes y normas (60%) y ayudar a las gentes que en nuestro país viven peor que usted (58%). Así que la concepción de la democracia que tienen las gentes que viven en este país abrocha la redistribución económica con la cohesión social y con el cumplimiento de la ley. El lector tiene la palabra para responder si ese listado virtuoso implica que gran parte de nuestra ciudadanía no es digna de tal título. Es decir, si nuestra democracia anda escasa de demócratas.

Es posible dar un paso más, puesto que, para los entrevistados por el CIS en 2014, era más importante el ejercicio de la empatía —50%— (tratar de entender las ideas de gentes con opiniones distintas) que la conducta de ir a votar siempre (48%). En fin, podemos concluir que nuestro concepto de lo que es una democracia no es meramente procedimental, sino más bien que tenemos una idea de la democracia densa como un sistema redistributivo que persigue la cohesión social y que practica la empatía cultural. Pero, si nuestra idea es inclusiva, la práctica es otra cosa.

2.4.3.1. Estamos insatisfechos de cómo funciona la democracia

¿Por qué se da ese alejamiento entre la idea y la práctica política? ¿Cuáles son las principales causas de esa insatisfacción? Hay que dejar bien sentado que se trata de una insatisfacción con el funcionamiento, pero no con el ideal de la democracia**(23)**. Una queja sobre la gestión y la práctica.

Un choque entre las orientaciones y disposiciones psicológicas y la plasmación efectiva de la democracia.

La democracia es la elaboración de códigos de conducta (leyes y reglas) para vivir en sociedad, es decir, en conflictos regulados. Pero también es una forma de vida en y para la comunidad, siendo un buen vecino que apoya a los otros y que participa en sus fiestas y en sus tragedias. Es el ejercicio de la dignidad, o, lo que es lo mismo, de la responsabilidad del hombre para con su comunidad (Steinbeck 2011). La política es la ética de la vida colectiva y la democracia es la forma organizada donde poder ejercer esa buena vida.

En el campamento estatal de Las Uvas de la Ira (Steinbeck 2010) las personas se mostraban contentas, disfrutaban de los servicios comunes y compartían fiestas y tareas de cuidado y limpieza. Se autogobernaban de manera sencilla, respetando las normas de convivencia y organizándose para desempeñar cooperativamente las tareas. Pero ahora se vive en medio de grandes magnitudes donde la privatización del espacio torna imposible el gobierno directo y cara a cara de los asuntos que a todos nos conciernen.

Más de la mitad de los ciudadanos consultados no está satisfecho con el modo en que funciona nuestra democracia, y casi una cuarta parte se muestra tibio. En resumen, apenas uno de cada cuatro españoles está satisfecho con el funcionamiento de la democracia. Se deduce que se están refiriendo al buen funcionamiento de las instituciones. Es decir, a sentirse bien representados, a sentirse bien servidos y atendidos por esas instituciones y a confiar en ellas. Unas instituciones en las que encuentren respaldo cuando sus derechos son conculcados y sus intereses lesionados o ignorados.

Esta insatisfacción se repite en otras catas que auscultan el estado de ánimo de la población. Así, y según una reciente encuesta del CIS (3223/2018),

(23) Sobre este aspecto se profundiza en el capítulo 5 de este VIII Informe.

la democracia española no aprueba pese a que este sistema político de gobierno goce de un amplio respaldo teórico. La democracia es la forma de gobierno que prefiere el 86% de los entrevistados, pero su nota (4,4) se queda por debajo del 5 como media. En ese suspenso da la cara la brecha generacional, aunque esa insatisfacción se extiende por todos los grupos de edad. Son sobre todo los jóvenes los que muestran una insatisfacción más aguda y, particularmente, en las edades de 25 a 34 años, que es cuando prueban los sinsabores y frustraciones de llamar, sin éxito, a las puertas del mercado de trabajo.

La insatisfacción sigue una tendencia creciente y es muy sensible a la situación del empleo. Esa sintonía entre economía y valoración de la poliarquía confirma la idea de que el concepto que se tiene de la democracia no es meramente procedimental, sino también económicamente redistributivo y socialmente cohesionador.

En el año 2000, cuando el crecimiento económico era potente, el grado de satisfacción con el desempeño de la democracia era muy alto (75%). En los inicios del crack bursátil (2008) el grado de satisfacción se redujo en 15 puntos, y se desplomó hasta el 30%, en la fase más dura (2012) de la recesión. En una fecha muy reciente, noviembre de 2018, el estado de ánimo ha mejorado respecto al registrado en el agujero negro de la recesión, pero, aun así, solo el 43% de los ciudadanos se mostraba satisfecho frente a casi dos tercios de los entrevistados que se declara poco satisfecho (42,5%) o nada satisfecho (12,3%) con la forma en la que funciona la democracia en España.

La valoración que recibe la democracia en los sucesivos Informes sobre la democracia en España que elabora la Fundación Alternativas (IDEs) y lo que se considera puntos fuertes y débiles ha variado con la crisis. La valoración de la democracia ha pasado de 6,2 en 2008 (valoración que se corresponde con lo sucedido durante el año 2007, previo a la Gran Recesión) a 5,7 en 2017. Esa pérdida de medio punto supera en otro tanto la valoración obtenida durante los años más negros de la crisis (entre 2013 y 2015 la valoración que hicieron los expertos fue de 5,2). Y entre los que están más insatisfechos se encuentran los más jóvenes. Ellos son los que muestran una mayor desafección. El 37,3% de los ciudadanos entre 18-24 años y el 21,7% de los que están entre 25-34 años puntúan con menos de 3 su satisfacción con el sistema político. Los más mayores atemperan sus posiciones, pero sigue siendo importante que uno de cada cuatro de más de 65 años muestre estas mismas opiniones.

Lo más interesante para nuestro argumento es que lo que antes de la crisis eran los puntos fuertes de nuestra democracia, una vez que hemos pasado lo peor, han pasado a constituir los puntos débiles. Es decir, la democracia que escucha, acuerda y protege, la que cohesiona a los ciudadanos en una comunidad de valores y actitudes es la que ha salido más herida de esta profunda recesión económica, política, social y cultural. El otro dato de interés tiene una dimensión generacional. Puesto que son los jóvenes los que se muestran más insatisfechos con cómo funciona el sistema político. Ellos, que constituyen el futuro del devenir de la democracia, son los que muestran una mayor desafección. El 37,3% de los ciudadanos entre 18-24 años y el 31,7% de los que están entre 25-34 años puntúan muy bajo (de 1 a 3) su satisfacción con el sistema pluralista y representativo. Los más mayores atemperan sus posiciones, pero sigue siendo importante que uno de cada cuatro ciudadanos con más de 65 años muestre esta gran insatisfacción con el transcurrir de la democracia.

El riesgo principal estriba en que, si no se restituye la confianza y se repara el actual grado de insatisfacción de los jóvenes y, en general, de los grupos de población más vulnerables, entonces la vía del debilitamiento de la democracia puede

TABLA 2.22. Satisfacción con el funcionamiento de la democracia. 2018. (%)

	Total	18-24	25-34	35-44	45-54	55-64	65 y más
0	8,6	8,6	10,4	9,3	7,3	8,5	7,9
1-3	25,3	37,3	31,7	27,6	23,1	21,1	19,0
4-6	43,3	37,2	36,0	41,1	41,6	47,8	51,5
7-9	19,1	16,4	16,0	20,6	25,4	19,2	14,9
10	1,0	0,0	0,8	0,0	1,7	1,1	1,7
(N)	1.755	138	256	386	324	286	366
Media	4,42	4,1	3,98	4,3	4,75	4,57	4,56

Fuente: EINSFOESSA 2018.

acabar imponiéndose a la vía de la profundización de la misma. Y si en vez de una democracia más densa se debilita la identificación con el sistema representativo y se adelgaza la participación y la deliberación de los más frágiles y vulnerables, entonces el futuro es el de una democracia disminuida incapaz de proporcionar seguridad a la sociedad. En ese momento, la sociedad estará dispuesta a cambiar la libertad de todos por la seguridad de cada uno.

2.4.3.2. Se quiere la reforma de la Constitución y acudir al referéndum para tomar decisiones sobre los temas políticos de importancia

Ha quedado establecido que los españoles no están satisfechos con el funcionamiento de la democracia, así que no puede extrañar que tampoco lo estén con la norma fundamental que rige la vida pública. A lo largo del sexenio recesivo ha ido aumentando la opinión favorable a una reforma de la norma. Así, en 2012, es decir, cuando estábamos instalados en el fondo del pozo de la crisis, casi 6 de cada 10 ciudadanos (59%), se mostraba de acuerdo con la necesidad de modificar la Constitución. En 2018, y según el barómetro del CIS, la proporción ha crecido 10 puntos porcentuales.

En definitiva, los españoles creen que ya es tiempo de despejar alguna de las «sombras del sistema constitucional español», que se dieron cita en lo que el profesor J.R. Capella ha llamado *La Constitución tácita* (Capella 2003). Se trataría de acuerdos no explícitos que la correlación de fuerzas en la transición democrática impidió que fueran puestos de relieve. Las sombras proceden, sobre todo, de la tutela militar, la intangibilidad de la monarquía instaurada y la Ley del Olvido o del punto final. Pero el punto que tiene más relación con el argumento y la perspectiva desarrollada en este texto al respecto de la inclusividad de nuestra democracia es *el acuerdo de gobernabilidad tácito*. Con él se trató de favorecer un poder gubernativo fuerte que dificultara el acceso de las demandas sociales al núcleo del estado**(24)**.

Pues bien, siete de cada diez consultados por el CIS en 2018 se declara partidario de reformar la Constitución, y cuanto mayor es la formación reglada del entrevistado, es decir, cuanto más alto es su nivel de estudios, más aguda es la decisión de que hay que modificarla. Además, el apoyo a la reforma es mayor entre los jóvenes, y menor entre las clases medias.

(24) Ver el Documento de trabajo 2.4. *La inclusión democrática: el caso de España*. www.foessa.es/viii-informe/capitulo2.

TABLA 2.23. Reforma de la Constitución. 2018

	Total	Sin estudios	Primaria	Secundaria 1.ª etapa	Secundaria 2.ª etapa	F.P.	Superiores
Sí hay que reformarla, hay que hacer cambios (%)	69,6	37,1	52,4	70,9	68,2	78,1	81,1
No hay que reformarla, hay que dejarla como está (%)	14,9	21,0	19,7	15,0	15,3	11,6	12,5
(NO LEER) No sabe, tiene dudas (%)	14,2	38,5	24,8	13,6	15,1	9,7	5,7
N.C. (%)	1,3	3,5	3,2	0,6	1,4	0,6	0,7
Total muestra	2.972	143	468	700	425	516	714

Fuente: Elaboración propia a partir de CIS (3223/ 2018).

Hay buenos motivos para pensar que los más informados y formados pudieran mostrarse más refractarios al cambio, al fin y al cabo a las clases dirigentes no les ha ido mal con esta norma. Es más, durante la última crisis han salido mucho menos perjudicados que las clases subalternas. Y, sin embargo, solo una minoría entre los ciudadanos con estudios superiores (12,5%) quiere dejar la norma tal y como está. Esa proporción es inferior a la de los partidarios de no tocar la Constitución entre las personas con pocos o ningún estudio. De modo que, en todos los escalones educativos, los partidarios del cambio constitucional duplican holgadamente el peso de los «conservadores», es decir, de aquellos que prefieren no hacer cambios en la constitución y dejarla tal y como está.

Como ya se ha dicho, el apoyo a la reforma anda acompasado con el nivel de estudios. Entre las personas con formación universitaria el porcentaje de partidarios de modificar la Constitución se eleva por encima del 80 por ciento y se supera el 70 por ciento entre la población con educación secundaria y formación profesional. Pero no son solo los ciudadanos más formados los que de manera aplastante piden un cambio constitucional, sino que ese amplio apoyo a la reforma se da en todos los escalones educativos. Incluso entre la población con educación primaria la reforma es apoyada por más del 50 por ciento de los consultados. La única excepción tiene lugar en la franja de personas sin estudios, entre cuya población lo que predomina es la indefinición. Aun así, entre los ciudadanos sin estudios son casi el doble los que piden la reforma frente a los partidarios de dejar la Constitución tal y como está.

Y la reforma que se apoya no es precisamente menor. La mitad de los españoles entrevistados demandan una modificación sustancial (49%) o casi total (14%); por el contrario, uno de cada tres preguntados es partidario de una pequeña reforma. Los partidarios de una reforma importante se reparten por todas las «clases sociales». Esa distribución tan equilibrada según la categoría profesional entre los partidarios de una reforma importante indica que se trata de un clamor sostenido desde los directivos y profesionales a los obreros. Es decir, la quieren tanto las nuevas clases dirigentes y medias (profesionales, técnicos, empleados de servicios) como las tradicionales clases obreras industriales.

Las personas de más edad, es decir, los jubilados y pensionistas, junto con las mujeres que desarrollan el trabajo doméstico no remunerado, son las más proclives a una pequeña reforma. En el extremo opuesto, los desempleados son los partidarios más decididos de la reforma casi completa del texto constitucional. Es razonable suponer que entre esos desempleados indignados se encuentran muchos jóvenes con estudios superiores que no encuentran un acomodo digno y satisfactorio en

TABLA 2.24. Tipo de reforma que habría que hacer en la Constitución (I). 2018

	Total	Directores/as y profesionales	Técnicos/as y cuadros medios	Pequeños/as empresarios/as	Empleados/as de oficinas y servicios	Obreros/as cualificados/as	Obreros/as no cualificados/as
Una pequeña reforma (%)	33,2	32,5	34,1	33,3	31,8	30,8	29,4
Una reforma importante (%)	49,3	54,0	52,4	48,9	54,5	55,8	53,7
Una reforma casi total de la Constitución de 1978 (%)	14,0	12,7	11,3	16,7	11,8	10,9	15,1
(NO LEER) Depende de las circunstancias políticas (%)	0,7	0,0	0,6	0,0	0,0	0,6	0,0
(NO LEER) No lo sabe, tiene dudas (%)	2,5	0,8	1,0	1,1	1,8	1,9	1,8
Total muestra	2.069	126	311	90	110	156	218

Fuente: Elaboración propia a partir de CIS (3223/ 2018).

el mercado de trabajo, ni ven posible su independencia vital sin recurrir a la emigración. Esta inclinación por la reforma profunda de la Constitución la expresan los jóvenes, con independencia de que luego hagan efectiva o no la emigración. La emigración aparece en sus cabezas como alternativa al desempleo y a la precariedad que experimentan en su incorporación al mundo del trabajo. Se trata de una actitud que subyace al abismo entre sus expectativas y la realidad de su experiencia laboral.

La misma argumentación se refleja en el apoyo a los referéndums como método para decidir sobre temas políticos importantes. Los ciudadanos quieren pronunciarse sobre asuntos fundamentales y que se escuche directamente su voz. Se trasluce, en estos datos, un amplio deseo de participación y quizás, también, un malestar respecto de la conexión entre los representantes políticos y su electorado. Al parecer, las élites políticas, los gobernantes y los representantes electos no escuchan o no interpretan fielmente la voluntad de los ciudadanos. Estos no se sienten bien representados. Insatisfacción con el funcionamiento de la democracia y enseguida veremos que también con el funcionamiento de los partidos. La mayoría de la población quiere pronun-

TABLA 2.25. Tipo de reforma que habría que hacer en la Constitución (II). 2018

	Total	Jubilados/as y pensionistas	Parados/as	Estudiantes	Trabajo doméstico no remunerado
Una pequeña reforma (%)	33,2	37,0	28,8	28,7	36,7
Una reforma importante (%)	49,3	44,5	48,0	53,2	41,3
Una reforma casi total de la Constitución de 1978 (%)	14,0	13,1	20,6	10,6	14,7
Total muestra	2.069	126	311	90	110

Fuente: Elaboración propia a partir de CIS (3223/ 2018).

TABLA 2.26. Los referéndums son un buen método para decidir temas políticos importantes

	Total	Sin estudios	Primaria	Secundaria 1.ª etapa	Secundaria 2.ª etapa	F.P.	Superiores
Muy de acuerdo (%)	26,6	12,8	19,3	25,0	27,5	32,2	32,5
De acuerdo (%)	38,9	38,3	35,3	41,1	39,3	37,2	40,7
Ni de acuerdo ni en desacuerdo (%)	12,2	9,8	10,2	13,5	13,2	12,7	12,2
En desacuerdo (%)	8,2	3,9	6,7	7,4	11,6	8,9	8,2
Muy en desacuerdo (%)	3,3	2,6	3,0	3,5	3,1	4,8	2,6
N.S. (%)	10,5	32,7	25,2	8,6	5,0	3,8	3,7
N.C. (%)	0,4	0,0	0,4	0,9	0,3	0,4	0,0
Total muestra	1.755	111	297	386	264	295	400

Fuente: Elaboración propia a partir de CIS (3020/2014).

ciarse. La democracia es precisamente eso, el establecimiento de las prioridades de la sociedad y la toma de decisiones por parte del *demos*.

2.4.3.3. La democracia es mucho más que ensobrar una papeleta: el ejercicio de los derechos políticos por otras vías

Hemos señalado antes que el voto no figura entre las principales virtudes que adornan a un buen ciudadano. Es importante debatir y decidir, tener empatía con los que sufren y respetar las opiniones contrarias. Sin embargo, la participación en la definición de las prioridades y de las necesidades, es decir, la formación de la Agenda Política, se pueden expresar por otras vías democráticas. Pluralidad de ideas y de formas para expresarlas. No cabe imaginar, por ejemplo, que un diputado que está a favor del Brexit tache públicamente de personas violentas o partidarios de la lucha callejera, a los manifestantes que se plantan ante las puertas del parlamento británico para defender, con este acto de expresión en la calle, precisamente lo contrario.

Sin duda, existe una barrera firme en la democracia española entre las instituciones representativas y la expresión de la ciudadanía en la calle**(25)**.

Una democracia no inclusiva es aquella en la que las vías para hacer llegar las reivindicaciones a los representantes públicos están desacreditadas o estigmatizadas. Desacreditadas significa que los representantes políticos apenas las tienen en cuenta y las minusvaloran, o lo que es más grave, las criminalizan. No son para ellos vías que requieren ser atendidas y, menos aún, que merezcan ser cuidadas y alimentadas. Una prueba de ello es la cantidad de Iniciativas Legislativas Populares (ILPs) que fueron presentadas durante la recesión, y que llegó a alcanzar la cifra de 59 ILPs entre los años 2008 y 2016. Se trata, además, de las dos últimas legislaturas completas por su duración y por la alternancia en el gobierno de PSOE y PP. La conclusión a la que llega una estudiosa de las ILPs es la siguiente: «No resulta propio de una sociedad democrática avanzada configurar de manera tan hermética esta herramienta participativa» (García Majado 2017).

Las presiones que vienen de la calle son, por lo general, las que expresan las demandas de los sectores social y culturalmente marginales o en situación de precariedad, pero cada vez en mayor medida son utilizadas en todos los gremios y por diferentes clases sociales. A veces se trata de mayorías social y culturalmente discriminadas, como sucede con las mujeres, o los pensionistas, o los jóvenes sin futuro. Cuando esto se escribe, proliferan las manifestaciones y concentraciones públicas en el Reino Unido a favor de permane-

(25) Ver el Documento de trabajo 2.4. *La inclusión democrática: el caso de España*. www.foessa.es/viii-informe/capitulo2.

cer en la UE o en demanda de un segundo referéndum por las calles de Londres y también en algunas de las universidades británicas más elitistas.

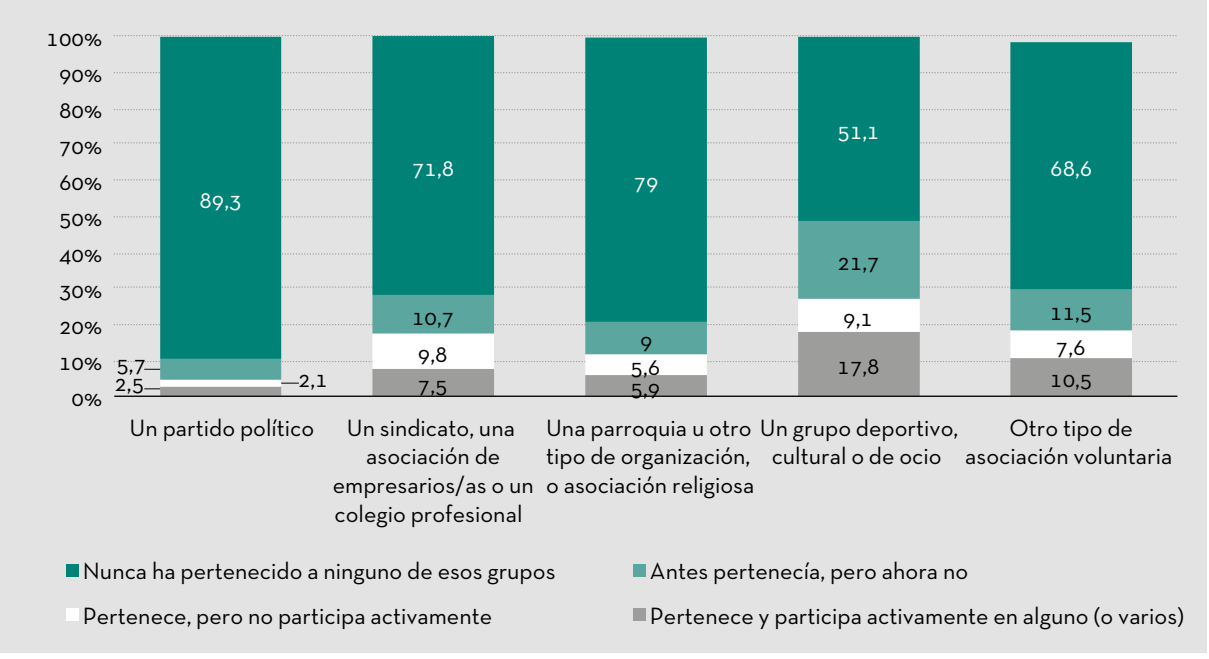
Se trata, eso sí, de sectores de población que piensan que sus opiniones respecto de un asunto que para ellos es importante, no han sido bien interpretadas por los partidos a los que votaron. Saben que el conducto electoral y el medio partidista también tienen sus limitaciones. O, simplemente, son personas o colectivos que han cambiado de opinión desde las últimas elecciones. No son necesariamente reivindicaciones que proceden de la población socialmente más vulnerable, pero sí de sectores que se sienten suficientemente fuertes para hacer visible su protesta. De sectores que quieren ejercer la hegemonía cultural. Sin duda la calle es de todos, de los críticos, y también de los enemigos de la democracia.

Las personas entrevistadas por FOESSA consideran que las movilizaciones son útiles y que pueden cambiar la sociedad, pero su grado de implicación en estas movilizaciones es muy bajo. Apenas uno de cada cuatro entrevistados afirma que ha participado. Y aún menos cuando esta participación no es presencial, sino *on line*. No es, por tanto, el riesgo de dar la cara lo que inhibe la movilización, sino, más bien, parece que es la falta de compromiso.

Para manifestarse no es imprescindible estar organizado, es decir, formar parte de una asociación, aunque eso ayuda a estar informado y a sentirse protegido. Las organizaciones activas son esa parte de una comunidad de personas que comparten ideas e intereses y que le dan energía y concreción a la sociedad civil.

Más del 95% de los 11 mil entrevistados por FOESSA no son miembros activos de una organización social, sea esta más política y reivindicativa

GRÁFICO 2.13. Las personas, algunas veces, pertenecen a ciertos grupos o asociaciones. Para cada uno de los grupos que le voy a leer a continuación, dígame, por favor, si Ud.:



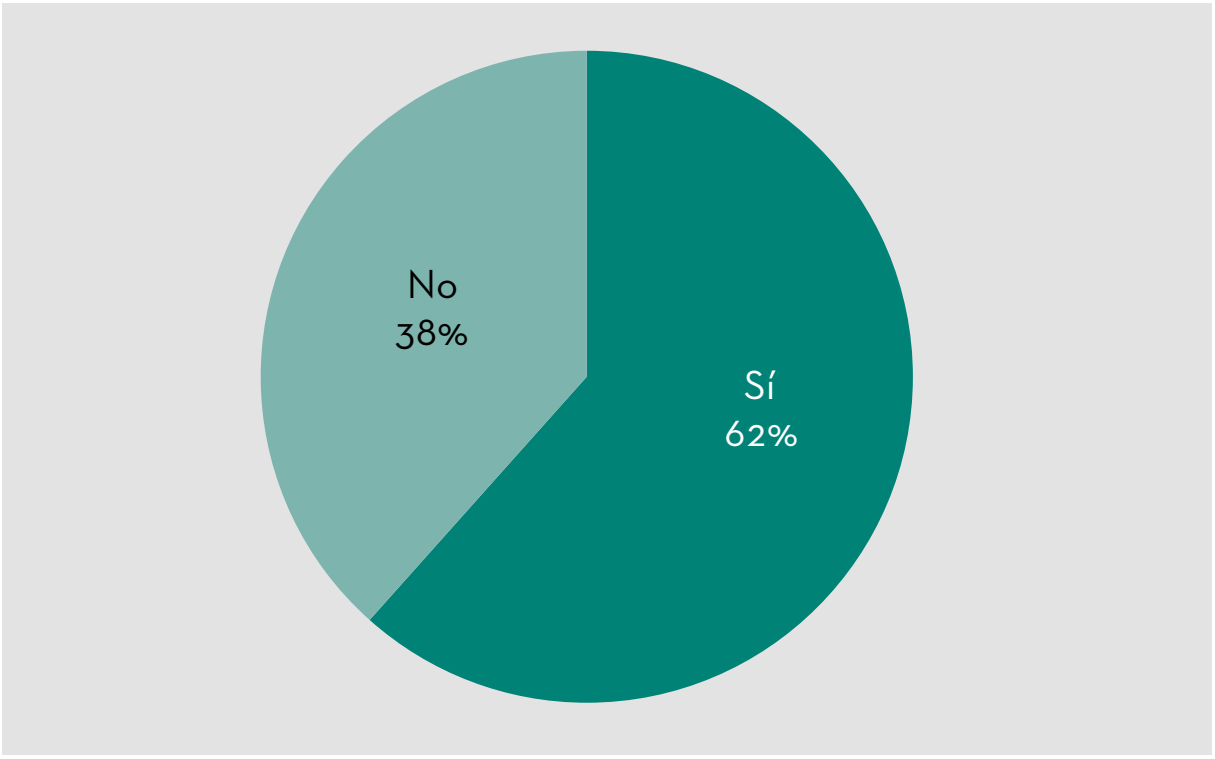
Fuente: EINSFOESSA 2018.

(sindicato, asociación ecologista, partido político) o más cultural (asociación educativa, religiosa) o social (pensionista, jóvenes, mujeres). La comunidad no es ni de fe, ni de identidad, ni de sociabilidad. Lo más desalentador es que esta baja afiliación se sustenta en que los españoles no consideran que para ser un buen ciudadano hay que participar en asociaciones de carácter social o político. Esta endeble cultura asociativa y participativa en el plano político es uno de los puntos flacos de la calidad y profundidad de nuestro sistema democrático. Además, esta información de la encuesta FOESSA es consistente con la de otras fuentes (como la encuesta del CIS de 2014. Resulta abrumadora la **no pertenencia** —en torno al 90%— a los partidos políticos y, aunque en menor medida, a las organizaciones sindicales.

Esta debilidad asociativa configura una sociedad civil materialmente frágil, pero que se activa de forma esporádica y espontánea. Los estímulos y los medios técnicos para ponerse en movimiento hacen que deba analizarse como una cultura cívica dividida o escindida. Una cultura bifronte, es decir, en ocasiones activa, pero la mayor parte de las veces reactiva.

Esta cultura presenta un lado anticipativo y de participación crítica en las instituciones de la democracia, (esencialmente en los partidos y en el parlamento), aunque sin vocación de permanencia. Pero esa cultura tiene también otro frente que reacciona y se rebela contra las consecuencias de la actividad partidista y parlamentaria. Un frente de crítica a los resultados de la democracia. Se trata de una cultura activista con una punta libertaria. Una cultura pasiva y perezosa cuando se trata de hacer la agenda, pero que se activa y moviliza ante las consecuencias y los resultados de las decisio-

GRÁFICO 2.14. ¿Considera usted que si hubiera mayores movilizaciones ciudadanas se podría cambiar la sociedad?



Fuente: EINSFOESSA 2018.

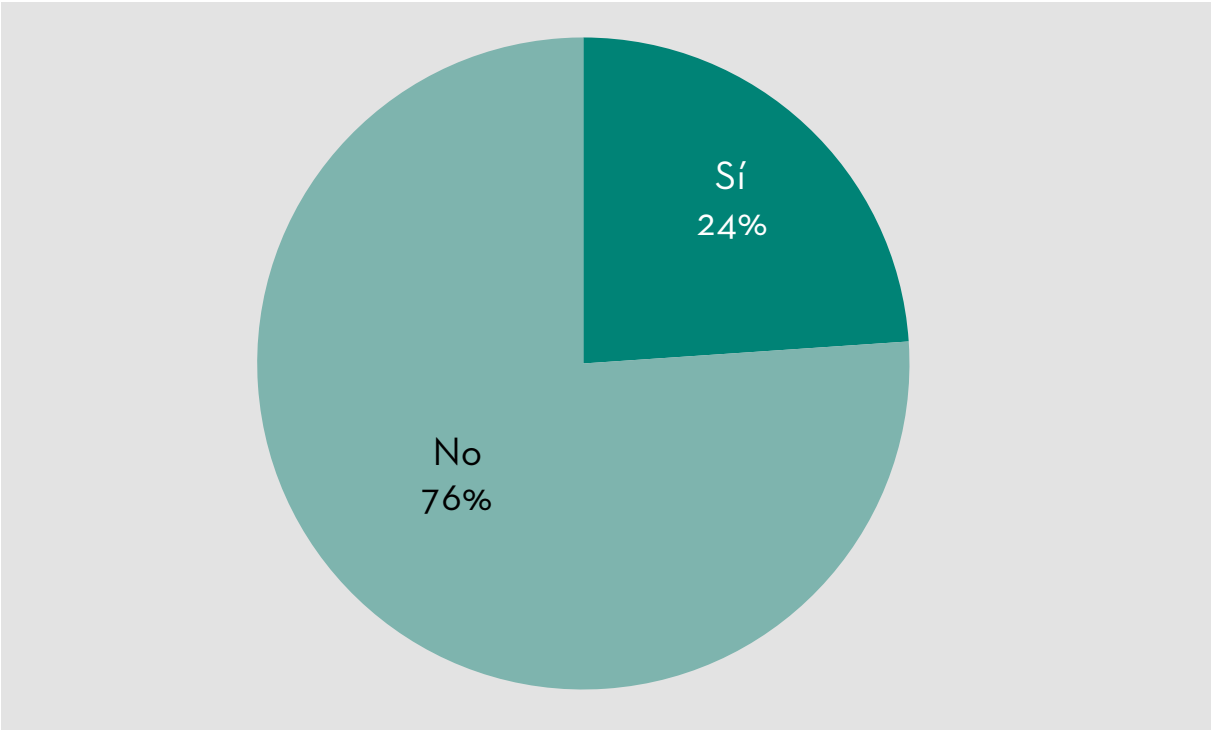
nes adoptadas por las instituciones que sostienen el edificio (no la cultura) democrático.

Esta pereza asociativa y ambivalencia cultural podría conducir a la parálisis política, si no fuera porque está animada y se activa merced a la creencia de que las movilizaciones ciudadanas pueden cambiar la sociedad. Son inconstantes, pero creyentes. Creen en la acción más que en la palabra. Sin embargo, se trata de una disposición más que de una convicción cultural. Por eso, apenas uno de cada cuatro personas (24%) ha realizado acciones de protesta durante el último año. Son manifestantes ocasionales, confiados, más que convencidos, en la capacidad transformadora de su acción. Es relevante para comprender la dinámica y la tendencia de esta cultura política inconstante, pero confiada, el hecho de que la vía más practicada para ejercer estas acciones es a través de la movilización on line. Una democracia de escaso calado cultural, que se asienta sobre un compromiso político de baja intensidad asociativa y sobre una movilización ocasional a través de internet.

Según el CIS (3020/2014) la mayoría de los que han participado en una acción política o social lo han hecho firmando una petición (29%), y con menor frecuencia han asistido a una manifestación (19%) o han recaudado fondos para una actividad social o política (18%). La asistencia a manifestaciones fue mayor en el pasado (30%), y se vuelve a confirmar que se trata de una acción a la que se recurre puntualmente. Eso hace que no se la pueda equiparar a una pauta cultural asentada en una comunidad (de clase o de una identidad fuerte) que se identifica por un acervo cultural común.

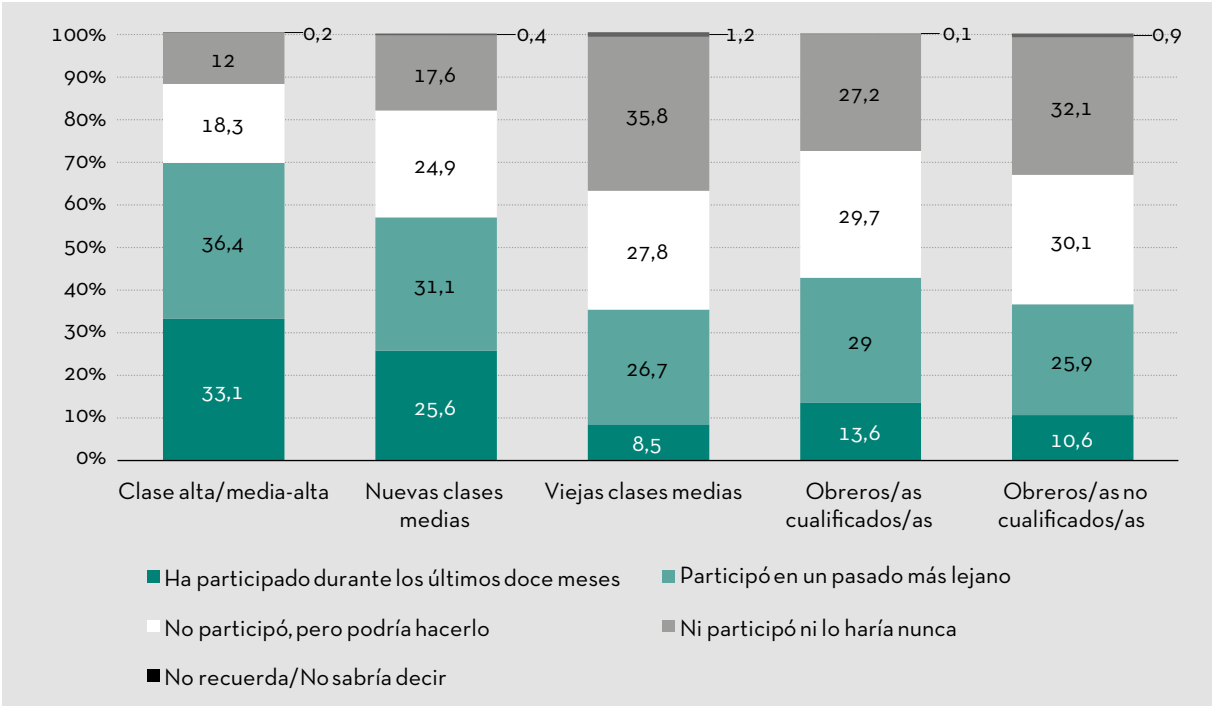
En el pasado franquista, la cultura de la manifestación estuvo más asentada en las clases trabajadoras que en las clases altas o medias, pero en

GRÁFICO 2.15. ¿Ha participado usted en el último año en alguna manifestación, protesta o acción?



Fuente: EINSFOESSA 2018.

GRÁFICO 2.16. Tipos de participación social según clase social



Fuente: Elaboración propia a partir de CIS 3020/2014.

una sociedad democrática, donde la mayoría de la población se ocupa en el sector de los servicios, ya no se puede seguir pensando lo mismo. Las clases obreras destacan por no haber participado nunca (aunque podrían hacerlo) en manifestaciones. En cambio, las clases altas y medias (sobre todo las medias) son las que más se han movilizado en el último año. Ese último año, hablamos de 2013, era un año en el que la recesión castigó con fuerza el empleo. Claro que puede presumirse que las huelgas son manifestaciones reivindicativas y que en ellas participan más las clases obreras tradicionales que las nuevas clases medias, lo cual inclinaría la balanza en favor de la tesis de que los pobres echan mano de las manifestaciones para hacer llegar su voz y sus necesidades a los constructores y hacedores de políticas públicas. Podría establecerse la presunción de que los obreros hacen huelga y que las clases altas y medias se manifiestan ocasionalmente por reivindicaciones no solo económicas, y que además, lo hacen fuera del lugar de trabajo y a través de internet, con el beneficio de no verse señalados.

Estamos moviéndonos en los estrictos límites de la buena gestión, es decir, de la democracia institucional y formal. De la democracia mínima, según los expertos (Ahumada 2018), pero todavía no en la vertiente redistributiva (económica) ni en la de la participación política.

Los registros del CIS ya advirtieron en los inicios de la «salida de la crisis económica» del grado y extensión de esa insatisfacción. No ha habido progreso en la recuperación económica al respecto de la satisfacción con el funcionamiento de la democracia durante los últimos 3 años. La democracia suspende entre los ciudadanos y cosecha un aprobado raspado entre los expertos consultados por la Fundación Alternativas. Lo significativo es que suspende a todas las edades y más entre los jóvenes.

TABLA 2.27. Los partidos políticos no ofrecen alternativas políticas diferentes

	Total	Sin estudios	Primaria	Secundaria 1.ª etapa	Secundaria 2.ª etapa	F.P.	Superiores
Muy de acuerdo (%)	27,7	**13,7**	21,4	29,7	24,2	33,3	**32,5**
De acuerdo(%)	41,0	**38,7**	36,6	36,4	47,8	40,2	**45,4**
Ni de acuerdo ni en desacuerdo (%)	8,9	6,1	11,0	9,4	9,0	8,0	8,1
En desacuerdo (%)	10,6	5,5	10,4	13,8	9,1	11,3	9,6
Muy en desacuerdo (%)	2,7	1,7	2,3	1,6	5,4	3,7	1,9
No sabe (%)	8,5	**34,3**	**18,1**	7,5	3,6	3,6	1,9
N.C. (%)	0,7	0,0	0,4	1,6	1,0	0,0	0,5
Total muestra	1.755	111	297	386	264	295	400

Fuente: Elaboración propia a partir de CIS (3020/2014).

2.4.3.4. El crédito a las emociones y el descrédito de las dependencias

Los partidos debieran ser instrumentos para construir identidad de valores y de intereses, proponer alternativas y ámbitos de cooperación. Escuelas de comunidad para tejer la sociedad.

Cuando los partidos de masas se desvinculan de su electorado y se convierten al «pensamiento débil», es decir, cuando solo cuentan votos, pero no miran ni respetan a su electorado, entonces es que una de las herramientas de la democracia inclusiva está fallando. El descrédito de los partidos políticos en nuestra democracia es uno de los fundamentos de la insatisfacción para con ella. La falta de independencia de los diputados respecto de las cúpulas dirigentes, en otras palabras, la «oligarquización» de los partidos, es una de las explicaciones de la pérdida de militantes y, después, de la infidelidad y alejamiento de los electores.

Los datos que vienen a continuación son esclarecedores del fracaso de los partidos políticos en nuestra democracia. La desafección se produce tanto por su falta de ideas como por su torcida práctica. Ofrecer criterios y señalar vías o caminos para salir de los atolladeros es importante, pero aún lo es más que los cuadros y militantes de los partidos aprendan a escuchar y a conversar. La interpretación de las inquietudes que subyacen tras la papeleta es una tarea sin fin y que, por ellos, está siempre pendiente. Los electorados cambian continuamente y lo hacen con más rapidez que el voto. Los representantes políticos no lo serán mientras que no sean capaces de descifrar los anhelos que están contenidos en ese voto. En otras palabras, cuando tienen propuestas para solucionar los problemas de los ciudadanos no las llevan a cabo o no las defienden con convicción. Los ciudadanos con estudios superiores están rotundamente de acuerdo con que los partidos no piensan como un intelectual colectivo y no se diferencian. No ofrecen alternativas. En definitiva, no promueven la identificación de las gentes ni conectan con su electorado.

Esa falta de sintonía es la que, entre otros motivos, conduce a que los partidos reciban cada día menos votos por tradición familiar o cultural, y más votos temporales y huidizos. La esperanza de vida de los partidos en nuestra democracia se acorta, como bien ilustra la experiencia catalana en la última década. Los partidos, plataformas o movimientos se crean y se mueven en busca de las emociones coyunturales, pero carentes de valores estructurales. La consolidación de los estados de ánimo es una tarea incierta, pero es la práctica más común en la actualidad. El acierto en la propuesta de soluciones «técnicas» para los

problemas aparece, a ojos de no pocos ciudadanos, como una base más confiable y acorde con la disposición de macrodatos que la tradicional identificación y, no digamos, que la sostenibilidad emocional.

2.4.4. Es importante votar y para quién: comportamiento y valores

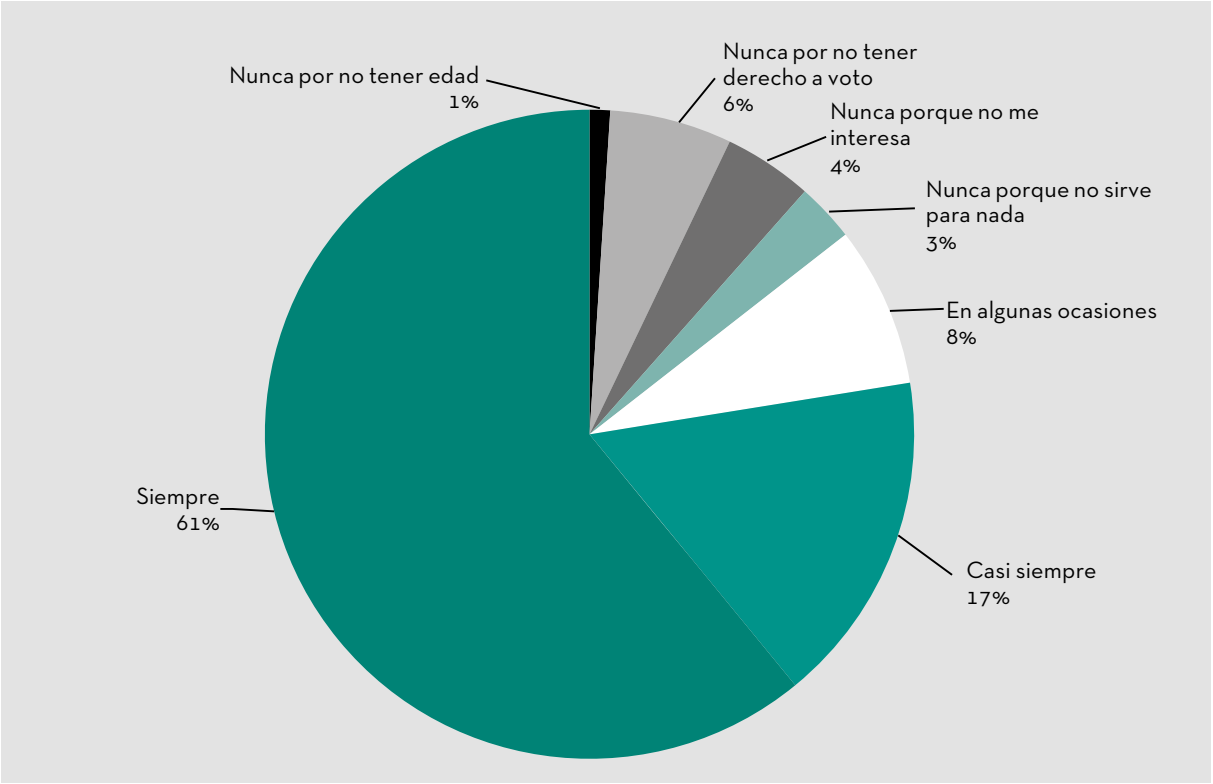
La democracia no es solo el voto, pero sí que requiere el derecho al sufragio de todos los que viven en el país. De todos sin excluir a nadie. Esta es la primera causa de crítica a la inclusividad de nuestra democracia y, eventualmente, incita al alejamiento de ella de una parte de las personas que habitan en España. En concreto, los 3,3 millones de extranjeros comunitarios solo tiene derecho a votar en las elecciones municipales, y la mayor parte de los más de 2,1 millones de extranjeros que residen en España dentro del Régimen General ni siquiera pueden hacerlo en ese ámbito local salvo que sus países de origen hayan firmado un acuerdo o convenio de reciprocidad. Ni los unos ni los otros votan en las elecciones generales puesto que el voto, en la Constitución de 1978, está vinculado a la nacionalidad española y no a la vecindad. En otras palabras, hay más residentes de pleno derecho que ciudadanos políticos con derecho a voto. Y esa inclusión democrática se produce de manera escalonada y solo en el nivel municipal cuando hay reciprocidad con el país de su nacionalidad.

Empecemos por los hechos, es decir, por la participación electoral. El segundo paso será contrastar las conductas con la importancia que se le adjudica al comportamiento, es decir, cuál es el valor que se le concede al voto. Qué importancia se atribuye a depositar la papeleta en la urna.

Mediante el voto se elige a las personas que representan la voluntad popular. Estos representantes pueden ir encuadrados en partidos o colectivos que, por lo general, suelen expresar cierta identidad de valores. Es decir, la delegación de la palabra en unos representantes sirve para afrontar las complicaciones de la vida en común. Los diputados son los encargados de gestionar esa complejidad. Claro está que esos representantes pueden también ser elegidos al margen de las organizaciones partidistas, y hacerse merecedores de servir a los ciudadanos por sus ideas, por sus cualidades o por su ejemplaridad. Eso es lo que en parte está ocurriendo en los últimos cuatro años. Los movimientos y plataformas electorales proliferan y llegan al gobierno. En Italia, en Francia y también en España decaen los partidos tradicionales y surgen nuevos arreglos electorales. Que su vida política sea más o menos efímera es una posibilidad con visos de realidad. Hay evidencia suficiente, en varios órdenes de la vida, según la cual nuestras lealtades son cada día más perecederas y nuestras identidades se convierten en tránsfugas. Por eso se desvían las pesquisas electorales.

Los partidos, como se acaba de señalar, son, también, instrumentos para generar comunidad y convivencia. Por eso cuando las organizaciones no son capaces de producir adhesiones sobre cómo fortalecer la sociedad, o cómo afrontar los problemas colectivos y, en general, sus acciones no respiran convencimiento y sinceridad, se acrecen las dificultades demoscópicas para anticipar la magnitud de la participación y el destinatario del voto. La volatilidad no es solo una característica del mercado laboral, también lo es de la lealtad partidista. La frecuencia con la que se apela al voto útil en las conversaciones cotidianas es uno de los signos de esa infidelidad partidaria. Cuando se utiliza es pretexto, se está votando más por aversión y rechazo que por identificación o convencimiento. Expresa la voluntad de que tu voto se convierta en poder y la racional elección de un mal menor. Por un lado, es una muestra de compromiso con la democracia,

GRÁFICO 2.17. ¿Con qué frecuencia suele participar en las elecciones nacionales?



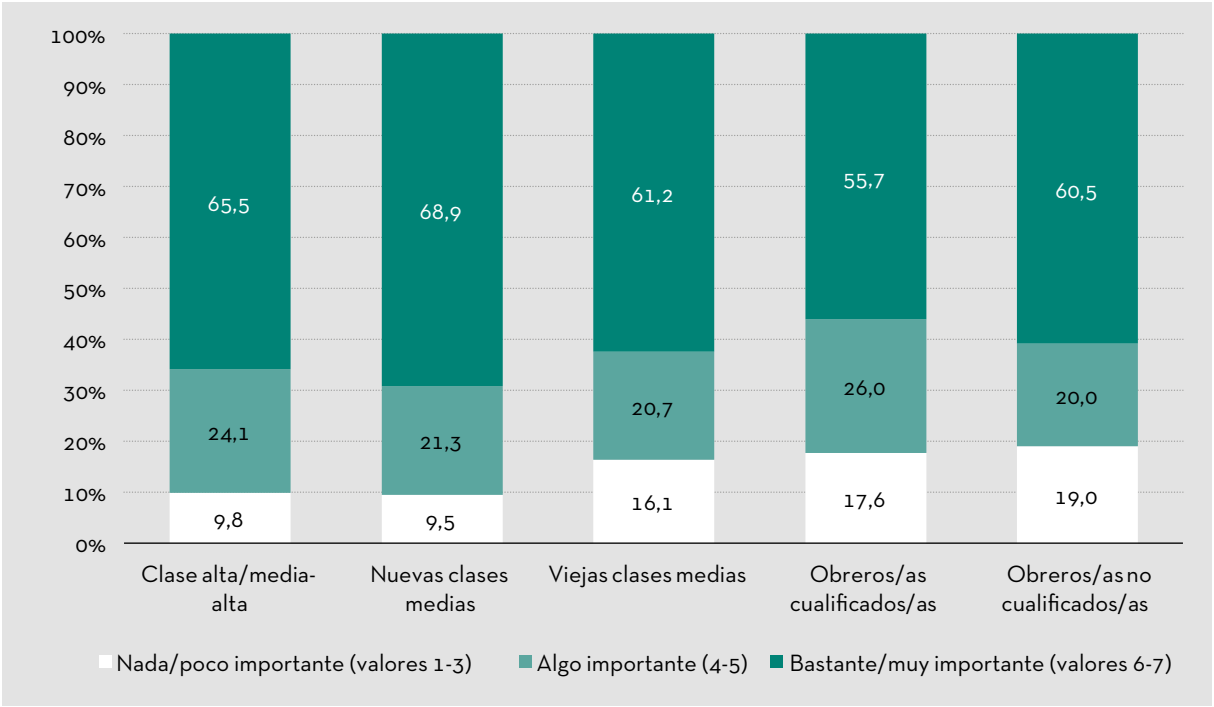
Fuente: EINSFOESSA 2018.

pero, por el otro, supone también una evidencia de la desvinculación respecto de los partidos. Otros tantos testigos de la volubilidad del electorado son la práctica de ocultar al entrevistador quién será el partido preferido y la indefinición de a quién votar hasta el último día de acudir las elecciones.

Suele decirse que votar es más importante para las élites que para los desheredados. Cuando habría de ser todo lo contrario. A los de arriba la democracia les supone un estorbo, acostumbrados como están a hacer y deshacer sin consultar a nadie. Y sin la pesadez de contar los votos. A los de abajo del todo, a los pobres, la democracia les resulta insuficiente, una llave de cristal quebradiza que no les abre las puertas para entrar en el reparto de los bienes. Y, sin embargo, los pobres son los que más necesitan hacerse valer, pues los ricos ya tienen otras vías para defender sus intereses. Alrededor de un 20% de los obreros valoran el acto de votar como muy poco o nada importante. No ven que el voto les de visibilidad ni les proporcione audiencia ante los que deciden. Los de abajo no sienten que el hecho de votar sirva para que se les tenga en cuenta.

Votar es más importante para los que temen perder influencia. Tal parece como si votar fuera muy decisivo para los que están, o se sienten, en la cuerda floja. Los trabajadores asalariados no manuales que dan forma a las nuevas clases medias. Trabajadores que no ocupan posiciones de poder, no son profesionales y técnicos insertos en la economía de la información y del conocimiento, sino los asalariados de la economía de servicios de la industria. Ellos son las que consideran que depositar la papeleta el día de las elecciones les reafirma en su posición y jerarquía.

GRÁFICO 2.18. Opinión sobre la importancia del voto según clase social



Fuente: Elaboración propia a partir de CIS (3020/2014).

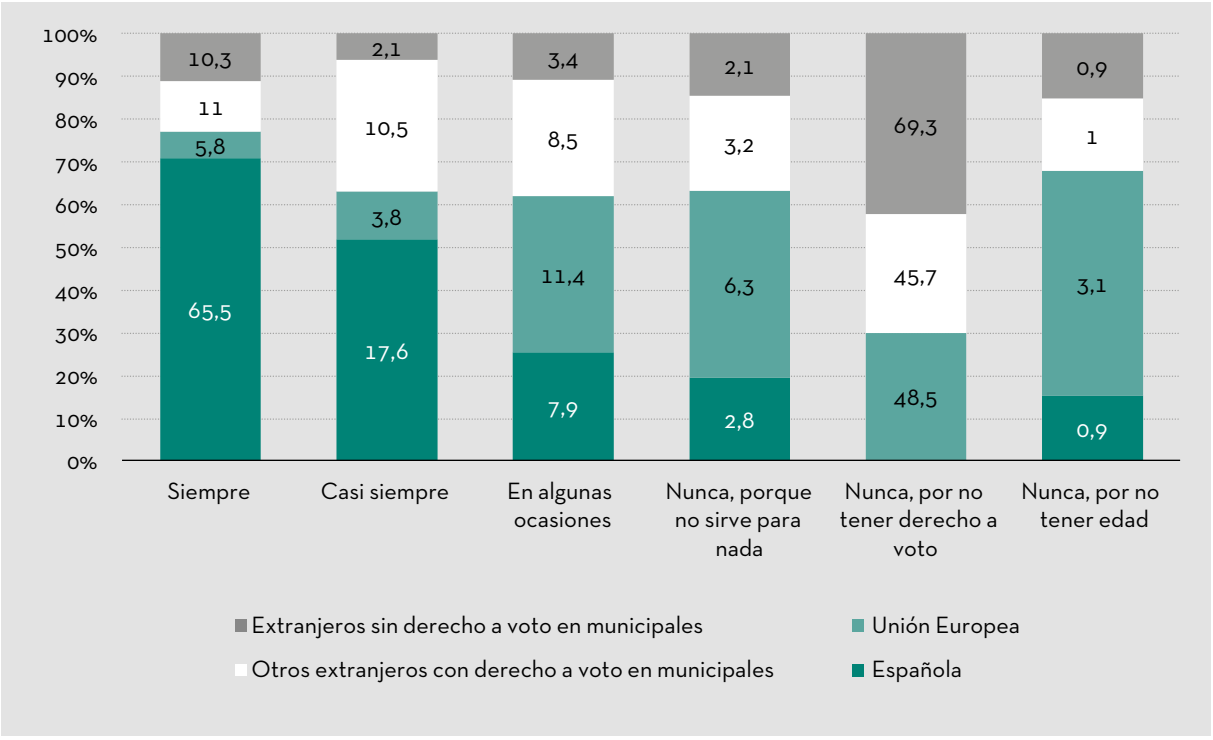
Los extremos se sitúan en el medio. Los que temen caer, las nuevas y temporales clases medias, por un lado, y, por el otro, los obreros cualificados, aquellos que se imaginaban ser la vanguardia que liderara el cambio hacia una sociedad más justa, asentada en los valores del apoyo mutuo y de la redistribución. Justo los que más se habían esforzado y sacrificado para que la democracia les diera voz e influencia se sienten ahora menos implicados con ella. Los líderes de la izquierda no les explicaron que sentirse ciudadanos no libres políticamente, sean ricos o pobres, les hace sufrir la privación de un elemento fundamental y básico para la buena vida. Los derechos democráticos tienen valor por sí mismos.

Además del crecimiento económico está la seguridad humana. La democracia confiere poder político a los vulnerables al hacer que los dirigentes tengan que rendir cuentas y asumir la responsabilidad de sus errores.

El voto es importante para redistribuir el poder, y aunque no sea suficiente para lograrlo tiene valor por sí mismo. La democracia se vinculó en la Transición a la redistribución de la riqueza, y cuando la desigualdad aumenta, tras la recesión, se da uno cuenta de que no sirve para proteger a los más vulnerables. ¿Es culpa de la cultura de las élites o de las carencias de la base?

Lo interesante es que no siempre se cumple la regla según la cual los más vulnerables económicamente (con más desempleo y menores salarios) (en este caso los no comunitarios o extra UE) son los que menos votan. Entre los inmigrantes extranjeros No Comunitarios, en donde el desempleo y los salarios bajos dominan, la participación electoral supera a los comunitarios (30% frente a 21%), y ello es así, cuando se trata de elecciones municipales que en las generales. Sin duda hay otros factores que im-

GRÁFICO 2.19. ¿Con qué frecuencia suele participar en las elecciones?



Fuente: EINSFOESSA 2018.

pulsan la participación electoral entre los inmigrantes con menos derechos y mayor inseguridad jurídico-laboral.

Quizás es su mayor densidad comunitaria, la movilización a través de los vínculos sociales los que explican esa mayor participación, a despecho de su menor nivel de estudios e información sobre cuáles son sus derechos. Acaso su implicación en el cumplimiento de las leyes y el aprovechamiento de las oportunidades que les brinda la democracia ayuden también en la explicación de su mejor desempeño electoral. Quizás la explicación radique en el efecto de la composición por nacionalidad y en su menor individualismo. Se puede conjeturar que son latinoamericanos los que acuden más a votar, y quizás porque están naturalizados o porque confían más en que el ejercicio de sus derechos políticos les da más cobertura social y seguridad jurídica.

2.4.5. La calidad de la democracia: informarse y comunicarse. Conversación e información pluralista

Que la vida pública y la democracia resulten interesantes y proporcionen placer a los ciudadanos no depende solo de los hechos, sino que también depende de las palabras. De la comunicación y del debate. La democracia es deliberación, aprender unos de los otros, conformar prioridades, valores y soluciones. Informarse y comunicarse, practicar la lógica del diálogo (la dialógica) y las opciones abiertas, y no solo la de la imposición o el acuerdo sobre un fundamento común, es decir, la de la síntesis única (la dialéctica). Para conversar hay que informarse o, al menos, creerse informado y luego

hay que dialogar o convencer. Sennett distingue entre información y comunicación. Así como entre conversación dialógica y dialéctica (Sennett 2012).

Aquí entre nosotros, los ciudadanos hablan de política, pero no lo hacen con frecuencia. Solo el (20%) de los entrevistados manifiesta que hablan frecuentemente de los asuntos públicos. Más bien ese tipo de conversaciones se dan a veces (35%), o en raras ocasiones (25%). Es, como debe ser, como resulta razonable que sea, una conversación cuando las circunstancias lo requieren. Los dos extremos «hablan de política con frecuencia», o «no lo hacen nunca», tienen un peso idéntico (20%). La política no lo llena todo en la vida que tiene sentido, y hay conversaciones sobre asuntos de mucha importancia para la vida en los círculos primarios o próximos como la relación entre padres e hijos (las relaciones intergeneracionales) o la comprensión del dolor y de las desgracias de nuestras amistades, que suelen ser habituales. Pero también se comentan, aunque sea brevemente y para dar pie a temas similares, las calamidades que sufren unas personas desconocidas que se ven envueltas en un drama que nos llega a través de la TV (la empatía). Sin duda, conversar es fundamental para sentirse bien y en compañía.

Es un hecho que los que tienen menos estudios son los que menos conversan sobre asuntos relativos a la política (58% nunca), mientras que sí lo hacen con frecuencia un tercio de las personas con formación universitaria. Ocho de cada diez ciudadanos sin estudios apenas hablan de política, frente al 22% de los que tienen estudios superiores. En otras palabras, la conversación sobre política se circunscribe, cada día en una medida mayor, a los instruidos. Todo eso en unas sociedades en las que la pericia y la complejidad técnica apartan de los intercambios de pareceres al ciudadano común (Fernández Buey 2004). La política se ha profesionalizado y eso aleja al pueblo llano de la democracia, de la conversación cotidiana sobre las prioridades y los problemas públicos. El riesgo para la democracia es que el pueblo corriente y el doliente que se calla su parecer es cada vez más multitudinario.

Se puede conversar para convencer o para intercambiar puntos de vista. Se puede dialogar o tratar de llegar a un acuerdo. Lo importante para la cultura política democrática de los ciudadanos es hablar, y no tanto (o no solo) convencer. Ese talante comprensivo y no asertivo es signo de elegancia y de buen tono en la conversación.

La evidencia empírica muestra que no solo son muchos los ciudadanos que conversan raramente de política o que nunca desarrollan este tipo de contenidos en las conversaciones cotidianas, sino que, cuando lo hacen, no intentan convencer a los interlocutores. Parece lógico esperar que las personas con poca formación estén en peores condiciones para convencer; de hecho, tres de cada

TABLA 2.28. Con qué frecuencia habla usted de política

	Total	Sin estudios	Primaria	Secundaria 1.ª etapa	Secundaria 2.ª etapa	F.P.	Superiores
Frecuentemente (%)	19,8	**5,1**	9,2	16,8	24,8	18,5	**32,2**
Algunas veces (%)	34,9	**13,8**	25,1	30,7	44,1	35,5	**45,7**
Raramente (%)	25,4	22,8	25,5	31,3	22,4	31,0	18,2
Nunca (%)	19,4	**57,7**	39,6	20,1	7,8	15,1	3,8
N.S./No sabría decir (%)	0,3	0,6	0,5	0,5	0,4	0,0	0,0
Total muestra	1.755	111	297	386	264	295	400

Fuente: Elaboración propia a partir de CIS (3020/2014).

TABLA 2.29. Con qué frecuencia le intentan convencer a usted sobre política

	Total	Sin estudios	Primaria	Secundaria 1.ª etapa	Secundaria 2.ª etapa	F.P.	Superiores
Frecuentemente (%)	8,4	2,8	5,1	4,9	12,4	8,9	**12,8**
Algunas veces (%)	21,1	9,7	14,2	16,1	26,5	25,3	**27,6**
Raramente (%)	27,0	11,4	19,6	29,8	27,5	26,3	34,4
Nunca (%)	42,1	**75,1**	59,5	47,4	32,8	37,4	24,8
N.S./No sabría decir (%)	1,0	1,0	1,0	1,3	0,4	1,8	0,4
N.C. (%)	0,4	0,0	0,6	0,6	0,5	0,3	0,0
Total muestra	1.755	111	297	386	264	295	400

Fuente: Elaboración propia a partir de CIS (3020/2014).

cuatro no lo intentan. Sin embargo, lo inesperado es que tampoco persiguen este objetivo en la conversación aquellos entrevistados con estudios superiores. Son más los universitarios que nunca tratan de convencer de sus opiniones políticas a sus interlocutores que aquellos que sí lo intentan con mucha frecuencia.

La calidad de la democracia requiere deliberación y diálogo. La práctica de la conversación sobre los asuntos públicos fortalece la cultura democrática y el compromiso de los ciudadanos con esa forma de gobierno. No es, pues, una buena noticia que un pueblo tan extrovertido y hablador como el español deseche de sus hábitos cotidianos esa actividad. Tratar de convencer mediante el intercambio de opiniones es una conducta saludable para la democracia. El que no la practiquen nunca una cuarta parte de las personas con formación superior supone una pérdida sensible tanto para la ampliación como para la profundidad de la vida democrática en España.

Para hablar y, aún mucho más, para convencer sobre los asuntos públicos, es preciso, o al menos conveniente, estar informado. Si la información es completa, exacta y plural, esto es, si procede de medios serios y rigurosos, aunque con ópticas ideológicas y talantes morales distintos; mejor aún, porque se elige y forma mejor la opinión cuando se contemplan varios enfoques y distintas alternativas. La información requiere precisión, mientras que la comunicación demanda escuchar y valorar lo que se sugiere pero no se dice.

Empecemos por la asiduidad con la que nos procuramos esa información sobre asuntos políticos. La frecuencia con la que nos acercamos a las noticias sobre política. Si la exposición y la atención a esas informaciones son intensas, la democracia tendrá más densidad deliberativa que si la frecuencia es mínima o inexistente, es decir, si lo que prevalece es el desinterés por este tipo de informaciones y noticias. Los datos indican que la política interesa, y que los ciudadanos se acercan a esas noticias varias veces o, como mínimo, una vez al día. Más de un 40% se informan varias veces al día y otro tercio lo hace, al menos, una vez al día. Los españoles demuestran, en sus respuestas, tener bastante interés por informarse sobre política.

Acuden con más frecuencia a este tipo de noticias cuanto más estudios se tienen. Es esperable que más del 50% de los ciudadanos con estudios superiores visiten la información política varias veces al día. Están muy conectados a estas noticias. Lo interesante desde el punto de vista de este VIII Informe FOESSA es que el interés por la política también se da entre los excluidos. Sucede que entre las personas sin estudios o con estudios primarios son una mayoría los que se informan varias veces al día. Alrededor de un

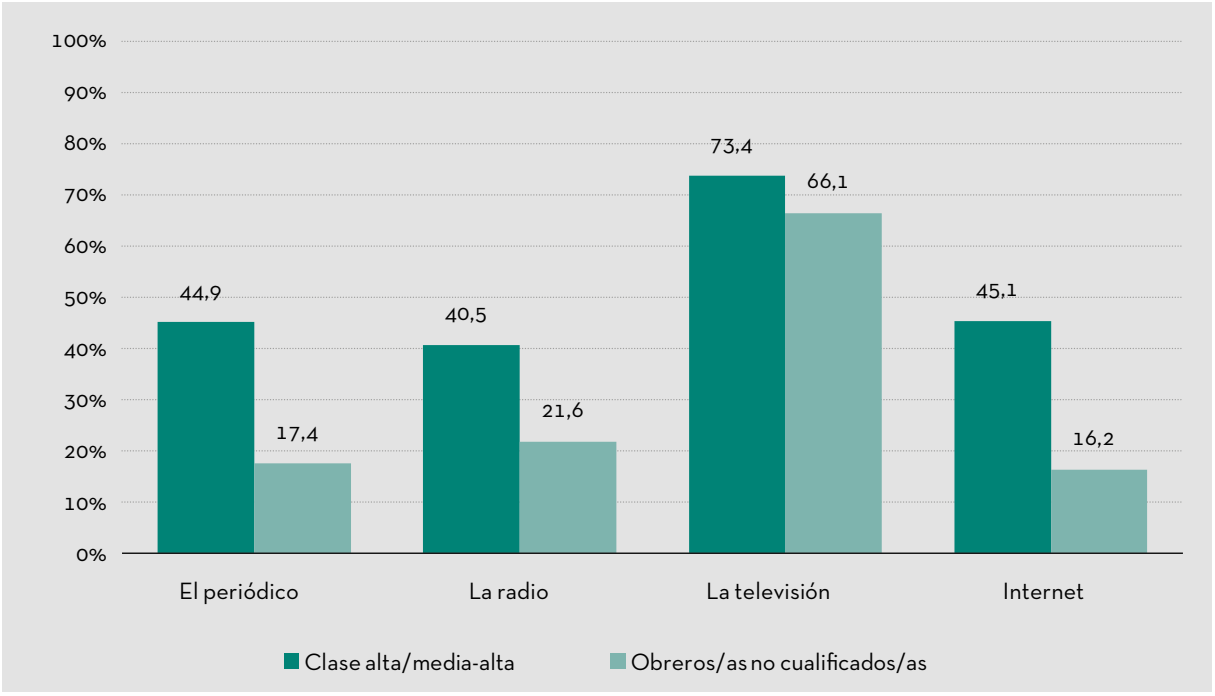
TABLA 2.30. Frecuencia con la que recibe información política

	Total	Sin estudios	Primaria	Secundaria 1.ª etapa	Secundaria 2.ª etapa	F.P.	Superiores
Varias veces al día (%)	42,7	**37,0**	**39,9**	37,3	39,4	42,8	**53,1**
Una vez al día (%)	32,9	**29,4**	**30,9**	32,2	38,4	32,1	**33,2**
5-6 días a la semana (%)	3,9	4,4	4,4	4,2	5,0	1,9	3,7
3-4 días a la semana (%)	5,4	4,0	8,4	6,4	5,1	5,2	3,1
1-2 días a la semana (%)	5,7	7,6	6,1	6,2	5,4	6,1	4,1
Menos de 1 día a la semana (%)	3,6	6,0	3,0	4,5	3,3	5,5	1,1
Nunca (%)	5,5	11,6	6,7	8,6	3,4	5,1	1,7
No recuerda/No sabría decir (%)	0,3	0,0	0,2	0,3	0,0	1,3	0,0
N.C. (%)	0,1	0,0	0,3	0,3	0,0	0,0	0,0
Total muestra	1.755	111	297	386	264	295	400

Fuente: Elaboración propia a partir de CIS (3020/2014).

40% de las personas con menos formación se interesan con frecuencia por la política. Si a esos les añadimos los que lo hacen una vez al día suman más de dos tercios las personas con escaso bagaje educativo que tratan de informarse y se interesan por la política. La conclusión es que no hay desinterés por los asuntos públicos entre los ciudadanos más vulnerables y con menos formación. Si eso, como parece, es así, la pregunta es, entonces, por qué no se vuelcan en las elecciones y no participan más en política. ¿Qué barreras externas o qué inhibidores internos les alejan de la práctica de la democracia conversacional y electoral?

GRÁFICO 2.20. Medios por los que sigue la información



Fuente: EINSFOESSA 2018.

Informarse y elegir a través de qué medios se adquiere esa precisión supone conocer qué intereses y quien hay detrás de cada canal de información. Quién los dirige en el día a día y quién los sostiene económicamente. La mayoría de los que acuden varias veces al día a las noticias sobre política lo hace a través de la televisión, y en menor medida siguiendo esas noticias a través de la radio, pero uno de cada cinco ciudadanos se informa sobre política leyendo a diario esa sección en el periódico de su preferencia.

La segmentación por clase social del medio utilizado para informarse de los asuntos públicos es clara, pero más que dividir, lo que hace es concentrar. Las clases altas y las clases medias acomodadas acuden a todos los medios de información. Son más plurales en sus canales de información que la clase obrera. Estos últimos concentran su atención informativa en la televisión, mientras que las élites acuden a todos los medios para obtener información sobre los asuntos públicos, lo cual incluye una exposición aún mayor que los obreros a la televisión.

2.5. Conclusiones

La crisis financiera, la pérdida de empleo y las políticas de austeridad experimentadas en la última década han impulsado el aumento de la desigualdad social. Se trata, en este caso, de un crecimiento insano. Este proceso de decrecimiento de los vínculos sociales fuertes —y de multiplicación de los contactos instantáneos pero fríos— tiene lugar en un contexto cultural que acentúa el egoísmo en detrimento de la cooperación. La pujanza de la desregulación en el marco económico y laboral nos ha metido como sociedad en un estado de inseguridad y escasez como forma de vida. La precariedad nos está configurando como ser social y nos descompromete con la vida en común.

La precariedad se ha convertido —en el seno de este capitalismo extractivo y depredador también de los recursos naturales— en una institución social que se consolida y extiende. Una cultura, un modo de vivir que empapa a una porción creciente de la población, sobre todo en el ámbito urbano. Es el común denominador de la vida social y por eso desborda la precariedad contractual que se practica en el mercado de trabajo para extenderse a otros ámbitos de la vida cotidiana. Crece la precariedad vital, existencial y cívica. Este sentimiento de inseguridad se acrecienta en el hogar, en las relaciones intergeneracionales, en la actividad laboral y en la insatisfacción con la democracia. En los ámbitos más básicos de la vida social domina la temporalidad, la ruptura, la falta de cooperación y de reciprocidad, en fin, la sensación de no sentirse un actor responsable del discurrir colectivo. Hemos salido de la crisis más impositivos y menos dialogantes.

La profunda recesión económica española se ha superado con una rebaja salarial y de las condiciones laborales. En otras palabras, con un deterioro del bienestar. En realidad, no hemos vencido a la crisis, sino que ha sido el modo de superar esta crisis el que nos ha desengarzado institucionalmente. También nos ha desgajado culturalmente. El ideario comunitario y el depósito mental que lo nutre se han ido agrietando y agriando. Insultamos y desoímos más que antes. De ahí el descrédito y alejamiento de los ciudadanos respecto de las élites políticas y económicas. De ahí su resistencia a la pérdida de sustancia del modelo social. De ahí, en fin, su preocupación por el desorden social que afecta a los vínculos interpersonales, a la trayectoria laboral, al compromiso intergeneracional y, en fin, a las relaciones intergubernamentales. Nos sentimos inseguros porque vivimos en una sociedad desordenada.

En suma, las instituciones sociales exclusivas dominan sobre las inclusivas. Y es que las instituciones sociales básicas se adaptan con retraso a la aceleración que registran los cambios económicos y tecnológicos. El desfase entre la velocidad a la que muta la economía y el tiempo que tarda en recolocarse y estructurarse una población ha producido una sociedad que se estratifica sobre la inseguridad. Estamos viviendo una transición desequilibrada entre el ritmo de la economía y la tecnología y la mudanza de la estructura política y social. Es así como nos encontramos en medio de una crisis de desajuste de la organización social respecto de la economía.

Es probable que la dinámica que observamos constituya una mala preparación para afrontar un futuro de escasez material. Escasez reproductiva, escasez de bienes de consumo y de energía. Cabe pensar que la sociedad sostenible quizás solo pueda serlo en un contexto de decrecimiento material. En todo caso, vale la pena insistir en que la mejor manera de vérselas con ese escenario es complementar la insuficiencia de productos materiales, con un aumento en la generación de bienes sociales. Es decir, menos artefactos perecederos y más vínculos duraderos, menos aparatos que van al basurero y más densidad de relaciones amistosas y comunitarias que constituyen recursos inagotables. Conservar y regenerar los ciclos materiales al tiempo que compensamos los déficits materiales con la expansión de los bienes sociales. Lo que sucede es que vamos justo en la dirección contraria.

Estamos dando pasos hacia una sociedad vulnerable que se asienta sobre una población desestructurada. El rasgo distintivo de este capítulo ha sido precisamente identificar y caracterizar los nuevos riesgos sociales que salen de este proceso, así como repensar en aquellos que se encuentran enquistados. Entendemos por «viejos riesgos sociales» aquellas fuerzas de carácter estructural que estrechan el campo de elección, de acción y de supervivencia. Los «nuevos riesgos sociales» son aquellos procesos que se están convirtiendo en duraderos o permanentes y que están consolidándose como determinantes para la supervivencia de los colectivos más vulnerables. Los pilares sobre los que hemos caracterizado esta sociedad vulnerable han sido los siguientes: desequilibrio en la estructura demográfica (infecundidad, envejecimiento y cambios de modelos familiares) e inseguridad en las demandas de cuidados, incremento de la desigualdad social y desactivación de la democracia. Repasemos brevemente cada uno de ellos.

El modelo económico que impera ha delegado la carga de la protección social sobre la familia, la cual se ha convertido en la principal responsable de la sostenibilidad de la vida. En el 88,1% de los hogares que requieren cuidados de larga duración estos son realizados por alguien de la familia y cuando hablamos de parientes nos referimos especialmente a las mujeres. Ellas son las principales cuidadoras tanto de los adultos mayores como de los más pequeños de los hogares, aunque se vislumbran cambios. Los hombres se están incorporando a los trabajos de cuidados, pero lo hacen, sobre todo, cuando estos se dirigen a personas de edad avanzada. Es ahí, cuando el cuidador principal es un «hombre de la familia» en el 26,5% de las situaciones. También es para el cuidado de los más mayores cuando se externaliza y se contrata en el mercado la asistencia personal. Un 7,8% de los hogares con esta demanda cuenta con una persona contratada para realizar estas tareas. Ahora bien, las cifras cambian cuando la persona que requiere atención es un menor de tres años. En estos casos, las madres se convierten en las vigilantes y protectoras, la presencia del mercado se reduce al mínimo, y aunque los hombres están cobrando presencia, la crianza es una etapa feminizada: el 80,2% de las cuidadoras principales de los infantes son mujeres.

Esta sabida y ya estudiada contribución de las mujeres tiene sus consecuencias sobre la fecundidad. Una de cada cinco mujeres ha tenido menos hijos

de los deseados y el motivo principal que alegan para no satisfacer su voluntad reproductiva está relacionado con las limitaciones de las políticas de conciliación y la imposibilidad de mantener su trayectoria profesional siendo madres. Al mismo tiempo que se reduce el número de hijos aparecen nuevos valores que guían los comportamientos reproductivos de las generaciones más jóvenes. Aunque sigue siendo mayoritario el número de mujeres que desean tener hijos, las mujeres de menos edad presentan elevados porcentajes de «infecundidad deseada», los cuales además crecen aceleradamente a escala generacional. El 27% de las menores de 25 años declaran desear no tener ningún hijo, mientras que el 24% de las mujeres nacidas en 1970 no ha tenido ningún hijo, frente al 15% de las que han nacido entre 1950-1959.

La inseguridad laboral confabula negativamente para la independencia de los jóvenes y para asegurar la trayectoria de su ciclo vital, y es que este modelo de sociedad ha impuesto un mercado de trabajo segmentado. La propia EINSFOESSA 2018 señala que el 11,3% de los trabajadores son pobres y que el 7% de los desempleados están sin ocupación desde hace más de dos años. Y el riesgo social de posicionarse en esta situación de vulnerabilidad recae específicamente sobre aquellos que ya nacieron más débiles, es decir, en los hogares con menor renta. La desigualdad de clase social sigue reproduciéndose estructuralmente. El 44,9% de los entrevistados que declaran tener problemas para llegar a final de mes proceden de una familia con problemas financieros, mientras que esta cifra se reduce al 20,1% para aquellos que proceden de un entorno estable económicamente. Mientras que a los estudios universitarios llegan únicamente al 16,9% de los entrevistados cuyos padres «no saben leer ni escribir», la cifra se eleva hasta el 70,2% en los casos en los que los progenitores han accedido a la educación superior.

Es cierto que el mercado de trabajo sigue creciendo numéricamente en términos de personas ocupadas, pero lo hace incorporando a cada vez más trabajadores «atrapados» en condiciones de inseguridad. La tasa de precariedad (medida a partir de la conjunción de tres factores: estar en paro, trabajar a tiempo parcial de manera involuntaria y tener un contrato temporal cuando se quiere indefinido) se situaba en un 25% durante la etapa de la bonanza económica, pero alcanza el 40% durante el período de crisis. Y peores trabajos, es decir, más temporales y más precarios dan lugar a menos ganancias. Que los trabajadores a tiempo parcial ganen un 38,2% menos que aquellos que tienen un empleo durante una jornada completa y que este nivel salarial no se haya modificado prácticamente desde la entrada de la crisis es un riesgo social que debe considerarse para crear nuevas políticas de empleo y fórmulas de seguridad social que se basen en presupuestos más allá de las contribuciones laborales.

Como ha sucedido a escala histórica, entre el colectivo de trabajadores que destacan por su peor situación se encuentran las mujeres y las personas inmigrantes. Por ejemplo, la tasa de temporalidad involuntaria alcanza al 15% de las mujeres entre 35-39 años, mientras que se reduce al 5% en el caso de los hombres y la brecha salarial de género (que mide la ganancia media de hombres menos la ganancia media de las mujeres) sigue enquistada en los últimos diez años en torno al 22%. Para la población de origen extranjero la situación tampoco es favorable. La tasa de riesgo de pobreza alcanza el 39% para ellos y se eleva al 52% si proceden de un país no comunitario. Este dato se reduce hasta el 18% para las personas de nacionalidad española.

Lo novedoso de la etapa actual con respecto a otras épocas es que estas categorías tradicionales de estratificación (género, clase social y origen étnico) confluyen en la precariedad con las clases medias empobrecidas producto de la crisis sistémica y de la escasa regulación de la especulación financiera. ¿Cómo se mantienen los valores democráticos tras

esta fractura social? El 58% se sienten insatisfechos con el sistema político y la frustración se manifiesta especialmente con los partidos políticos. El 68,7% no encuentran alternativas entre las opciones partidistas y este desánimo, aunque es superior entre la población con estudios universitarios (77,9%), aparece de manera transversal en todas las capas sociales de la ciudadanía. Eso significa que no existe un desapego del sistema democrático y de sus cauces, sino una desafección a cómo ha sido ejercido por los representantes políticos. Tres indicadores dan muestras de la voluntad de participación: el 54,7% habla de política con asiduidad, el 69,6% desean una reforma de la Constitución y el 65,5% consideran que los referéndums son un buen método para decidir sobre los temas políticos fundamentales.

Sirva este breve resumen como entrada al siguiente capítulo de este VIII Informe, donde profundizaremos en las consecuencias de ese modo de superar la crisis que hemos descrito a través de los «viejos y nuevos» riesgos sociales. Veremos los efectos de las instituciones sociales exclusivas e inclusivas a través de las diferentes dimensiones que caracterizan el eje integración-exclusión social y que la Encuesta sobre Integración y Necesidades Sociales de la Fundación FOESSA describe. En definitiva, intentaremos dar respuesta a la tercera gran pregunta que plantea esta investigación. Si nuestro modelo social está mutando a través de los viejos y nuevos riesgos sociales, ¿cuáles están siendo las consecuencias en las personas y en los hogares de nuestro país?

2.6. Bibliografía

40DB (2019). *10 años de crisis. Valoraciones y cambios tras la crisis*. El País, 11 de noviembre de 2018: https://www.google.com/search?client=firefox-b-d&q=10+años+de+crisis%2B40+db&spell=1&sa=X&ved=0ahUKEwiG6dGZh-7gAhXeBWMBHSzCAbkQBQgqKAA&biw=1920&bih=898, acceso 1 marzo 2019.

Abellán, A., Ayala, A. y Pujol, R. (2017): «Un perfil de las personas mayores en España, 2017. Indicadores estadísticos básicos». Madrid, *Informes Envejecimiento en red*, n. 15, 48 p.

Ayuso, L. (2019): «Nuevas imágenes del cambio familiar en España». *Revista Española de Sociología*, 28.

ahumada, m. (dir.) (2018): *Informe sobre la democracia en España*. Madrid: Fundación Alternativas.

Banyuls, J., Recio, A. (2019): *Desigualdades en el mercado laboral: una propuesta interpretativa*, Documento de trabajo 2.2. para el VIII Informe FOESSA. www.foessa.es/viii-informe/capitulo2.

Bauman, Z. (2003): *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid: Siglo xxi.

Becker, G. S. (1965): «A Theory of the Allocation of Time». *Economic Journal*, 75 (299): pp. 493-517.

Bongaarts, J. (2003): «Completing the fertility transition in the developing world: the role of educational differences and fertility preferences». *Population Studies*, 57(3): pp. 321-335.

Brinton, M., Bueno, X., Oláh,L., *et al.* (2018): «Postindustrial Fertility Ideals, Intentions and Gender Inequality: A Comparative Qualitative Analysis». *Population and Development Review*, 44(2): pp. 281-309.

Caminal, M. (2002). «Prólogo» en Dahl, R.: *La democracia económica. Una aproximación*. Barcelona: Hacer.

Capella, J. R. (2000): «Las raíces culturales comunitarias», en Silveira, E. C. (ed.), *Identidades comunitarias y democracia*. Madrid: Trotta, pp. 63-80.

— (2003): «La constitución tácita», en Capella, J. R. (ed.). *Las sombras del sistema constitucional español*. Madrid: Trotta.

Carrasco, C, Alemany, C. y Torns, T. (2011): *El trabajo de cuidados: Historia, teoría y políticas*. Madrid: Los libros de la Catarata.

— (2016): «Sostenibilidad de la vida y ceguera patriarcal: una reflexión necesaria». *Atlánticas: revista internacional de estudios feministas*, 1(1): pp. 34-57.

Castilla, E. J. (1994): *La Sociedad transversal*. Barcelona: Fundación La Caixa, pp. 235-269.

Castro, T. y Rosero-Bixby, L. (2011): «Maternidades y fronteras. La fecundidad de las mujeres inmigrantes en España». *Revista Internacional de Sociología*, 69(1): pp. 105-137.

— y Martín, T. (2013): «Fecundidad bajo mínimos en España: pocos hijos, a edades tardías y por debajo de las aspiraciones reproductivas», en Esping-Andersen, G. (coord.), *El déficit de natalidad en Europa. La singularidad del caso español*. Barcelona: Obra Social La Caixa.

Cueto, B., *et al*. (2019): *Transición intergeneracional de la pobreza*, Documento de trabajo 2.6. para el VIII Informe FOESSA. www.foessa.es/viii-informe/capitulo2.

Dahl, R. (2002): *La democracia económica. Una aproximación*. Barcelona: Ed. Hacer.

— (1999): *La democracia. Una guía para los ciudadanos*. Madrid: Ed. Taurus.

Dahrendorf, R. (2005): *En busca de un nuevo orden*. Barcelona: Paidós.

Díaz, M. Y Martínez-Buján, R. (2018): «Mujeres migrantes y trabajos de cuidados: transformaciones del sector doméstico en España». *Panorama Social*, 27: pp. 105-118.

Duby, G. (1995): *La huella de nuestros miedos*. Barcelona: Ed. Andrés Bello.

Durkheim, E. (1993): *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Alianza.

M.V.G. (2019): *Por ideología no podemos admitir la primacía del convenio sectorial*. El País, 26 de enero de 2019.

Esping-Andersen, G. y Billari, F. (2015). «Re-theorizing family demographics». *Population and Development Review*, 41(1): pp. 1-31.

Esteve, A., Devolder, D., Domingo, A. (2016): «La infecundidad en España: tic-tac, tic-tac!!!», *Perspectivas Demogràfiques*, n.º 1: pp. 1-4.

Fernández Buey, F. (2000): *Ética y filosofía política*. Barcelona: Bellaterra.

— (2005): *Guía para una globalización alternativa*. Barcelona: Ed. Biblos.

Fishman, R.: *Voces de la democracia*. Madrid: CIS.

— (2019). *La inclusión democrática: el caso de España*, Documento de trabajo 2.4. para el VIII Informe FOESSA. www.foessa.es/viii-informe/capitulo2.

García, J. M. (2015): *La transformación de la longevidad en España de 1910 a 2009*. Madrid: CIS-Centro de Investigaciones Sociológicas.

García-Majado, P. (2017): *La configuración de la iniciativa legislativa popular: resistencias y soluciones*. Oñati Socio-legal Series [online]: 1041-1057.

Goldthorpe, J. H. (2010). *De la sociología. Números, narrativas e integración de la investigación y la teoría*. Madrid: CIS, pp. 421-455.

Grande, R. y Del Rey, A. (2017): «La fecundidad de las mujeres latinoamericanas y caribeñas en España: ¿adaptación, mantenimiento o interrupción?». *Papeles de Población*, 92: pp. 39-64.

Greve, B. (ed.) (2017): *Long-term Care for the Elderly in Europe. Development and Prospects*, Nueva York: Routledge, 2017.

Hakim, C. (2005): *Modelos de familia en las sociedades modernas*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

INE (2018). *Encuesta de Fecundidad, 2018. Avance de resultados (en línea).* http://ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?c=Estadistica_C&cid=1254736177006&menu=ultiDatos&idp=1254735573002, acceso 20 diciembre 2018.

Lebrusán, I. (2017): *La vivienda en la vejez: problemas y estrategias para envejecer, tesis doctoral*, Universidad Complutense de Madrid.

Lee, R., Mason, A. (2011): *Population aging and the generational economy: A global perspective*, Oxon: Marston Book.

Livi -Bacci, M. (2016): *Un largo viaje*. Barcelona: Ed. Pasado & Presente.

Macarrón, A. (2010): «Falta el invierno demográfico en el manifiesto». Expansión, 25 de noviembre 2010. http://www.expansion.com/2010/11/25/opinion/tribunas/1290717342.html

Macinnes, J. y Pérez-Díaz, J. (2009): «The reproductive revolution». *Sociological Review*, 57; pp. 262-284.

Mahía, R. (2018): «Políticas de integración y protección social de los migrantes». Intervención en la mesa redonda con ese título dentro del curso *Migraciones, realidades y retos de futuro*. Madrid: Consejo Económico y Social, 16 y 17 de julio.

Mandel, H. (2009): «Configurations of gender inequality: the consequences of ideology and public policy». British Journal of Sociology, 60(4); pp. 693-718.

Martínez Pastor. J. I. (2019): *El mercado de trabajo: los gozos y las sombras*, Documento de trabajo 2.1. para el VIII Informe FOESSA. www.foessa.es/viii-informe/capitulo2.

Mcdonald, P. (2013): «Social foundations for explaining fertility: gender equity». Demographic Research, 28(34); pp. 981-994.

Meil, G. (2011): *Individualización y solidaridad familiar*. Barcelona: Fundación La Caixa.

—, Rogero-García, J. y Romero, P. (en prensa). «Grandparents' role in Spanish families' work/life balance strategies». *Journal of Comparative Studies*.

Moreno, A. (2015). «De la familia de un sustentador económico a la familia de doble ingreso». En Torres, C. (ed.), España 2015. Madrid: CIS; pp. 315-320.

—, Ortega, M. y Gamero-Burón, C. (2017): «Los modelos familiares en España: reflexionando sobre la ambivalencia familiar desde una aproximación teórica». *Revista Española de Sociología*, 26(2); pp. 149-167.

Moreno, S. (2007): *Temps, treball i benestar: una aproximació des de la vida quotidiana, tesis doctoral*, Universidad Autónoma de Barcelona (en línea): https://www.tdx.cat/handle/10803/5136;jsessionid=F9B1D416BBCD2D4503563DE89E49DF1A acceso 20 julio 2018.

— (2018). «La acción comunitaria y los cuidados a domicilio», en Vega, C., Martínez-Buján, R. y Paredes, M. (eds.), *Experiencias y vínculos cooperativos en América Latina y el Sur de Europa*. Madrid: Traficantes de Sueños, pp. 167-186.

— (2019): *El desafío de género en los cuidados de la vejez: ¿riesgo u oportunidad social?,* Documento de trabajo 2.7. para el VIII Informe FOESSA. www.foessa.es/viii-informe/capitulo2.

Nachtwey, O. (2017): *La sociedad del descenso*. Barcelona: Paidós.

Nussbaum, M. C. (2010): *Sin fines de lucro*. Madrid: Editorial Katz.

Oñate, P. (1997): *Los partidos políticos*. En Del Águila, R. (ed.), *Manual de Ciencia Política*. Madrid: Trotta.

Pérez-Orozco, A. (2014): *Subversión feminista de la economía: aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Pfau-Effinger, B. (2014): «Nuevas políticas para cuidados en el hogar en los Estados de Bienestar Europeos». *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 32(1); pp. 33-48.

Pinzón-Pulido, S. A. (2016): *Atención residencial vs. atención domiciliaria en la provisión de cuidados de larga duración a personas mayores en situación de dependencia, tesis doctoral*, Universidad de Sevilla.

Prieto, C. (1989). «¿Mercado de trabajo?». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 47; pp. 177-193.

Puga, D. (2019): *El envejecimiento, un triunfo de la sociedad cuestionado por la falta de vínculos,* Documento de trabajo 2.5. para el VIII Informe FOESSA. www.foessa.es/viii-informe/capitulo2.

Razavi, S. (2007): «The Political and Social Economy of Care in a Development Context Conceptual Issues, Research Questions and Policy Options», *Gender and Development Programme*, Paper Number 3, United Nations Research Institute for Social Development.

Rogero-García, J., Andrés-Candelas, M. (2019): *Cuidado y violencia familiar hacia la primera infancia en España*, Documento de trabajo 2.3. para el VIII Informe FOESSA. www.foessa.es/viii-informe/capitulo2.

Russell, B. (2017): *Historia de la filosofía occidental*. Madrid: Austral.

Sarrió, M. Y Amores, D. (2019). *Jóvenes emigrantes encuestados por La Voz dicen que no retornarán a corto plazo*. En La Voz de Galicia, 5 marzo 2019.

Scott, J. y Braun, M. (2006). «Individualization of family values?» En Ester, P. *et al.* (eds.), *Globalization, Value Changes and Generations*. Brill Academic Publishers: p. 61.

Sempere, J. (2018): *Las cenizas de Prometeo*. Barcelona: Pasado & Presente, Barcelona.

Sen, A. (1997): *Bienestar, justicia y mercado*. Barcelona: Editorial Paidós.

— (1999): *Nuevo examen de la desigualdad*. Madrid: Alianza Editorial.

— (2006): *El valor de la democracia*. Barcelona: El Viejo Topo.

— y Kliksberg, B. (2008): *Primero la gente*. Barcelona: Deusto Ediciones.

Sennett, R. (2000): *La corrosión del carácter*. Barcelona: Ed. Anagrama.

— (2010): *Juntos. Rituales, placeres y política de cooperación*. Barcelona: Ed. Anagrama.

Sérvulo, J. (2019): *Los desahucios por alquileres encadenan seis trimestres al alza*. El País, 2 de marzo de 2019.

Sobotka, T. y Beaujouan, E. (2014): «Two is best? The persistence of a two-child family ideal in Eu-

rope». *Population and Development Review*, 40(3); pp. 391-419.

Standing, G. (2016): «El precariado y la lucha de clases», *Sin Permiso*, 15; pp. 87-103.

Telles E. y Ortiz, V. (2011): *Generaciones excluidas: mexicanos-estadounidenses, asimilación y raza*. Madrid: CIS.

Therborn, G. (2015): *La desigualdad mata*. Madrid: Alianza Editorial.

Torcal, M. (1997). «La cultura política», en del Águila, R. (ed.), *Manual de Ciencia Política*. Madrid: Trotta.

Torns, T., Borràs, V., Moreno, S., *et al.* (2014).: *Nuevas profesiones para la organización social del cuidado (en línea):* Http://www.inmujer.gob.es/areasTematicas/estudios/estudioslinea2014/docs/Nuevas_profesiones_organizacion_social.pdf acceso 23 julio 2018.

Trujillo, M. Y Gómez, B. (2019): *La segregación electoral interurbana en España. Relación entre participación y renta*. Papeles FOESSA, 2019.

Valiente, C. (2010). «The erosion of 'familism' in the Spanish Welfare State: childcare police since 1975». En Ajzenstatdt, M. y Gal, J. (eds.), *Children, gender and families in Mediterranean Welfare States*, London: Springer.

Vega, C. y Martínez-Buján, R. (2017): «Explorando el lugar de lo comunitario en los estudios de género sobre sostenibilidad, reproducción y cuidados». *Quaderns-e*, 22: pp. 65-81.

Vidal-Coso, E. y Miret-Gamundi, P. (2017): «Características de las madres primerizas y de los padres primerizos en la España del siglo xxi». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 160: pp. 115-138.

Weil, S. (2014): *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*. Buenos Aires: Godot.

Wright, E. O. (1995): «El análisis de clase de la pobreza», en Carabaña, J. (ed.), *Desigualdad y clases sociales*. Madrid: Visor Distribuciones, pp. 133-151.